

A full-body photograph of a very muscular man standing with his arms outstretched. He is wearing white briefs. His head is replaced by a white circle containing the text 'COLOCA AQUÍ SU FOTO'.

COLOCA AQUÍ
SU FOTO

MACHISTAS ANÓNIMOS

ELOY ARENAS

LÉETELO Y, SI TE ATREVES, REGÁLASELO A TU P

Lectulandia

Leyendo este libro descubrirás qué tipo de machista eres, o quizá te reconozcas como una de sus víctimas... Asiste a las reuniones de «Machistas anónimos», rellena el test que se incluye y aprende de Pablo, el divertido y peculiar gurú del libro más irreverente de los últimos tiempos.

Lectulandia

Eloy Arenas

Machistas anónimos

ePub r1.1

Mezki 25.08.13

Título original: *Machistas anónimos*
Eloy Arenas, 2002

Editor digital: Mezki
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Neli. Ella sabe.

1

Al principio la propuesta me parecía absolutamente surrealista y la entendía tan solo como una idea divertida; también hay gente que se dedica a coleccionar insectos o a estudiar la vida sexual de los berberechos... Pero cuando descubrí que las piezas encajaban de forma natural, aunque a mi me chocaba, le presté mas atención.

Ya conocía las terapias de grupo en las que, a través de un tutor, distintos seres humanos trataban de desprenderse de ciertas formas de pensar, o de modificar comportamientos que les impedían alcanzar la felicidad, o por lo menos vivir con mayor armonía. Incluso conocía grupos de terapia para drogodependientes y ludópatas y, en una ocasión asistí con un compañero de trabajo a una de las sesiones terapéuticas de Alcohólicos Anónimos.

Entenderán mi perplejidad al encontrarme, treinta años después, con un amigo de la adolescencia que me cuenta que ha montado una asociación para desintoxicar machistas.

La verdad es que creí que me estaba contando un chiste hasta que me di cuenta que Pablo usaba un lenguaje divertido para decir cosas muy serias. Su teoría era que la mujer estaba sufriendo una transformación y que está asumiendo una nueva identidad menos dependiente del hombre o, a ser posible, nada dependiente, y que ese viaje lo quiere hacer sola, sin ayuda del hombre, el cual se descoloca al sentirse menos necesitado..., pero sobre todo se descoloca por la imparable pérdida de poder.

Cuando entras en la asociación lo primero que ves es un gran cartel que pone: «El hombre ya no es dueño y señor de la pareja, sino un miembro más de la misma». Su planteamiento era muy sencillo: en la pareja no se impone nada, se negocia todo. Pablo decía que todos sabemos lo que queremos de la mujer pero que aún no sabemos lo que ellas quieren de nosotros. Sus planteamientos eran sólidos, sus argumentos los reforzaba con datos publicados o documentos audiovisuales. Me habló del machismo cultural, del machismo invisible y de los distintos tipos de machistas que iban a su asociación: el machista paleolítico, el machista caballero, el neomachista, el machista cínico, el machista cómodo, el machista gracioso, el machista acosador y no sé cuantos más. ¡Ah, sí! Me sorprendió mucho cuando me habló de una mujer que también acudía a las terapias. Pablo la llamaba «la mujer machista».

Acabo de recordar a otra persona —esa escena me divirtió mucho—: era la mujer de uno de los machistas y apareció de repente insultándonos a todos y exigiendo a Pablo que le devolviera a su marido su antigua personalidad de machista, que era como a ella le gustaban los hombres.

Ahora permítanme que les hable de Pablo. Siempre fue el líder del barrio, arrollador, enérgico, simpático, con ideas brillantes; por eso le respetábamos tanto. Pertenecer a su pandilla era un privilegio; Pablo no admitía a cualquiera. Eramos

adolescentes pero él parecía mayor, tan seguro de sí mismo, con los pensamientos tan claros; sencillamente apabullante, capaz de convencerte de algo y, a la media hora, de todo lo contrario. Nos sentíamos tan protegidos por él...

Yo le confesé que me había enamorado de una chica que pertenecía a otra pandilla, lo cual era grave; el orgullo del grupo estaba por encima del amor y sólo podíamos salir con chicas que pertenecieran a nuestra pandilla. He dicho «pertenecieran» porque así lo sentíamos: las chicas eran propiedad de los chicos de la pandilla, llevaban de alguna manera nuestra marca y nadie de otro grupo se atrevería a salir con ninguna de ellas.

El tema era muy delicado: yo me había enamorado de Cristal pero no podía decírselo, siempre cercada por una muralla de chicos de su pandilla que guardaban celosamente sus propiedades al tiempo que marcaban el contorno de su territorio. Pablo me escuchó atentamente y cuando terminé exclamó:

—Tengo una idea.

La cara se me iluminó, porque cuando Pablo tenía una idea, era buena. Nos reunimos todos a su alrededor y le escuchamos.

—Vamos a organizar una fiesta e invitaremos a los Celtas.

Los Celtas era la pandilla a la que pertenecía Cristal y, sinceramente, todos nos quedamos fríos ante ese proyecto. La naturaleza de las pandillas era repelerse, no mezclarse.

Pablo seguía hablando y dándonos órdenes a cada uno de nosotros; no entendíamos nada pero obedecíamos al píe de la letra.

Montamos la gran fiesta en un local que alquilamos y llevamos a un grupo del barrio que tocaba en las salas importantes, y vinieron los Celtas, y conocí a Cristal, y... ¡pero qué más da, lo importante era Pablo!

Una vez se marchó de vacaciones con su familia y nos sentímos huérfanos, no sabíamos qué hacer si él, no se nos ocurría nada. Nos habíamos acostumbrado tanto a sus ideas que sólo sabíamos obedecer. Siempre se había ocupado de nosotros; cómo divertirnos, cómo conseguir dinero... En cada momento nos decía lo que teníamos que hacer, o cómo resolver un conflicto...

Pero cuando volvió algo empezó a cambiar. Durante su ausencia, unos cuantos nos habíamos alejado de su influencia y discutíamos algunas de sus ideas, aportando las nuestras. Aquello lo enfureció, nos echó en cara todo lo que había hecho por nosotros y, al poco tiempo, el grupo se disolvió.

Pablo llegó a creerse imprescindible para la vida de los demás y ese paternalismo autoritario empezaba a dejar e ser un acto de generosidad hacia nosotros para convertirse en un desprecio absoluto a nuestras opiniones.

Mi familia se cambió de barrio y no había vuelto a verlo hasta ese día. Lo encontré saliendo de un local que tenía en la calle Bravo Murillo de Madrid. Al

principio no me reconoció; mi aspecto de adolescente era de hippy y en aquel momento yo era el típico ejecutivo vestido de Versace, con corbata y pelo corto. Sin embargo, yo lo reconocí al primer golpe de vista; había perdido pelo y prepotencia en la mirada, pero mantenía aquel gesto de lucidez mental que lo caracterizaba. Fuimos a comer a una cafetería donde todo el mundo le conocía y saludaba con mucho cariño. Para cada persona tenía la frase adecuada a la circunstancia, era como si averiguara en cada momento qué era lo que la gente necesitaba oír. Todos le sonreían. Nos sentamos y nos pusimos inmediatamente a hablar, queríamos ponernos al día a toda velocidad. Descubrí otro cambio: escuchaba y lo hacía atentamente, dándole valor a todo lo que yo le contaba. Le resumí mi vida en pocas palabras: insatisfacción emocional y equilibrio profesional. Le conté que después de un matrimonio, dos relaciones sentimentales fracasadas y una a punto de hacerlo, por haber amado a la mujer equivocada, había perdido la esperanza de encontrar la felicidad en la pareja. Pablo me miraba y me sonreía con muchísima comprensión. Cogió su copa de vino y me invitó con un gesto a brindar con él. Después me dijo:

—¿Qué esperabas de ellas?

La pregunta me sorprendió. Yo deseaba, como cuando era adolescente, que Pablo tuviera una idea optimista sobre mi problema y que encontrara la clave de mis fracasos. Esperaba una respuesta, no una pregunta.

—No te entiendo —le dije—, ¿a qué te refieres?

Pablo me miraba con una sonrisa comprensiva; sabía que yo había entendido la pregunta, pero también sabía que jamás me había planteado la respuesta.

—Quiero decir si esperabas de cada una de ellas una respuesta emocional idéntica a la tuya.

—Por su puesto. Me gusta que me amen como yo las amo...

—Eso es un error —me dijo—. Las mujeres tienen sus propias respuestas emocionales.

—Ya, pero no es eso. Yo soy de una manera muy determinada y, si amo a una mujer me gusta que me ame como yo quiero, no como ella quiere, porque entonces no sé si me ama.

—Lo hacen a su manera, pero como tú no captas ese mensaje las está pidiendo que prescindan del modo de expresar sus emociones y que imiten el tuyo.

—Eso es lo que yo quiero, y al principio era así y funcionaba de maravilla, pero después cambian y se va todo a la mierda.

—Lógico, es como pedirle a una pera que te dé el sabor de una naranja. Si la pera está muy enamorada de ti, es posible que se disfrace de naranja, fingiendo su gusto para complacerte, pero tarde o temprano querrá imponer su verdadero sabor, y cuando esto sucede lo rechazas porque no es el sabor que esperabas y, en vez de abrir tu paladar a una nueva degustación y darte la oportunidad de probarlo, llegas a la

cómoda y ansiotítica conclusión de que estás amando a la persona equivocada y sales a buscar de nuevo el aroma de la naranja, pero como estás muy ofuscado vuelves a enamorarte de una pera creyendo que es una naranja.

Su elocuencia seguía siendo apabullante, había ganado hondura, claridad, y con tan sólo dos frutas había dado en la clave del fracaso de mis relaciones sentimentales. Pablo tenía razón: en ese momento no recordaba el sabor de ninguna de ellas porque todas me sabían igual. Y si conservo ese único sabor en mi gusto, no lo mantiene vivo el recuerdo..., es que se trata de mi propio sabor. En unos segundos me había roto todos los argumentos en los que apoyaba mis fracasos de pareja. Me quedé atónito, perplejo, hundido. El lo comprendió y con sus palabras me abrió una ventana para que respirara.

—No te preocupes, nos pasa a todos...

Ese gesto de solidaridad con mis defectos me alivió. Había pasado de sostener una mentira con una solidez de catedral, que me libraba de la responsabilidad de mis fracasos, a sentirme protegido por el resto de los hombres al compartir con ellos defectos comunes. Pero Pablo era implacable, y remató:

—Son los daños colaterales del machismo.

Otra vez me volvió a descolocar. No entendía lo que me quería decir y, en vez de preguntárselo, me di por ofendido.

—¿Me estás llamando machista?

—Sí, pero no te preocupes, no es nada personal, es cultural. Todos somos machistas. Tú, yo, aquél y aquél..., todos.

—¡Yo no soy machista!

—Sí lo eres; en mayor o menor medida, pero lo eres. Lo que pasa es que has normalizado ese comportamiento y no te das cuenta.

—Venga, Pablo, no digas gilipolleces. Yo no soy machista, yo nunca he pegado a una mujer...

—Vamos avanzando. No eres violento, pero eres machista.

—¿Tú que entiendes por machista?

—¿Qué entiendes tú?

Me bloqueó de nuevo. Sus respuestas eran preguntas que yo jamás me había hecho. Era como un luchador de judo dialéctico que me hacía llaves paralizantes con mis propias palabras.

—No lo sé, Pablo. A veces hacemos cosas que no sabemos explicar... Supongo que el machismo es... el poder del hombre sobre la mujer...

—No vas mal, sigue...

—Pues..., imponer tu criterio sobre el de ellas..., no dejarlas libertad..., controlarlas... ¡Pero yo no soy así, Pablo, yo no soy machista!

—El machismo, básicamente, consiste en una sutil discriminación a la mujer en

términos de aprecio como ser humano. Tú no has apreciado a esas mujeres por lo que eran sino por lo que tú necesitabas que fueran; un complemento de tu proyecto individual. ¿Qué has ganado? Ansiedad sentimental. ¿Qué has perdido? El mapa del laberinto emocional de las mujeres. Y sin él te perderás en cualquier mujer. En eso consisten los daños colaterales del machismo: prefieres que el tesoro te pertenezca en lugar de formar parte de él.

Que paradoja, no entendía nada pero lo comprendía todo. Quiero decir que sabía de qué me estaba hablando, aunque mi cerebro no lo pudiera explicar. Me impresionó su conocimiento del tema y me atreví a preguntar:

—Y ¿cómo sabes tanto de este tema?

—Porque lo he sufrido.

—No te entiendo. ¿Cómo puede un hombre sufrir el machismo?

—El hombre es la primera víctima del machismo, que es una forma dictatorial de poder que se basa en unas rígidas reglas de comportamiento cultural que te impiden dar rienda suelta a tu propia forma de ser. A ti te han dicho que «el hombre es el que lleva los pantalones», es decir, el que manda, ¡y tú lo haces! Porque también te han dicho que si «no llevas los pantalones» eres un mierda, un afeminado, un cabronazo, un calzonazos y sé cuantas indignidades más. Pero es mentira, «llevar los pantalones», más que un poder, es una carga que hemos asumido como los burros, sin preguntar, y esa carga hay que llevarla entre todos, que es más cómodo. En una palabra: piensa y deja pensar, que a lo mejor te llevas una sorpresa.

—No, si yo en el fondo también pienso como tú..., pero no es fácil... ¡Joder, si es que no se ponen de acuerdo ni entre ellas!... Te lo juro, Pablo, yo soy un tío que dialogo... Con las otras menos, pero con la chica con la que vivo ahora dialogo mucho. Pero no conduce a nada, Pablo. Hablamos de comprar un coche nuevo. El otro día la llevo varios modelos para que elijamos entre los dos, y ella, aún no había puesto los catálogos en la mesa, señala uno y dice: «¡Este!». Me quedé impresionado por la rapidez. Ni siquiera yo, que no soy un experto pero controlo el tema, podrá decidir con tanta seguridad. Al principio pensé que habría leído alguna revista de coches y que conocía el modelo que había señalado. Fue cuando la pregunté: «¿Y porqué este?». Y me dijo muy sonriente: «Por el color». Y ahí empezó la discusión, y la daba lo mismo que yo la dijera que hay que ver otras cosas, como el motor, el consumo, los frenos. ¡La daba lo mismo! Al final elegí el que nos convenía... Por eso te digo que yo soy dialogante, pero con ellas es imposible, porque no razonan.

—¿Cómo se llama tu mujer?

Aún no estamos casados.

—Da lo mismo. ¿Cómo se llama?

—Natalia.

—Qué número de zapato usa.

—¿Qué?

—Sí, el zapato, ¿cuál es? ¿El treinta y siete, el treinta y ocho...?

—Exactamente no lo sé...

—¿Recuerdas sus zapatos?

—Sí.

—¿Cómo son?

—Pues ahora no lo sé..., tiene varios de color negro..., unos marrones, azules también..., tiene dos pares marrones y unas azules...

—Me has dicho el color pero no me has dicho como son los zapatos. Sin son cómodos, elegantes, deportivos, si el tacón es alto o bajo. Sólo me has hablado de color...

Se calló, dándome a entender que la deducción tenía que hacerla yo. Pero ¿qué tenía que deducir? Mi única impresión es que se había puesto a favor de ella y en mi contra, o no sé..., sus parábolas con la fruta y los zapatos me estaban irritando. Ya no sabía si había cometido un error al no elegir el coche de color azul o si me sentía culpable de desconocer la confortabilidad de los zapatos de Natalia.

El camarero nos sirvió el primer plato y Pablo, sin dejar de comer ensalada, me invitó con naturalidad a entrar en su vida emocional.

—Amo desesperadamente a mi mujer y a mis dos hijas, siempre las he amado..., durante mucho tiempo las he amado con un sentimiento de posesión; las amaba porque me pertenecían..., como en la pandilla, ¿te acuerdas?... hacían y pensaban todo lo que yo les decía..., y me sentía poderoso y satisfecho... Pero en esos momentos estaba en auge lo de la liberación femenina y, a pesar de que yo trataba de destruir por la vía del insulto esa nueva condición, ni mi mujer ni mis hijas pudieron librarse de esa influencia y, poco a poco, casi sin darme cuenta, estaba perdiendo mi autoridad sobre ellas. Mi mujer empezó a cuestionar mis decisiones y mis hijas dejaron de tener en cuenta muchas de mis indicaciones... De ser el rey de la casa pasé a ser el señor que paga las facturas. Aquello me parecía indignante, humillante, degradante, un cachondeo continuo. ¿Sabes lo que quiero decir? Cada una hacía lo que la daba la gana sin contar conmigo..., hasta que puse las cosas en su sitio; cuatro gritos, cuatro amenazas, «yo soy el que trae el dinero a casa», fue suficiente para que todo volviera a la normalidad..., o eso pensaba yo... Quiero decir que volvía a tener la autoridad familiar, pero más que un marido o un padre me sentía como el cliente de un hotel en el que todo el personal está a su servicio, no por amor o cariño, sino por oficio. En una ocasión mi mujer me llevó el desayuno a la cama y pensé en darle una propina. Hacías todo lo que yo ordenaba, pero en silencio, no hablaban; o peor, sólo me decían: «lo que tú digas». Era terrible, yo le decía a mi mujer: «¿Te apetece ir al cine?», y ella me contestaba: «Lo que tú digas». «¿Quieres que salgamos a cenar a un restaurante?» «Lo que tú digas» «¿Quieres que hagamos el amor?» «Lo que tú digas»

¿Sabes lo que es eso?... Es el vacío, es la soledad con gente, es la incomunicación emocional. No compartían nada conmigo, ni la comida, ni la televisión, ni la conversación..., yo las oía reír en la cocina, pero cuando me acercaba se callaban y empezaban a hacer cosas. Yo las preguntaba: «¿Os pasa algo?». Y ellas me decían: «Lo que tú digas». Mis hijas bajaban la mirada cuando hablaban conmigo y mi mujer se mostraba sumisa y obediente en todas y cada una de nuestras relaciones sexuales. Hacía todo lo que la decía de forma mecánica, funcional, como un objeto flexible que se va adaptando a cualquier exigencia. No había reto ni conquista, sólo rendición sin lucha..., y su mirada era terrible, una mirada de espera. ¿Sabes lo que es eso? La docilidad total, y cuando hacíamos el amor ni vibraba, ni se emocionaba, ni sentía..., sólo esperaba. Todas las noches eran idénticas: se desnudaba y se echaba boca arriba encima de la cama a la espera de que yo llegara. Al principio me excitaba mucho, era consumir la posesión..., pero esa misma disponibilidad acabó anulándome el deseo. Una noche me esperaba, como siempre, desnuda, tumbada en la cama, con las piernas abiertas; es decir, disponible. La miré sin deseo y te juro que estuve a punto de decirla: «¡De eso nada, vístete y defiéndete!». Pero la dije: «Hoy no me apetece, gracias». Me pedían permiso para salir, para ir al baño, para hacer la comida, para servirla, para comprarse un libro, para salir con un chico, para hacer una llamada de teléfono. Tenía que decidirlo todo, qué comprábamos, qué comíamos, qué bebíamos, cuánto gas, electricidad o teléfono podían consumir... y si alguna vez me irritaba por ese servilismo se abrazaban entre ellas dándome a entender que se protegía temiendo mi agresividad. Y así un mes y otro y otro... Caí en una profunda tristeza, fui al psicólogo, me metí pastillas y después de un año me derrumbé, me puse de rodillas ante ellas y las dije: «Por favor, haced lo que queráis». Y me dijeron: «Lo que tú digas». Aquello terminó de hundirme, al pensar que ni siquiera me tenían compasión... Pero no era eso. ¿Sabes lo que era? Ellas sabían que yo estaba interpretando, sabían que estaba intentando recuperar su afecto a través de la pena..., pero que no había entendido nada. Y lo peor para mí, es que no sabía qué tenía que entender.

El camarero llegó con el segundo plato cuando Pablo terminaba su ensalada. Yo apenas había comido, sus palabras me tenían magnetizado, la historia era de lo más surrealista que yo había oído nunca. Le hizo al camarero un comentario divertido sobre la lubina que acababa de traer y éste se rió. Pablo bebió vino, se limpió los labios con la servilleta y empezó a comer. Yo hice lo mismo con mi escalope pero como mi curiosidad tenía más hambre que mi estómago le dije:

—¿Qué es lo que tenías que entender?

—Me estaban mandando un mensaje que por vía convencional yo no captaba. Como en las películas de extraterrestres, que a través de un lenguaje de sonidos quieren decirte algo concreto y hay que descifrarlo, intentaban que yo entendiera a

través de esa actitud. Pero yo no entendía nada. Lo único que tenía claro es que seguían queriéndome y que me estaban dando una segunda oportunidad. Mi mujer podía haberme pedido el divorcio y la custodia de mis hijas, que entonces tenían catorce y quince años, y yo me hubiera tenido que marchar de la casa y..., el sólo hecho de pensar que las iba a perder me provocaba una angustia inconsolable... Pero no se trataba de eso, ellas me querían y la clave estaba en que tenía que comprender por mí mismo el mensaje que querían transmitirme. La primera pista la recibí escuchando por la radio a la presidenta de una asociación feminista que lanzaba un mensaje a todas las mujeres que decía: «El hombre no es el dueño y señor de la pareja, sino un miembro más de la misma». El mensaje estaba claro, las mujeres reivindicaban una relación horizontal con el hombre, ¿comprendes?, de igual a igual, en el mismo plano, con los mismos derechos a expresar sus opiniones o a tomar sus propias decisiones. Nadie está al servicio de nadie, nadie manda en nadie, es un intercambio.

Pablo detubo la conversación y me hizo señas para que siguiera comiendo. El también lo hizo. Al cabo de un rato volvió el camarero a retirar los cubiertos y a ofrecernos un postre. Pablo, sin perder la sonrisa de tranquilidad interior, volvió a mirarme a los ojos y continuó:

—El mensaje de la feminista, al tiempo que me abría los ojos a una nueva realidad, desmoronaba toda la cultura en la que me sostenía; si el hombre ya no es lo que yo creía que era, ¿qué coño es? La frase me dio luz y confusión al mismo tiempo; tenía la impresión de que había perdido mi sitio y no tenía ni idea de como encontrar otro. ¿Cómo iba a ser a partir de entonces la relación con mi mujer y con mis hijas? Pasaba de dar consejos a recibirlos, estaba descolocado, mientras que ellas lo tenían claro y eran firmes en su actitud hacia mí. Era una lucha entre el poder y el poderío.

—¿Qué diferencia hay?

—Enorme. El poderío nace en uno mismo, nadie te lo otorga; o lo tienes o no lo tienes. Y se manifiesta de muchas maneras: a través del talento artístico (Picasso tenía poderío), del talento científico, literario, o simplemente por un encanto personal que hace que todo el mundo quiera estar contigo. El poder es distinto, lo puedes adquirir a través del dinero, o de la política, o de la creencia, y a veces juntando todo eso; pero en cualquier caso te lo otorgan los demás y de forma circunstancial, mientras que el poderío dura toda la vida. El machismo es una forma como otra de poder; en este caso un poder cultural, basado en una discriminación en términos de aprecio hacia la mujer como ser humano. La lucha era desigual, ellas tenían poderío y yo sólo deseaba recuperar un poder que no me servía para nada porque emanaba de ellas y ahora me lo estaban negando. No es fácil aceptar que todos tus privilegios se vienen abajo de la noche a la mañana. Mi soberbia machista me impedía encontrar las claves del mensaje que estaban emitiendo y me sentí por primera vez como una pluma en el

aire, manejada por el capricho del viento. Estaba tan perdido que no sabía por donde empezar. Una noche, viendo por la tele una entrevista que Pedro Ruiz le hacía a José Saramago, el escritor afirmaba que el hombre es transparente para la mujer y sin embargo la mujer es opaca para el hombre. Sabes lo que quería decir, ¿no? Que no tenemos ni puta idea de cómo son las mujeres y sin embargo ellas conocen nuestros movimientos antes de iniciarlos, porque ellas sí nos han estudiado minuciosamente, nos han parido, nos han educado, nos han mirado y escuchado, y sin embargo nosotros sólo nos hemos mirado a nosotros mismos, y si una mujer quería ser vista por un hombre, tenía que ponerse al lado de su ombligo. El mensaje estaba empezando a ser claro: tenía que estudiar a la mujer. Dedicué todo mi tiempo libre a leer libros y revistas relacionados exclusivamente con este tema y comencé a comprender mi ignorancia y la de muchos. Históricamente, el hombre sólo apreciaba lo que necesitaba de la mujer y el resto lo ignoraba por falta de interés. ¿Comprendes esto? Durante siglos, el hombre ha ignorado o ha querido ignorar que la mujer tenía sentimientos, pensamientos, emociones e ideas propias. Al hombre sólo le interesaba su proyecto personal y la mujer formaba parte de su aspiración, en el mejor de los casos, como madre de sus hijos; en casos más humildes, manos para trabajar y, en términos de placer, «el reposo del guerrero». Culturalmente, la mujer siempre ha estado relacionada con la satisfacción del hombre, y esta creencia llega hasta nuestros días. He estudiado el tema profundamente; tengo artículos, ensayos, reportajes, vídeos de programas donde el tema central es la problemática de la mujer. Hay uno que es muy ejemplar e ilustrativo; se emitió hace tan sólo hace cinco meses. Preguntaban a una mujer de mediana edad y bajos recursos culturales que cuantas veces hacía el amor con su pareja, y ella contestó: «¿Yo? ¡Pues cuando mi marido tiene ganas!». ¿Comprendes ahora? Muchas mujeres han asumido esa condición de objeto de deseo por parte del hombre como algo natural, entendiendo que el deseo era masculino y la única función de la mujer era desahogarlo..., en muchos casos desbravarlos, prescindiendo de la idea de obtener una respuesta similar de placer. Era la abnegación cultural-conyugal-religiosa. El «débito conyugal» formaba parte del contrato matrimonial en el que la mujer debía satisfacer al hombre, justificando así su participación en el contrato. Ante estas circunstancias, hasta yo me rebelaría. Ese es otro de los daños colaterales del machismo, que te impide disfrutar del enorme placer de ser desado, de producir placer, de sentir como la otra persona goza de tu podería al tiempo que tú gozas del de ella. No es lo mismo mandar que excitar, no es lo mismo obedecer que gozar.

Cada vez iba más lejos, se había llenado de contenido y de comprensión, lo explicaba con tanta claridad que estaba agrietando algunas de mis convicciones. Pero no, yo no era así, estaba exagerando una realidad que ya no existía; el hombre de hoy

ha cambiado y no es como el de antes. Yo amo y aprecio a la mujer, y reconozco que está evolucionando. El único problema es que no se puede razonar con ellas..., pero tenía razón con lo del machismo; en vez de analizar la realidad, conservamos la creencia.

Tomamos el café y después me invitó a conocer su local.

2

Era un semisótano diáfano de setenta metros cuadrados, con unas pequeñas ventanas que daban al exterior y muy bien iluminado. A la derecha de la entrada había un pequeño bar con distintas bebidas; a la izquierda una mesa con un ordenador portátil y un equipo de edición de video con un monitor y un televisor grande. El centro lo ocupaban aproximadamente quince sillas colocadas en semicírculo, en una sola fila. En un lateral descubrí una cámara digital de video, y todas las paredes del local estaban adornadas con librerías llenas de libros sobre el tema de la mujer: mujeres célebres, heroínas, libros de autoayuda... Y muchos vídeos, cedés, casetes y decenas de revistas de información femenina. Al fondo aparecía un pequeño escenario a ras del suelo y toda la pared la ocupaba una frase: «El hombre no es el dueño y señor de la pareja, sino un miembro más de la misma». A su izquierda, la puerta del cuarto de baño. Estaba impresionado.

—¿Te has leído todo esto? —le pregunté, señalándole una de las librerías.

Pablo afirmó con la cabeza con mucha naturalidad, como si fuera normal. Cogí un libro que se titulaba El poder del sexo.

—La lectura de los libros tiene un orden —me dijo—, pero contigo voy a hacer una excepción. Si quieres te lo llevas y me lo devuelves cuando lo termines; es un libro muy interesante, pero tengo que hacerte un resumen de los anteriores. Verás, la mujer común no tenía más poder que el que le otorgaba el hombre, pero un determinado tipo de mujer, más inteligente, descubrió un enorme potencial de poder en ese irrefrenable deseo del hombre por desahogarse sexualmente, y decidió ejercerlo. Y el hombre y la mujer negociaron. Te cambio sexo por poder. ¿Vas entendiendo?... Ella descubrió las «armas de mujer», consistían en el noble arte de excitar a un hombre para secuestrarle la razón (su gran arma) y controlarlo a través de los sentidos (su talón de Aquiles). Y este libro recoge ejemplos de mujeres que a través de la historia han usado sus encantos femeninos para causas nobles. Busca el de Judit y Holofernes, viene en el índice. ¿Sabes quienes eran? Bueno, no importa. Judit era una hermosísima judía que vivía en un pueblo asediado por el general Holofernes. El pueblo ya no podía resistir más y la hermosa Judit, joven y viuda, se quitó el luto, se puso monísima, se fue al campamento, entró en la tienda de Holofernes, y este, que estaba a punto de vencer a su pueblo cayó derrotado tras una interminable noche de amor; es decir, se durmió de placer, momento que Judit aprovechó y, con su propia espada, le cortó la cabeza y salvó a su pueblo.

—Un poco gilipollas sí era el general ese.

—O ella muy lista. Y muy fría. Busca el de Lisistrata. Es el personaje de una comedia de Aristófanes, un autor griego. La historia tiene mucha gracia. Los hombres de su pueblo guerreaban contra otro pueblo de lunes a viernes, pero el sábado volvían

a casa a disfrutar del merecido «reposo del guerrero». La guerra se hacía eterna, los hombres se acomodaron en ella y habían convertido el pelearse en un oficio. Lisistrata pensó que aquello no era vida, pero no tenía poder para hacer cambiar de opinión a los hombres. Hasta que entendió que el hombre, en la comodidad, no aprecia lo que tiene y sólo lo valora cuando lo pierde. Lisastrata convenció a las mujeres para que no tuvieran relaciones sexuales con sus hombres hasta que estos dejaran de luchar. Y así lo hicieron..., y en menos de un mes acabó la guerra. O sea, que si te fijas un poco en la historia te das cuenta de que las «armas de hombre» han matado a mucha gente y, sin embargo, las «armas de mujer» han salvado muchas vidas.

—Pero ¿no te parece un poco patético que usen el sexo como moneda de cambio?

—Es la única vía de acceso al poder que las hemos dejado. Aunque la mujer no tenga el mismo poder que el hombre, sabe que el camino más corto en su relación con él es la línea curva. Pero, ¡cuidado!, que eso ya es historia. Muchas mujeres usaron el sexo como medio para conseguir un fin; el poder que las proporcionaba la independencia económica.

Pablo estaba entusiasmado con todos sus descubrimientos. Su estilo era didáctico, a veces culto y a veces vulgar, pero lo hacía porque en definitiva su esfuerzo tenía éxito si yo le comprendía. Pablo es un experto en medir el nivel de comprensión de la gente a la que se dirige, desciende o asciende con tanta naturalidad que uno no se siente imbécil. A veces vulgariza conceptos inteligentes o intelectualiza la cosa más sencilla. Pablo miró el reloj y aceleró el proceso temiendo que no pudiera explicarme todo antes de su próximo compromiso. Me llevó a la zona de revistas, eligió varias y me las dió.

—Echallas un vistazo, son de los años setenta. Si te das cuenta, con la aparición de los anticonceptivos la mujer empezó a sentirse más independiente y comenzaron los primeros movimientos feministas, y nosotros, en vez de tomárnoslo en serio, nos dedicamos a hacer chistes patéticos sobre ellas, burlas crueles sobre su apariencia física, carente de atractivos femeninos; es decir, de «armas de mujer»: pelo corto, sin maquillaje, pantalones sin ajustar...

—Sincéramente, Pablo, eran muy feas...

—Eso es justamente lo que querían provocar; que las pudiéramos mirar sin el deseo inmediato de acostarnos con ellas. Sólo querían que supiéramos que eran mucho más que un culo y unas tetas, mientras nosotros nos partíamos de risa con los chistes, ellas seguían avanzando informando a las mujeres por canales invisibles para los hombres, e inculcando en ellas un nuevo espíritu independiente que fue calando en el mundo femenino hasta que se convirtió en una misión, consciente e inconsciente, de muchas mujeres: Ser ellas mismas. Lo cual no era fácil; en primer lugar tenían que averiguar quienes eran exactamente para poder reconocerse. ¿Eran

algo más que una esposa pendiente de su marido? ¿Una mujer para deleite de su hombre? O ¿una madre sacrificada por sus hijos? La mujer siempre ha estado pendiente de los demás, y cuando la dijeron que podía estar pendiente de sí misma se alegró mucho pero no sabía por dónde empezar. Conocía a la perfección las necesidades de su entorno emocional, pero ignoraba las suyas. Es el efecto castrador cultural del machismo, que sabe que la ignorancia conduce directamente a la obediencia. ¡Ven, te voy a enseñar algo!

Volvió a mirar el reloj y aumentó su ritmo. Me llevó hasta la mesa del ordenador, lo encendió y, mientras buscaba el archivo no paró de hablar, y cada vez más rápido. Era como un cursillo acelerado de algo, pero yo aún no sabía con qué fin.

—Tengo un estudio sobre formas sutiles del machismo, o el machismo invisible. He asociado cosas que estaban sueltas, frases que hemos normalizado; como esta, te la leo: «A ver si el niño acaba la carrera, sale ingeniero y ya tiene la visa resuelta». Queda claro que el hombre sólo cree en el poder del hombre y trata de proteger a la mujer por falta de fe en ella, como queda claro en esta otra frase: «A ver si caso bien a la niña y no se tiene que buscar la vida». Puede que para algunas sea cómodo, pero es una forma sutil y perversa de despreciar a la mujer, disfrazada de responsabilidad. Y la desprecia de mil maneras. De forma directa: «Es que mi mujer tiene pocas luces». De forma indirecta: «Pero con esos ojos y ese cuerpo, ¿para qué quieres estudiar?». De forma cínica: «Estáis muy equivocados, ella donde se siente feliz es en la cocina». De forma familiar: «Pero cómo no la voy a querer si es la madre de mis hijos».

Volvió a mirar el reloj y echó un vistazo alrededor del local, buscando algún atajo para contarme en menos tiempo todo lo que me quería explicar. Empezó a darme la impresión de que me estaba preparando para algo que vendría a continuación. Volvió a llevarme a las revistas, eligió un par de ellas y me las mostró.

—Son revistas de información exclusivamente para la mujer. ¿Has leído alguna?

—No.

—Peor para ti, estas revistas inundan sus páginas con prototipos de la nueva mujer, a la cual no conocemos porque es nueva, y al mismo tiempo marcan las tendencias hacia la construcción de un nuevo hombre, ¿entiendes?, el nuevo hombre que desea la nueva mujer. Estas revistas tenemos que leerlas todos los hombres porque la información que las dan sobre nosotros es demoledora. Mira este titular —dijo mientras me enseñaba la página de una de las revistas—: «¿Es tu pareja un buen amante? Descúbrelo siguiendo nuestro cuestionario» O sea, que de ser incuestionados hemos pasado a ser examinados minuciosamente, porque cada respuesta del cuestionario tiene una calificación; se suman todas, se saca la media y muchas mujeres descubren que sus parejas están muy alejadas de ese hombre nuevo deseado.

Y parece una tontería, pero creó ansiedad en muchos hombres, y en otros una depresión incurable, afectándoles directamente al rigor de su órgano más apreciado. Me lo contó un amigo que sorprendió a su mujer leyendo uno de estos cuestionarios y, para evitar comparaciones, le dijo: «Cariño, no sigas leyendo, yo como amante soy muy normalito». Su mujer dejó de leer, le miro y, con educada comprensión, exclamó: «Tampoco tienes porqué sobrevalorarte». Y siguió leyendo. Mi amigo, para no perder la poca autoestima que le quedaba, dejó todos los vicios caros que tenía y dedicó todo ese dinero a un tratamiento crónico con la Viagra, que no resuelve pero endereza. ¡Pero espera, te voy a enseñar algo que te va a alucinar!

No tuve tiempo de reaccionar, me cogió de la mano y me llevó hasta el equipo de música, metió un cedé y empezó a manejarlo con un mando a distancia.

—En términos generales, la nueva conciencia femenina se iba fomentando poco a poco a través de artículos, conferencias, testimonios, libros, películas..., pero en la relación sexual en pareja dió un paso de gigante gracias a la incorporación de Rocío Jurado a las ideas de ese modelo de nueva mujer que estaba naciendo.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Totalmente, y a nosotros nos pasó desapercibido. Sus canciones no era de protesta, eran de reproche. Rocío Jurado, a través de sus canciones inyectó el valor que necesitaban muchas mujeres para decirles a sus parejas lo que realmente sentían. Era toda una campaña musical contra el machismo sexual. Verás, he editado algunas estrofas y he realizado un documento sonoro bajo el título «La reconversión sexual del macho antiguo», que se divide en cuatro fases. La primera la he llamado «La denuncia». Escucha esto...

*Lo siento, mi amor,
pero hoy te lo voy a decir.
Hace tiempo que no siento nada
al hacerlo contigo...*

Accionó la pausa y continuó hablando.

—¡Fíjate que fuerte! Era la primera vez que una mujer le decía a su pareja la verdad sobre su calidad sexual. Era la primera vez que la mujer reivindicaba su propio placer y acusaba al hombre de no dárselo. En mis conclusiones, ese atrevimiento irritó al machista que, lejos de aceptar la crítica y entender que ponía poco de su parte, la acusó de frígida y se lanzó a la aventura de la infidelidad con una joven, mucho más joven que la que tenía en casa. Pero la que tenía en casa era la que mejor conocía sus limitaciones... Y comenzó la segunda fase: «La aceptación».

Sonaba otra estrofa, esta vez con poderío, sin tapujos, con determinación, sin temor a equivocarse:

*Se va a reír de ti
cuando descubra
que en tus noches
no hay tal fuego.*

—¿Te das cuenta, Jorge? —me dijo mientras ejecutaba la pausa—. Durante siglos hemos presumido de un poderío sexual que no teníamos. Hemos colocado tan alto el mito del macho que ni siquiera los machos podemos ponernos a esa altura. Hoy día, en la relación sexual con la mujer ya no valen las palabras, sólo cuentan los hechos, y estos no están a la altura de lo que voceamos. Sigamos con mi teoría. El machista, al que le pierde la comodidad sexual, vuelve a casa con su mujer de siempre. Ella coje las riendas de la conducta sexual y le enseña a amarla como a ella la gusta que la amen. Es la tercera fase: «El reciclaje».

Volvió a soltar la pausa y la voz de Rocío sonó con rotundidad paralizante:

¡Quieto, refrena tus impulsos!

—Observa que en esta primer lección la mujer usa como mecanismo didáctico el tratamiento de choque: «Quieto...!». Primero para que no la atropelle (defensa propia), y segundo para hacerle entender que no es bueno que toda la sangre de su cuerpo se concentre en un sólo órgano, que es cuando le dice con rotundidad femenina: «¡...refrena tus impulsos!». A pesar del tono autoritario, si analizas la frase te das cuenta de que la dice por el bien del hombre, que consigue así frenar su ritmo cardíaco gracias a una justa redistribución de su riego sanguíneo. Cuando ella se asegura de que él está menos bruto, le da la segunda clase:

¡Quieto, mejor con suavidad!

—¡Esto es elegancia! Porque lo normal hubiera sido: «¡Pero qué bestia eres!» ¿Vas captando lo que quiero transmitirte? Con estas canciones están trazando el retrato robot del nuevo hombre que desea la nueva mujer. Y ya tenemos dos rasgos. ¿Cual es el primero? Un hombre que controla el envite. ¿Y el segundo? Recuerda: «... mejor con suavidad...». Está clarísimo, Jorge: compenetración mejor que penetración.

Sus ojos estaban llenos de claridad y generosidad, quería compartir conmigo sus descubrimientos, estaba lleno de luz y satisfacción, era como un profesor que hace preguntas sin esperar respuestas, a sabiendas de que el que lo escucha no las conoce. Todo lo que decía penetraba en mí, aportándome una luz impresionante. Me acordaba de Julia, mi esposa, y de Marta, y de Juana, pero sobre todo me acordaba de Natalia,

la mujer con la que vivo actualmente y con la que atravieso una crisis parecida a las anteriores. ¡Joder, qué bruto he sido con ellas! Pero Pablo no me dejaba detener en mis pensamientos.

—Sigamos, esta es la tercera lección.

Volvió a soltar la pausa y la voz de Rocío sonó con dulzura de mujer y la autoridad de un capitán de barco.

¡Deja que yo controle todo!

—El mensaje está cada vez más claro. Le está diciendo al hombre que se relaje y que disfrute, le está diciendo que las cosas pueden funcionar bien a pesar de que él no las dirija, le está diciendo que va a ser su "jockey" para organizar y distribuir ordenadamente todas sus energías para que estas no se pierdan en un "sprint" solitario y torpe..., y al mismo tiempo nos está ofreciendo un nuevo rasgo de este nuevo hombre que desea la nueva mujer: la sumisión mecánica. Y llega la cuarta lección:

¡Deja, no hay prisas en llegar!

—Aquí está la clave, Jorge. Esta última lección es un acto de inteligencia y generosidad hacia el hombre y un conocimiento total de su naturaleza. Le está diciendo que en la relación sexual lo importante no es ganar, sino participar, le está diciendo, con mucha sabiduría, que en sexo el triunfo está en el medio y el fracaso en el fin, le está diciendo que la nueva mujer prefiere mucho juego y pocos goles..., y a ser posible en la prórroga.

Empecé a reirme, no sólo me estaba interesando sino que me estaba divirtiendo. Cada conclusión era un hallazgo, a veces vulgar, otras sutil, siempre divertido. Se había calmado un poco, estaba llegando al final y su última mirada al reloj lo tranquilizó.

—Y llegamos a la última fase de la "reconversión sexual del macho antiguo": «La prueba de resistencia».

*Si amanece y ves
que estoy despierta
porque de tu amor
aún no estoy llena,
ámame otra vez,
ámame otra vez,
con las mismas fuerzas
de la primera vez.*

—Y ahora piensa un poco. Si juntamos bien todo este puzzle de rasgos y comportamientos, descubrimos que el nuevo hombre que desea la nueva mujer, en términos sexuales, tiene que tener el ímpetu calmado de Harrison Ford en cualquiera de sus películas: «refrena tus impulsos», la delicada pasión de Leonardo di Caprio en "Titanic": «mejor con suavidad», la confianza de un trapecista en su "partenaire": «deja que yo lo controle todo», asumir el destino de un burro de noria: «deja, no hay prisa en llegar», pero sobre todo, tener el rigor profesional de un actor porno: «ámame otra vez, con las mismas fuerzas de la primera vez». ¿Lo comprendes ahora, Jorge? Es materialmente imposible que podamos alcanzar ese modelo.

Dejó el mando a distancia del cedé en la mesa y se dirigió al bar. Yo le seguí, allí bebimos unos refrescos. Pablo estaba más tranquilo, aunque yo percibí ciertos niveles de expectativa. Me había contado muchas cosas y ahora, con aparente desinterés, esperaba mis preguntas, pero yo tenía tantas que no sabía por donde empezar: ¿quién es Pablo? ¿A qué se dedica? ¿Qué coño de lugar es este? De repente me vino la pregunta exacta:

—¿Qué fue de tu mujer y tus hijas?

Pablo me miró como un profesor satisfecho de su alumno y comprendí que había hecho la pregunta exacta.

—Mi cara decía una cosa y mis palabras otras, hasta que coincidieron en una ocasión, y desde ese momento dejaron de decirme: «Lo que tú digas». Y empezamos a decir: «Lo que digamos».

—¿Quieres decir... que dejaste de ser machista?

—Eso es muy difícil, nunca se deja de ser machista del todo, pero he eliminado del machismo todo lo relacionado con el pensamiento único, que además de ser una gilipollez te obliga a asumir la responsabilidad del resultado y, si te equivocas, equivocas a toda tu familia. Es mejor compartir distintas ideas y elegir la mejor. ¡Joder, Jorge, mi mujer ha empezado a pensar por sí misma y ahora resulta que es más inteligente que yo, con toda mi carrera de economista!

—Eso debe de joder bastante, ¿no?

—Sí, pero sólo en el caso de seas imbécil. La inteligencia es contagiosa siempre que te vacunes contra la soberbia, que es la impide el contagio. Eso quiere decir que me voy a beneficiar de su inteligencia, y eso es lo que ha pasado, Jorge. Yo llevaba veinte años en la misma empresa, y mi mujer y mis hijas montaron una empresa de servicios por Internet y ganan en un mes lo que yo en un año. Total, que me despedí de la empresa y me he puesto a trabajar con ellas; trabajo menos y gano más. ¿Cómo me va a joder?

—No lo sé, Pablo. La mujer con la que vivo actualmente es mi..., fue mi secretaria, y es inteligente, pero..., quiero decir que mi director es una mujer y es muy atractiva, pero no me atrae una relación con ella.

—Te entiendo, necesitas controlar la relación.

—No, no es eso Pablo, es que...

Era eso, pero no me atreví a reafirmarlo porque no sabía como defender ese comportamiento. Esa necesidad de que sean así las cosas a mí me parecía normal, pero Pablo podía perfectamente demostrarme todo lo contrario, y preferí darle un giro a la conversación.

—Y el local este ¿de qué va?

—Es un taller de desintoxicación.

—¿Drogadictos?

—No.

—¿Alcohólicos?

—Machistas.

—¿Machistas?

—Ahora estoy mejor, pero he pasado un infierno. Monté este taller hace tres años con el deseo de poder ayudar a hombres que necesitan entender de otra manera la relación de pareja y enseñarles todo lo que yo he aprendido de la nueva mujer. Sabemos lo que queremos de ellas, pero ignoramos lo que ellas quieren de nosotros. El hombre está perdido, Jorge, las mujeres están en proceso de cambio y lo están haciendo solas, sin la ayuda del hombre. Es su revolución. Aún no saben a donde van..., pero van. Sin embargo, nosotros nos hemos quedado quietos intentando sostener una ola que va a ahogar a todo aquel que no sepa nadar en la mujer. Aquí vienen muchos hombres con adicciones machistas que les impiden relacionarse con su pareja, a pesar de que la aman. Cada uno tiene una historia y entre todos nos ayudamos con el único fin de entender a la mujer a la que consideramos imprescindible en nuestra vida, sólo que tenemos que cambiar la relación con ella durante el proceso de transformación. En este taller se les pone al día y luego cada uno va contando su experiencia, y entre todos buscamos ideas, soluciones. Esto es un laboratorio donde ensayamos nuevos comportamientos y cada uno de nosotros lo practica en su relación de pareja, y aquí nos contamos los resultados. Es muy sencillo, Jorge, estudiamos a la mujer como ella nos ha estudiado, con el único fin de que lleguen a ser transparentes como nosotros lo somos a ellas.

—Pero vamos a ver, Pablo, si hacemos todo lo que ellas dicen, dentro de poco nuestra única misión será la de cambiarlas las ruedas del coche cuando pinchen.

—Pero, Jorge, mucho peor. Podemos quedar reducidos a simple semilleros. Piensa un poco, la clonación está al caer, la inseminación artificial ya es un hecho, hay un banco de esperma congelado y catalogado en Internet donde las parejas de lesbianas acuden para tener un hijo sin que el hombre las penetre. Ya no nos necesitan para la reproducción o necesitan a muy pocos de nosotros con una materia prima de alta calidad. En un futuro muy próximo, la mujer va a elegir el esperma que se le

antoje, ¿y tú crees que va a elegir el tuyo o el mío? No, elegiré el de un deportista de élite, o el de un genio, o el de un escritor, o el de un empresario triunfador, y los que no demos la talla tendremos hijos guapísimos, altísimos e inteligentísimos, y hasta es posible que les cojamos cariño, pero cuando nos digan papá..., sentiremos una ligera sensación de fraude.

—Todo esto me parece una exageración.

—Es posible, aunque en este caso la exageración sólo es una lupa que te hace más visible el problema..., pero el problema existe.

—Pero estás hablando de una minoría, de mujeres cultas, progresistas...

—Son la avanzadilla, el resto viene detrás.

—No quiero desanimarte, Pablo, pero conozco a muchas mujeres que prefieren hombres machistas en su relación.

—Lo sé, Jorge, lo sé. Son mujeres que han seleccionado la parte que las convenía del machismo: la comodidad de no participar en las grandes decisiones y responsabilidades, la protección física y económica, la tranquilidad de no ejercer su derecho al libre albedrío, reducido a pequeños e intrascendentes caprichos, por miedo al mareo que las produce tomar una decisión comprometida. Además, la mujer del machista sabe que, haciendo creer a su pareja que está sometida, podrá hacer lo que la de la gana porque nunca sospechará de ella. La pregunta que yo te hago es la siguiente: ¿hay amor entre ellos?

—No lo sé, pero funcionan.

—Pero funcionan sin amor. Es como un pacto invisible de relación; ambos se dan lo que se solicitan, ella le pide a él que sea un caballero y él la pide a ella que sea fiel. Al final, él se echa una amante más joven y ella lo comprende. Son parejas de relación y, más que amarse, se aceptan.

—Pero funcionan, Pablo. Conozco a muchas parejas así y funcionan de maravilla. Cada cosa está en su sitio, son matrimonios de larga duración.

—Pero no hay amor..., Jorge. Aunque tienes razón, funcionan. A veces he llegado a pensar si no es el amor lo que estropea una buena relación de pareja.

—Es muy lúcido lo que acabas de decir.

—Es patético, es la demostración del fracaso del amor como esencia de una relación. La gente ve la felicidad a través del amor y la busca a través de la comodidad. Tengo datos. Grabamos cintas en una cafetería y recuerdo a una mujer mayor intentando consolar a una joven que tenía miedo de casarse, no fuera que por ese hecho no encontrara su hombre ideal, y si al final no lo encuentras, por lo menos tienes un marido.

—Típico de las mujeres; se tiran siempre con para caídas.

—Pero hay más. En una encuesta que hicimos, preguntamos a una mujer de treinta y tantos qué sería capaz de dejar por amor. La mujer se quedó pensando,

dando a entender que la pregunta la interesaba, y se tomó su tiempo. Más tarde la vino una sonrisa de hallazgo y exclamó: «¡A mi marido!»!

Solté una carcajada y Pablo me miró porque su intención no era hacer un chiste. Me disculpé con un gesto dándole a entender que me había tomado en serio el tema. Pablo continuó.

—Quiero decir con esto que hay gente que busca la buena relación en la pareja más que el amor, porque el gran problema del amor es su delicadeza; es frágil y vulnerable, no es como la relación que se sustenta en un intercambio de roles complementarios y en la que las emociones pasan a un segundo plano. El amor es tan frágil que lo puede herir incluso la sinceridad. Que terrible paradoja: el amor aspira a ser sincero y a veces hay que mantenerlo a base de mentiras.

Pablo hizo una pausa y se dirigió hacia la mesa. Descolgó el teléfono y marcó. Yo me quedé pensando en la última frase. Al principio me pareció un eslogan, no sé, de un anuncio de fabada en el que se da más valor a la imagen del bote; pero no, creo que Pablo se refería más bien a que la sinceridad a veces no es generosa y el amor tiene que serlo. No sé, creo que estoy hecho un lío. Pablo colgó y volvió al bar.

—Dentro de unos minutos comienzo el cursillo de esta temporada. Van a venir machistas de cursillos anteriores y otros nuevos. Te lo digo por si quieres quedarte, a lo mejor te sirve de algo...

—Me has vuelto a llamar machista.

—El primer paso está en reconocerlo.

—Pero es que yo no tengo nada que reconocer porque no soy machista. Yo no voy por ahí acosando a las empleadas de la empresa donde trabajo...

—Me has dicho que está viviendo con tu ex secretaria.

—Porque nos enamoramos y lo primero que la propuse fue que dejara el trabajo.

—Y ella qué dijo.

—¿Qué iba a decir? Yo gano más que ella.

—¿Y eso no es machismo?

—Yo no soy machista.

—Está bien, te creo, me has dicho que tu jefa está muy buena.

—¿A qué viene eso ahora?

—¿Te gustaría tirártela...?

—¡No!

—¿Por qué?

—Es..., demasiado..., se cree superior..., pero no tiene idea de nada..., está en el cargo porque se está tirando a alguien...

—Es una pena que no quieras quedarte porque las sesiones son muy divertidas. Empezamos con chistes y todo eso. ¿Te sabes algún chiste?

—Sí..., supongo que sí...

—Cuéntame uno y así lo cuento yo al principio y los animo.

—Es que ahora mismo no me acuerdo.

—¡Uno de borrachos!

—No, de borrachos no sé ninguno.

—¿Y de machistas?

—Joder, de esos sí. Tengo uno que es buenísimo: dicen que era una tía tan tonta, tan tonta..., que hasta las amigas se dieron cuenta.

No sé por qué, pero aún no había terminado de contarlo y ya me estaba arrepintiendo. Pablo me miraba con la sonrisa de un trampero ante su nueva pieza. Era muy listo, me hacía comprender las cosas a base de chocar contra ellas. Si te hace gracia un chiste machista, no lo dudes, eres un machista. ¡Joder, llevo toda mi vida contando chistes de machistas y diciendo al mismo tiempo que yo no soy machista! Es la contradicción que no se cansa de hacerme putadas. No sabía si volver a mi casa y pedir perdón a Natalia o quedarme a esa absurda terapia y decirles a aquella panda de nenazas que como cedamos un sólo palmo la mujer acabará dominando la especie... Yo no soy machista, pero...

Me quedé, sentía curiosidad. Al principio, todo lo que me contó Pablo me parecía un chiste largo, pero los argumentos eran sólidos, documentados, y eso me hizo dudar de mi primera impresión, aunque no entendía exactamente de que iba todo aquello. ¿Cómo podía existir una asociación semejante? Machista desintoxicándose del machismo..., ¿cómo se hace eso?, pero, sobre todo, ¿para qué sirve...? ¿Pasará como con el tabaco, que respiraremos mejor? O como con el alcohol, que tendremos mejor calidad de vida... Yo no soy machista, pero hay cosas que no pueden cambiar. ¿De qué tengo que desintoxicarme yo? No soy violento; al contrario, soy cariñoso..., a veces, reconozco que, soy enérgico..., pero eso no es malo. A una mujer la gusta que un hombre tenga carácter, se siente más protegida. ¿Tengo que desintoxicarme de eso...? ¿Y qué seré después...? ¡Yo necesito todo eso para vivir! Además, yo no soy un machista. Pero veía a Pablo tan seguro... que le dije que me quedaría sólo para ver y escucha.

3

Eran las seis de la tarde y el taller se había llenado de hombres. Algunos bebían en el bar cerveza sin alcohol o refrescos; no había bebidas alcohólicas. Los que se conocían de otros cursillos se desinhibían con más facilidad, hacías comentarios entre ellos, se reían o comentaban las ausencias de compañeros y cada uno hacía una suposición que coincidía con una de las dos alternativas: o se había separado de la mujer o esta había pasado por el aro y él ya no necesitaba reciclaje. Sólo oí a uno comentar una tercera alternativa: que ya estaba curado. Esa hipótesis rompió el tono frívolo del grupito, que enmudeció al encontrar en esa opción un deseo real e inconfesable. Les hubiera gustado seguir jugando con las dos primeras suposiciones porque eso les permitía seguir albergando la idea de que el hombre es el más fuerte y no va a ceder: O se adapta a mí o que se vaya. La tercera idea estaba blindada contra chistes, no se podía frivolar con ella, era muy profunda y, sobre todo, ¿qué sentido tenía el que estuvieran haciendo terapia de grupo? ¿Reafirmarse en su machismo?... Me dio la impresión de que en cada uno de ellos había un deseo de «curarse», pero al mismo tiempo les costaba admitir públicamente que eso era lo mejor porque llevaba directamente a la renuncia total de adicciones antiguas. Es como ese fumador empedernido que deja de fumar y al cabo de un tiempo se encuentra con un amigo fumador que le pregunta: «¿Cómo estás?», y el ex fumador reclama: «Pues muy jodido, porque me encuentro mucho mejor».

Habría unas ventitantas personas. Ya las iré describiendo cuando ganen protagonismo; si adelantaré que no había homogeneidad, por lo menos en apariencia. Las edades oscilaban entre los veinticinco y cerca de los sesenta.

Pablo recibía a los nuevos, a los que se les identificaba porque en su cara llevaban escrita una frase: Yo no debería estar aquí. Pablo conocía esa reacción y actuaba con tanta naturalidad que a los pocos minutos se iban relajando y participando. Pablo les indicaba algún libro o revista, otros contemplaban imágenes en el televisor, había pequeños grupos sueltos y el resto se sentaba en las sillas. De repente apareció alguien y Pablo se dirigió hacia él como si lo estuviera esperando y le aliviara su presencia. Charlaron unos minutos y después se dirigió hacia mí.

—Te voy a presentar a Juanjo —me dijo mientras el tipo me daba la mano—, lleva con nosotros desde el principio.

—Encantado —le dije, pero no era verdad; me apretó la mano de tal manera que creí que me la había roto.

Me había tomado por uno de ellos y quería demostrarme toda su solidaridad masculina. Tenía que haberlo supuesto. Juanjo era un tipo de treinta y ocho años, no muy alto, quizá uno setenta, pero muy fuerte de naturaleza. El cuello era inmenso y le hacía juego con las manos, auténticas mazas con dedos cortos y gruesos. Su mirada

era decisiva, fijaba un punto y allí se dirigía. Vino hacia mí con mucha energía y yo tenía que haber supuesto que algo de eso tenía que pasar. Aguanté el apretón. Pablo seguía hablando ajeno a mi dolor.

—Juanjo va a ser el primero en dar su testimonio. Hay mucha gente nueva y queremos que vean los avances que se van produciendo en personas que llevan tiempo con nosotros; no es un ejemplo de resultado rápido, pero es importante para que descubran que no hay casos imposibles si hay voluntad de seguir avanzando aunque los resultados sean mínimos.

Juanjo afirmaba con la cabeza cada comentario de Pablo de una manera obstinada, mecánica, con gesto de satisfacción, asumiendo ser el último de la clase, pero con voluntad de superación. Juanjo es taxista y toda su cultura es de oídas. Diez horas diarias en el taxi escuchando todos los programas de radio proporciona mucha información, distintas opiniones y un sinfín de palabras cultas que Juanjo usa de manera correcta pero que, junto a otras más básicas, sorprenden. Otro detalle, a veces suprime involuntariamente algunas sílabas de las palabras cultas que usa; la razón es que no las ha leído, las ha oído, y por tanto se le escapan algunas letras o las cambia de orden.

—Mi problema —me dijo Juanjo— es que asimilo todo lo que voy aprendiendo aquí pero me cuesta mucho ponerlo en práctica, sobre todo cuando entre cursillo y cursillo pasa mucho tiempo. Cuando estoy en el cursillo me llevo mejor con mi mujer, pero cuando se termina me viene el «mono», y ya estoy otra vez mandando. ¿Sabes lo que quiero decir? Pablo asegura que es como el síndrome de abstinencia, y es que no lo puedo evitar. Además, yo estoy todo el día en taxi y todo el mundo me manda; no solo me dicen donde tengo que ir, sino por donde tengo que hacerlo. Joder, que llego a casa y en vez de comprender que son dos cosas distintas, paga el pato mi familia... Después lo pienso y me arrepiento, pero con el «mono» es imposible y, claro, me retraso en la evolución.

Pablo hizo una llamada de atención dirigiéndose al escenario y todos tomaron posiciones. Los verdaderos pacientes se pusieron primera fila y el resto buscamos refugio creando con las sillas restantes una segunda y tercera fila. Muchos de los nuevos, como yo, preferían escuchar a participar, para entender el mecanismo de la terapia. Pablo dejó de ser el profesor particular que había ejercido conmigo para convertirse en un auténtico "showman". Todos le aplaudieron. Yo sólo observaba.

—Es para mi un placer estar de nuevo con vosotros compartiendo experiencias, secretos, sensaciones, verdades, errores y aciertos. Me siento feliz cuando estoy con vosotros porque tenemos problemas, si, pero también tenemos la voluntad y el deseo de resolverlos de la manera más inteligente. Y para eso necesitamos saber la verdad; la verdad sobre nosotros mismos, sin dejarnos nada dentro, sin pudores para expresar lo que realmente sentimos, sin sentirnos indignados por tal comportamiento o

pensamiento. Tenéis que pensar, y esto se lo digo especialmente a los nuevos, que el hombre es la primera víctima del machismo. El hombre actual ha heredado esa cultura y, más que responsable, es prisionero de ella. El fin de este seminario es liberarnos de la parte nociva de esa conducta y poder relacionarnos con la mujer de forma más fluida, más comprensiva, más inteligente. ¿Quiere decir eso que vamos a convertirnos en siervos de la mujer? ¿En sus lacayos? ¿En sus cambiadores de ruedas? No, ni creo que sea eso lo que persiguen. Lo que yo creo es que la mujer está sufriendo una metamorfosis, se dirige hacia un cambio, y cuando éste sea definido, cuando consigan ser lo que realmente sean ser, es posible que podamos dialogar objetivamente con ellas y su nueva identidad. Pero ahora están en proceso, es decir en crisis, están creciendo como los adolescentes, y sólo se interesan por ellas, y sus cambios individuales son sus logros, y en esas condiciones de percepción es muy difícil que las penetre un razonamiento masculino. Es más, lo entenderían como una agresión e injerencia en su evolución y eso sería negativo. ¿Y qué vamos a hacer mientras dura el cambio? ¿Separarnos?... ¿Divorciarnos?... ¿Sufrir un infierno donde siempre ha habido cielo? ¡No! Porque hay una característica común entre todos nosotros: amamos a la mujer, queremos a nuestra novia o esposa o compañera sentimental, y no queremos prescindir de esa relación. Pero tenemos que entenderla de otra manera. Trataremos individualmente cada caso y todos podrán dar sus opiniones. Es posible que muchas parezcan absurdas, pero nos ayudará, a encontrar la buena idea, la solución a una adicción que no podemos resolver por nosotros mismos. Lo más importante es que sepamos todo de todos y, lo primero que tenemos que erradicar en nuestro comportamiento es la violencia. Levantad la mano los que os consideréis violentos...

Nadie se movió, conservaban impasibles la misma postura, el mismo gesto, atentos e inmóviles, como si no fuera con ellos. Más que por aludidos, se daban por "eludidos". Pablo les concedió unos segundos con la esperanza de que alguien se arrancara con una confesión, pero la sala permanecía impasible, aguantando la pregunta con cinismo de película y entusiasmo de espectador. Pablo aguardaba, pero la sala no tenía prisa. Había tensión, yo esperaba que Pablo saliera con una de sus palabras de bolsillo y resolviera la situación, o pasara a otro punto; pero no, él sabía que nadie iba a confesar que era violento sin darles la oportunidad de justificar esa violencia. Por eso sonrió y desplegó toda su magia.

—Está bien —dijo levantando la mano derecha—, lo reconozco, soy violento y el hecho de ser el único violento de este cursillo no me va a intimidar para reconocer un comportamiento que impide una relación justa. ¡Soy violento! Pero no lo soy por ser machista. En el machismo, como en el fútbol o en muchas manifestaciones, también hay violentos, y está claro que el absoluto poder se mantiene a través de la obediencia absoluta, o por el temor, y algunos machistas llegan a ese punto. Pero no todos los

machistas son violentos, aunque el poder absoluto es una forma de violencia; existen machistas muy pacíficos. ¡Vosotros, sin ir más lejos! El deseo interno del machista es que su mujer y los demás entiendan cómo es él y lo acepten con comprensión. Pero si no lo hacen, aparece la violencia como intimidación: «Como me vuelvas a llevar la contraria te meto una hostia que te estampo contra la pared». Yo era así de violento, la relación con mi mujer no era de amor, sino de temor. Llegué a pensar de mí mismo las peores atrocidades, hasta que me di cuenta de que mi naturaleza no era violenta; la culpa la tenía la errónea información que heredamos, en la que nos hacen creer que somos seres superiores a la mujer. Pero ¿lo somos? No, porque si lo fuéramos podríamos convencerlas de nuestros deseos con palabras, pero como no lo somos tratamos de imponernos con la fuerza física, y eso es violencia, provocada por el hecho de que la mujer no respeta tu superioridad ni tu antojo. Como ya he dicho, herencia errónea que tenemos que quitarnos de la cabeza. Además del daño que produces a la mujer que supuestamente amas, esa violencia tiene los días contados: los medios de comunicación están consiguiendo, con la difusión de estos hechos, que el machista violento no sólo sea juzgado y condenado, sino que su imagen puede llegar a ser más conocida que cualquiera de los participantes en «Operación Triunfo». Los programas de realidad espectáculo (reality show) sacan diariamente casos espeluznantes, y por cada caso a la semana siguiente aparecen diez casos más. Es como si las mujeres maltratadas, viendo una ventana abierta a la opinión pública, hubieran salido del armario sin miedo a denunciar a su marido o compañero sentimental, no por el placer que no las dan sino por el daño que reciben. Por lo que un maltratador no sólo se juega la cárcel; se juega el prestigio social. El maltrato se ha convertido en el peor de los delitos, el más bajo, el más rastrero; un estafador tiene su "glamour", ahí tenéis el caso de "Gescartera"; una apropiación indebida, hasta da la impresión de no ser ni delito. Pero la opinión pública califica maltratar a tu propia mujer como un acto de terrorismo casero. Eso lo sabe el machista violento, y poco a poco va controlando esa violencia, o transformándola en algo menos vistoso, como hacemos la mayoría. Claro que eso es una estrategia; en vez de cambiar de conducta, lo que hacemos es cambiar la forma de manifestarla. Hoy día no es políticamente correcto ser machista, está muy mal visto, puedes perder hasta tu empleo; es más, tu imagen se resintiría; no se lleva, ha quedado "out", si quieres progresar hoy día tienes que tener un comportamiento moderno, tolerante, no sólo tienes que admitir la normalidad del "gay" sino que tienes que aceptar que el machismo es lo peor. Pero ¿creéis que el machismo se cura de golpe? No, necesita un proceso, y éste es muy lento, mientras que el proceso de evolución de la mujer va cada vez más de prisa. Hay muchos machistas en período de reconversión y con buena voluntad que no pueden asumir la rapidez en los cambios de conducta de la nueva mujer; quieren pero no llegan, sus cerebros no asumen tantas novedades y se bloquean, y en vez de

progresar se amurullan en sus antiguas convicciones de poder. Eso si, dando la impresión de hombre nuevo. Pero se los descubre fácilmente, son los que critican abiertamente el machismo hasta que el subconsciente los delata y te dicen: «Yo no soy machista, pero os voy a contar un chiste que os vais a cagar de la risa: era una tía tan tonta, tan tonta..., que hasta las amigas se dieron cuenta...

¡Qué hijo de puta, qué hijo de la gran puta!... Me estaba poniendo en evidencia. Bueno, no me señaló cuando lo dijo pero yo me sentí en evidencia. Pablo seguía teniendo aquel sentido de la estrategia. Te conducía a donde él quería y, cuando más relajado estabas, te sacaba la contradicción y te dejaba en pelotas. La sala entera rió el chiste. Pablo no se detuvo, había conectado.

—Y sigue insistiendo: «Pero yo no soy machista, es más, mi mujer hace lo que le da la gana, y me lo ha dicho más de una vez: "No te quiero ver en mi cocina". Y yo fui el que la dijo que los fines de semana no se la ocurriera cocinar..., que lo haga el miércoles o el jueves, se congela y el fin de semana al microondas...

La sala volvió a reír. Pablo se dio cuenta de que eran permeables a ese tipo de lenguaje y siguió:

—Ahora voy a presentaros a un compañero que lleva con nosotros mucho tiempo, su experiencia os servirá de mucho, aunque a él hasta ahora le haya servido de poco. Incluso creo que os sentiréis identificados con parte de su confesión. Queridos amigos, oigamos el testimonio humano de Juanjo, pero primero lo vamos a recibir con un caluroso aplauso.

Todos aplaudimos, Juanjo se levantó de su silla y se puso al lado de Pablo que le indicó con las manos que podía comenzar al tiempo que se marchaba del escenario. Juanjo llevaba un botellín de cerveza sin alcohol y se comportaba con mucha confianza, sin nervios, a pesar de su pereza mental y su fobia a los cambios. Juanjo sabía lo que Pablo quería de él, era su modelo preferido. Juanjo se sentía orgulloso de ello, aunque a mí me daba la impresión de ser un conejito de indias, un prototipo en el que Pablo estudiaba. Juanjo le dio con naturalidad un trago a su cerveza con estilo inconfundible de un bebedor solitario de barra de bar y comenzó su testimonio:

—Gracias, compañeros machistas, por estos aplausos que me animan a contaros todo el proceso de mi rehabilitación. Llevo viniendo a Machistas Anónimos desde hace tres años y tengo que reconocer que, gracias a los testimonios de otros machistas como yo, la relación con mi esposa... pienso que ha mejorado. Pero no fue fácil porque atravesamos varias etapas... La primer fue agresiva; cuando ella hacía algo que no me gustaba yo la miraba mal. La segunda fue violenta; cuando ella me provocaba, yo alzaba un poco más la voz y daba cuatro manotazos a la mesa. Y en la tercera, que es en la que estamos ahora, pues estamos mucho más tranquilos porque, gracias a Dios ya no nos hablamos..., y es que el problema empezaba siempre cuando nos poníamos a hablar, que nunca estaba de acuerdo conmigo, y es cuando yo

entonces la ponía en su sitio... Pero yo no soy violento, es que tendríais que conocerla, ¡no me deja hablar! O, peor, nunca me deja terminar las frases, siempre se me adelanta y yo quedo como un gilipollas... Llegamos a un sitio con retraso y yo, para disculparnos, digo: «Perdonad que hayamos llegado...». Y ella: «¡Tarde!». Yo: «Es que no encontrábamos...». Ella: «Aparcamiento». Y así toda la tarde y, claro, llega un momento en que me pone de los nervios, se me olvida lo que tengo que decir a continuación y me paso toda la conversación diciendo: «¿De qué estábamos hablando?». Y todos me miran como si se me hubiera ido la cabeza... Y es cuando la cojo del cuello..., y es cuando ella se pone a chillar y me acusa de violento..., y eso no es cieto...

—Un momento, por favor, Juanjo —exclamó Pablo desde un lateral de la sala—. Creía que ese tema lo tenías superado.

—Y lo tengo.

—Te creo, Juanjo, te creo, pero si la coges del cuello es que sigues siendo violento.

—Yo la cojo del cuello, Pablo, eso no lo niego, pero la violencia me la pone ella, que no me deja terminar mis frases. Porque tú ya sabes que yo por mí mismo no soy violento...

—Y en vez de cogerla del cuello, ¿no te has planteado otra alternativa para que entienda que el hecho te molesta?

—¿Como qué?

—Dejar que hable ella e interrumpirla tú.

—Lo he intentado.

—¿Y qué pasó?

—Pues siempre acaba antes de que a mí se me ocurra algo.

—Entonces díla amablemente que no te interrumpa cuando hablas.

—Ya se lo he dicho.

—¿Y...?

—No me dejó terminar. Yo la dije: «Maribel...». Y ella me dijo: «Sí, que te molesta que te interrumpa». Y la volvía coger del cuello.

—Juanjo, tienes que reconocer que ese comportamiento es violento.

—¿Y lo de ella qué es?

—No estamos hablando de ella, sino de ti.

Ya, pero es que ella sabe que eso me irrita y lo hace para que me irrite...

—Entiendo, Juanjo, entiendo, pero no hay proporción en la respuesta. Tu no la puedes coger del cuello cada vez que te interrumpa.

—Pues que no me interrumpa.

—Imagínate, Juanjo, que ella no puede superar ese comportamiento.

—Pues la seguiré cogiendo del cuello.

Juanjo es un tipo fijo, es decir, cuando se le mete una idea en la cabeza, le podrás cortar la cabeza, pero seguirá opinando lo mismo. Su problema es que tiene unos recursos lentos de expresión y cuando alguien piensa más rápido que él, lo cual no es difícil, se bloquea y recurre a la fuerza física como mecanismo para zanjar una situación que no ha podido defender con palabras. Pablo notó un ataque de ansiedad en Juanjo; es decir, tenía el «mono», necesitaba un nuevo «chute» de terapia para poder superar esa situación. Pablo se acercó a Juanjo, sonriente y con actitud de manso. La sonrisa de Pablo era tan conciliadora que contagió a Juanjo y al resto de los hombres. Pablo se dirigió a todos.

—Para los que no le conocéis, Juanjo ha avanzado mucho en su proceso de desintoxicación, pero a veces tiene recaídas, y quiero que sepáis que esto también os puede pasar a vosotros, y la recaída no consiste en que Juanjo haya vuelto a una relación violenta con su mujer. Esa es la consecuencia, la recaída consiste en que Juanjo ha vuelto a perder su autoestima y se cree inferior a su mujer.

—Eso no es verdad, yo soy más inteligente que mi mujer.

—No, no lo eres.

—Sí lo soy.

—Si lo fueras, ya habrías descubierto donde radica el problema.

—¡En joderme!

—Pero ¿por qué?

—Pues por joderme.

—No, Juanjo, ella lo que quiere es participar, no ser una mera acompañante. Pero como tú no la dejas y siempre quieres hablar tú, ella lo que hace es rematar tus frases y así participa. Pero ¿por qué rematará tus frases?

—Ya te lo he dicho, por joderme.

—No, Juanjo, esa es la consecuencia, pero la raíz es que tú eres previsible hablando, y si a eso le añades tu ritmo, que es más lento que el de otros, provocas en quien esté a tu lado que se adelante, porque la idea se te ve en los ojos aunque tarde un poco en pasar a las palabras. Hagamos una prueba: yo me quedo aquí contigo y tú sigues contándonos tu testimonio, ¿de acuerdo?

Juanjo tardó varios segundos en asentir con la cabeza, aunque Pablo ya se lo había visto en los ojos. Juanjo no sabía que quería demostrar Pablo. Yo lo estaba intuyendo: sutilmente le estaba preparando una trampa para que cayera por sí mismo. Juanjo dio un trago a la cerveza y se dirigió a los presentes:

—Pues os estaba diciendo...

Pablo aprovechó la pausa y remató la frase:

—... que yo no soy violento...

Juanjo se descolocó y miró a Pablo sin entender nada, pero como éste sonreía continuó:

—Además, si la mando callar...

—... me acusa de machista.

Juanjo volvió a mirar a Pablo, esta vez sorprendido de que pudiera leer su pensamiento. Pablo seguía mirándole a los ojos cuando hablaba. Juanjo continuó:

—Como si ser machista fuera...

—... un delito, un vicio o una degeneración...

—... y eso no es cierto...

—... compañeros machistas...

—... porque el machismo responde...

—... a una educación...

—... quiero decir que el machista no nace...

—... al machista lo hacen...

—... y una vez hecho es muy difícil dar marcha atrás...

—... Porque te acostumbras a lo bueno y es muy difícil cambiar...

La sala no pudo reprimir las risas que se iban produciendo a cada interrupción de Pablo, llegando a crear un monólogo a dos voces. Juanjo ya no pudo aguantar más y se dirigió a Pablo:

—¿Y tú como sabes todo lo que voy a decir?

—Porque eres como un libro abierto y se puede leer en tu cara. Eso es lo que hace tu mujer, leerte la cara, y de esa forma participa en tu conversación. Pero, si me apuras, solo remata lo que tú estás diciendo, no te contradice, y deberías valorar eso. A ti te jode que te remate las frases y a ella la jode no hablar, pero como, según tú, eres más inteligente que ella, corta el problema en su raíz: a partir de ahora deja que hable ella.

—¿Siempre?

—Una temporada, y si ves que deja de interrumpir lo que vas a decir es que era eso. ¿De acuerdo, Juanjo?

—Sí.

—Y recuerda: el hombre no es el dueño y señor de la pareja, sino un miembro más de la misma.

—Pero el más importante, ¿no?

—No necesariamente. Pero sigue, continúa con tu testimonio.

Pablo salió del escenario y se recolocó en el bar para seguir la sesión. Juanjo volvió a beber cerveza y siguió hablando:

—Pues eso, que reconozco que a veces he sido violento con mi mujer..., pero que cada vez menos y... que a muchos de vosotros os pasará lo mismo, y que si os pasa no creáis que es una cosa vuestra porque el machismo es... una enfermedad cultural..., me lo ha dicho Pablo, y los que estamos muy enganchados tenemos que desengancharnos poco a poco, porque si lo hacemos de golpe, sin preparación y eso, nos puede dar una "ambolia" cerebral y quedarnos gilipollas el resto de la vida, que

ya se han dado casos...

La sala estaba totalmente atenta a las palabras de Juanjo, que había ganado confianza y se expresaba cada vez con más sinceridad. Muchos de ellos asentían con la cabeza cuando Juanjo transmitía un comportamiento con el que estaban de acuerdo. Su forma de expresarse divertía a algunos, pero la intención de Juanjo era transmitir un proceso, su propio proceso, y las dificultades que tenía para relacionarse con su mujer, la cual, según él, había cambiado mucho, se tomaba el tema en serio; lo que sucedía es que lo profundo, para Juanjo, era casi epidérmico, Los problemas los analizaba a través de la consecuencia, nunca por los hechos que los motivaron. Su interior era una roca cultural y para profundizar en ella había que usar una taladradora. Juanjo todo lo decía en serio.

—Yo reconozco que soy machista desde niño... Me enganché por mi madre..., que cuidaba a mi padre como si fuera un rey. Mi padre hacía lo que le daba la gana..., si se meaba fuera de la taza, mi madre lo limpiaba y no pasaba nada. No como mi mujer, que porque el otro día se me cayeron cuatro gotas... —Se produjeron algunas risitas de sospecha que obligaron a Juanjo a matizar—: Os lo juro por mis hijos, cuatro gotas contadas... ¡Pues se lo contó a todo el vecindario!..., incluso apareció una pintada en el barrio que ponía: «Juanjo, mea dentro».

Estalló la risa en la sala, cosa que sorprendió a Juanjo, el cual no entendía cómo les podía hacer gracia un hecho tan humillante para él. Pero la carcajada terminó en aplausos y Juanjo empezó a experimentar sensaciones de artista y su cara se fue transformando. Incluso entendía que lo que para él era un drama para los demás resultaba una comedia. Aun así no perdió su espontaneidad ni su sinceridad ni, lo más importante, su sentido dramático o de perplejidad.

—Y tiene razón, reconozco que me meo fuera de la taza como muchos de vosotros. —La sala asintió con un murmullo de aprobación—. Pero el problema no es nuestro, compañeros machistas, el problema es de la altura de la taza del váter, que para sentarse está bien, pero como lo hagas de pie, o eres muy bajito o tienes que tener mucha puntería. ¡No es fácil acertar a la primera!... Y hasta que le coges el punto hay, como dice Pablo, unos daños colaterales que son inevitables. Si estás bravo, se te va hacia arriba, y si estás blando, te hace ñla fuente...

Las carcajadas inundaban la sala con el estimulante sonido de la risa. Hasta Pablo reía, pero de satisfacción: esto es lo que él quería conseguir. Conocía a la perfección la reticencia de Juanjo a entender que el problema era suyo y eso, además de divertido, era didáctico, como un espejo para otros machistas que no ven en ellos esa realidad. Se reían de su propio comportamiento, aunque la intención de Juanjo no fuera esa. Las risas se fueron apagando en la medida que el sonido in crescendo de un teléfono móvil llamó la atención de todos, que empezaron a hurgarse los bolsillos pensando que era el de ellos y preocupados por no haberlo apagado. Juanjo miraba al

frente, a la espera de alguien encontrara su teléfono y lo desconectara. Pero cuando todos, sin excepción, fijaron su mirada en él, Juanjo llegó a la conclusión de que a lo mejor era el suyo. ¡Efectivamente! Tras un gesto sincero de disculpa miró a Pablo, recibió su aprobación mediante un ligero movimiento de cabeza, miró a la pantalla para saber de quién se trataba y atendió la llamada bajando el volumen de su voz.

—Ahora no puedo atenderte, te llamo cuando termine... Que ahora no puedo atenderte... ¡Que ahora no puedo hablar!... Maribel, sí quiero hablar contigo, pero es que estoy en lo de la terapia... No, Maribel, yo no te chillé... Maribel, yo no te chillé...

Lo repitió ocho o diez veces, y en cada una de ellas trataba de ahogar el verdadero deseo de chillarla pero no podía evitar que el volumen de su voz fuera elevándose, hasta que ya no pudo más y explotó:

—¡¡¡Maribel, yo no te chillé!!!...

El grito fue tan violento que puso en tensión a toda la sala. Pablo se acercó a Juanjo, indicándole con las manos que se calmara, que respirara y que la escuchara. Aparentemente, Juanjo se docilizó.

—¡Ahora sí te he chillado, Maribel, pero porque no me dejabas hablar!... ¡Te estoy reconociendo que ahora sí te he chillado, pero porque no me...!

Juanjo volvía a subir el volumen. Pablo se le acercó, le dijo algo al oído y Juanjo se calmó.

—Está bien, Maribel, anoche también te chillé..., ¡pero con razón!... ¡Con razón, Maribel, porque te pedí por las buenas el mando a distancia de la tele y no me lo quisiste dar, que fue lo que me ofuscó!...

La intención de Juanjo era calmarse, pero su contradicción no le dejaba, imponía los argumentos de unos hechos vistos tan sólo por él mismo y se envalentonaba cuando encontraba uno sólido.

—¡Maribel, yo no te pegué! Yo te pedí el mando por la buenas y, como no me lo quisiste dar, yo te lo fui a quitar y en ese momento tú te volviste y te golpeaste la cara con algo!...

Los de la sala se miraron unos a otros. No querían delatarse con su gesto, pero querían dejar constancia de que, visto desde fuera, lo que estaban oyendo era una barbaridad. Pablo hizo un gesto de desaprobación abriendo sus brazos. Pero, Juanjo, en vez de rectificar, defendía su error hasta límites insospechados.

—Vale, Maribel, estoy de acuerdo contigo, si tú dices que fue con mi mano será verdad, ¡pero que te golpeaste tú!... Maribel, si yo estoy de acuerdo contigo en que te hiciste daño, tú tienes que estar de acuerdo conmigo en que eso no es pegar... No, Maribel, eso no es pegar. Coge cualquier diccionario y verás lo que pone: pegar es con el puño cerrado, y cuando tú te golpeaste yo tenía la mano abierta...

Juajo extendió el brazo, mostrando su mano derecha abierta en señal de

inocencia, pero la sala rechazó esa prueba por falsa mostrando escepticismo con la mirada. Juanjo lo notó y quiso arreglarlo con el vano intento de pasar de verdugo a víctima.

—Maribel, tú debes de tener paciencia conmigo porque yo estoy mejorando, pero lo mío ya te he dicho que no se cura de golpe... ¿Cómo que no estoy mejorando, Maribel? Por mucho menos hace un año te hubiera dado una paliza...

Lo dijo con sinceridad, lo que no evitó que algunos de los presentes manifestaran su desagrado con carraspeos y tímidos silbidos. Pablo estaba satisfecho; algunos machistas detestan las conductas de otros machista. Juanjo empezó a sentirse avergonzado de su comportamiento, no porque lo sintiera, sino porque le estaba dando a Pablo la impresión de que no había avanzado nada en su reeducación, y quiso demostrarle que, algo había avanzado. Relajó la cara, tomó aire y se puso tierno..., y al principio impresionó.

—Maribel, tú ya sabes que para mí no hay otra mujer como tú y que por eso tengo una foto tuya en el taxi, para verte todo el tiempo, porque yo no puedo vivir sin ti. Maribel, pero tú también tienes que entender que estoy en tratamiento y necesito tu ayuda... Pues mira, Maribel, la mejor forma de ayudarme es cuando me veas ofuscado no me lleves la contraria, y así me ayudas... Maribel, no lo entiendes porque te empeñas en pensar por ti misma, pero si pensaras más como yo pienso lo entenderías... Y yo te lo agradezco, Maribel, y te doy las gracias por toda la paciencia que tienes conmigo. Muchas gracias, gracias de verdad, Maribel, gracias y mil veces gracias... Porque pase lo que pase, tú ya sabes cuanto te quiero, Maribel... Gracias, Maribel, gracias mi vida..., gracias, gracias... ¡Y yo a ti Maribel!... Hasta luego, mi vida...

Juanjo se guardó el teléfono. Los hombres de la sala se hicieron cómplices de las contradicciones y volvieron a la sonrisa de alivio al oír las últimas palabras. Pablo se dirigió al escenario iniciando un aplauso que enseguida apoyaron el resto de los hombres.

—Bravo, Juanjo —dijo Pablo calmando los aplausos—, bravo por ser sincero...

Pablo incitó a la sala a repetir a coro la expresión de admiración: ¡¡bravo!!

—Bravo por permitirnos la entrada a tu intimidad...

—¡¡Bravo!!

—Bravo por admitir que eres un impresentable...

Se oyeron bravos ahogados y algunas risitas. Juanjo se descolocó. Pablo sonreía, pero con mucha seriedad.

—No me pongas esa cara, Juanjo. Sabes a qué me refiero...

Juanjo se derrumbó, perdió su firmeza, daba la impresión que le había fallado a Pablo en algo y trataba de justificarlo. Su lastimero tono de voz, más que buscar comprensión, buscaba piedad.

—Te lo juro, Pablo, hace un año que no la pongo la mano encima. Es que me ofusqué, son muchas horas en el taxi, y yo te juro que no quería. Además, fue muy poquito y me sentí muy mal, muy mal, te lo juro, me sentí un hijo de puta, y me acordé de lo que me decías, que pegar no es amar, y yo te juro que no sé lo que me pasó, pero te juro, Pablo, que estoy muy arrepentido...

—No te preocupes, Juanjo, yo te comprendo y me queda un último bravo para ti. Bravo por decir a tu mujer tantas veces «gracias»... Bravo por aprendido a agradecer, eso es un gran paso. —Pablo extendió su discurso a los demás—. Es muy importante agradecer a la mujer todo lo que hace por nosotros, eso significa que sabemos y reconocemos su esfuerzo. La palabra «gracias» debe estar constantemente disponible en la boca de todo hombre que ame a una mujer. La palabra «gracias» es el estimulante que provoca la generosidad de la mujer, la cual no os imagináis cuánto agradece que la agradezcan su dedicación hacia ti. Pero ¿por qué no decimos «gracias» a la mujer que amamos? ¿Quizá porque creemos que nos merecemos esa atención al considerar que es su obligación el satisfacerlos? Decimos «gracias» al camarero que nos sirve la comida a pesar de que sabemos que es su trabajo y cobra por ello, y lo hacemos por crear un buen ambiente a nuestro alrededor, y el camarero sonreirá, y es mucho más agradable que te sirva la comida con una sonrisa a que lo haga con unos labios apretados. Pues con tu pareja mucho más, y la provocarás un entusiasmo que hará que cada comida o cena sea un acontecimiento. ¿Y quienes se van a beneficiar de esa actitud? ¡Nosotros! ¿Y por qué no la decimos más a menudo? ¿Porque no nos nace? ¿Porque perdemos poder? ¡No! Sencillamente, no la decimos porque somos gilipollas y no sabemos nada del mundo emocional de la mujer. Por lo tanto, comienza la parte activa de la terapia de hoy: conectad vuestros teléfonos móviles y haced una llamada a esa persona que está esperando desde hace mucho tiempo que la digas «gracias». Y no importa que ahora no sepáis porqué tenéis que decirla «gracias», pero os puedo asegurar que esa persona si lo sabe. Decid «gracias» y se os recompensará, y si con el tiempo decís gracias con sinceridad, ese día podréis afirmar que os habéis curado de la parte más nociva del machismo.

Todos tenían el teléfono en la mano, pero nadie se atrevía a tomar la iniciativa. Pablo miró a Juanjo, que negaba ligeramente con la cabeza, intentando que no se le notara. Pablo le miró fijamente con un gesto que debía de ser una clave para Juanjo pues inmediatamente sacó su teléfono del bolsillo y marcó el número de su casa. Todos le miraban. Juanjo apuró el último sorbo del botellín de cerveza y se dispuso a hablar. Su ritmo cortaba las palabras y esta salían sin vocación pero con firmeza.

—Hola, soy yo... Te llamo para decirte... gracias... Pues no sé, Maribel..., por todo... Todo es todo, Maribel, gracias por todo... Gracias por quererme..., gracias por... atenderme... ¡aunque a veces...! —La reticencia de Juanjo fue ahogada por una nueva mirada de Pablo—. Pero gracias de verdad, Mribel... Y yo a ti...

Pablo sonrió a Juanjo y los demás comenzaron a hacer sus llamadas. No todos, algunos; algunos por su actitud, delataban una cierta discrepancia con esa idea, pero la mayoría llamaron a sus parejas. Lo hacían con voces íntimas, otros se levantaban y buscaban un hueco, los más jóvenes escribían mensajes en el móvil. Pablo me hizo una señal para que me dirigiera al bar.

—¿Qué te va pareciendo?

—No lo sé, estoy dentro de la perplejidad. El número de las «gracias» está muy bien, pero ¿no te parece un poco exagerado?

—Puro tratamiento de choque, el primer paso es que se acostumbre a la palabra y que, aunque no la sientan, la repitan muchas veces, hasta que la sientan un poco, la dirán muy pocas veces porque su comportamiento sustituirá a la palabra.

—Como discurso vale, pero entonces ellas también tendrán que agradecer cosas.

—Sí, pero no ahora.

—¿Por qué?

—Te lo he explicado antes, Jorge. En estos momentos, sólo tienen tiempo para su evolución y no las podemos "pedir" nada; lo que tienen lo necesitan para ella, sólo las podemos "dar", y eso hace que estimulemos su generosidad y no pasen de nosotros durante esa transición. Prácticalo con tu chica, verás como funciona.

—No te pases, Pablo, que Natalia vive como una reina, no me jodas. Yo estoy pringado catorce horas al día con reuniones, despacho, comidas, y ella tiene una ecuatoriana en casa que, menos dormir conmigo, la hece de todo. Natalia va al "gym", masajes, tratamientos de belleza, peluquería tres veces a la semana... ¿Qué es lo que tengo que agradecerla?

—Que haya dejado su trabajo por ti.

—Pero si es que ahora vive mucho mejor.

—Eso no lo sé, pero en cualquier caso depende económicamente de ti; es decir, que al dejar su trabajo perdió su independencia económica, y eso hoy día es un ejemplo de amor y confianza.

—Lo que tú digas, pero ahora vive mucho mejor.

—Que es lo que tú querías porque eso te da el control. Por lo tanto creo que tienes que agradecerla que, hasta ahora, haga todo lo que tú desees.

Corté el tema porque si seguía hablando me iba a sentir muy mal, y lo desvié hacia Juanjo.

—Por cierto, ¿de donde has sacado ese ejemplar? Es único. No me dirás ahora que yo soy como él.

—No, claro que no. Tú eres un tipo culto, con posibilidades económicas. Tu machismo es más sutil, más pudiente, pero sigues pensando que la mujer es un complemento de tu proyecto en la vida.

—Pero, coño, Pablo, si trabajo para ella.

—¿Te acuerdas de aquella canción que decía: «todo lo que tengo es tuyo, si por mi camino vas...»

—No lo sé, creo que sí, yo era muy pequeño...

—Así ves tú la relación de pareja, y aunque esa actitud la hayas normalizado no deja de tener un componente machista. La diferencia entre tú y Juanjo es que Juanjo es lento en el reciclaje, pero entiende lo impresentable de su comportamiento. Por lo tanto tiene posibilidades de cambiar. Pero tú estás convencido de que tu comportamiento es el adecuado, y eso es más difícil...

Los participantes en la terapia habían terminado sus llamadas y hablaban entre ellos. Pablo entendió que era el momento de continuar la sesión y se dirigió de nuevo al escenario.

Pablo insistía en sacarme de unas dudas que cada vez eran más grandes; dudaba de su propósito, de su idea reveladora, de sus métodos, pero también dudaba de mí, dudaba de todo; bueno, no, no sé si dudaba o usaba la duda como escudo para no revisarme en profundidad. Era todo tan absurdo y a veces tan lógico. Pero yo no era como ninguno de los que seguían la terapia, y mucho menos como Juanjo. Todas mi relaciones habían sido educadas. Reconozco que he chillado que he chillado con ellas en alguna ocasión, pero de forma educada..., y también nos hemos insultado, pero de forma educada..., y recuerdo, en una sola ocasión, que llegamos a las manos, pero de forma... ¿Pero qué estoy diciendo? ¡Tengo que salir a que me dé el aire! En ese momento sonó mi teléfono móvil; era Natalia.

—Lo siento, cariño, tenía que haberte llamado, pero es que tengo que contarte algo impresionante... Natalia, cariño, no te tienes que disculpar por lo de anoche, fue culpa mía, lo siento. No, Natalia, te lo agradezco pero fue culpa mía... ¡Natalia, no te esfuerces, fue culpa mía!... ¡¡Mía, Natalia, fue mía!!... ¡¡¡Pero vamos a ver, Natalia, ¿no te das cuenta de que siempre me quieres llevar la contraria?!!! Está bien, Natalia, fue culpa tuya... ¿En qué quedamos, es tuya o es mía? Vale, Natalia, fue de los dos..., pero más mía que tuya... Está bien, Natalia, en cualquier caso gracias... No, no me pasa nada, simplemente te he dicho gracias... Vamos a ver, Natalia, ¿por qué le tienes que buscar a todo un porqué? Tú sabrás porqué te digo gracias... Déjalo, Natalia, luego te lo cuento... Llegaré; tarde, pero llegaré... Luego te lo cuento...

¡Qué coño he dicho! He actuado con los síntomas de Pablo y mis palabras. Me he sentido como un cretino, cómo he podido dejarme influir por él... Y lo de Natalia es tremendo, se apodera de mis iniciativas como si fueran suyas y las da la vuelta. Además, el numerito de las «gracias» no se lo ha creído. ¡Es que no me nace!... No sé porqué tengo que dar las gracias a una tía que vive en mi casa, compartiendo mi vida, sin trabajar... Bueno, lo de sin trabajar lo quitamos, porque en eso sí tenía razón Pablo, ella quería seguir trabajando pero a mí no me gusta que mi mujer trabaje para otros, la quiero para mí solo. Además en mi oficina hay mucho buitre. Vale, es posible que sea posesivo, pero necesito que esté pendiente de mí todo el día..., yo a cambio la doy toda la seguridad que ella necesita... ¿Por qué la tengo que dar las gracias? ¿Por su sonrisa?... La última pregunta me hizo reflexionar sin contradicciones. Es posible, cuando Natalia me sonrío el día se me llena de luz..., ¿debería darla las gracias por eso? ¡Creo que estoy hecho un lío! Pablo había reiniciado la sesión después de charlar con algunos de los presentes, el ambiente era ideal. Juanjo terminó con su testimonio:

—Quiero deciros, que antes de que yo supiera que era machista, mi matrimonio funcionaba a las mil, maravillas; mi mujer me obedecía en todo y yo hacía lo que me

daba la gana..., y aunque me esté mal el decirlo, tengo que reconocer que fue la mejor etapa de mi vida. Incluso me eché una novieta de lo bien que me iban las cosas con mi mujer.

La sala volvió a reír, esta vez con nostalgia. Seguían sin identificarse con Juanjo, pero le comprendían, que era una forma de identificarse con ellos mismos; por lo menos en algunas pautas. Juanjo por lo menos era sincero.

—Pero un día estábamos comiendo en casa con unos amigos y a mí se me acabó la cerveza y la dije: «Maribel, tráeme otra cerveza que estoy comiendo». Y me contestó: «Yo también estoy comiendo». Y siguió comiendo..., y yo sin cerveza..., y mis amigos que me miraban como dándome a entender que la tenía que poner en su sitio, que fue cuando la dije: «¡Déjate de tonterías y tráeme ahora mismo la cerveza!». ¿Y sabéis lo que me contestó? «Pues como no te la traigas tú vas a beber lo que yo te diga». Que fue cuando le metí un manotazo a la mesa y la dije: «¿Tráeme ahora mismo la cerveza!». Pero en ese momento se levantaron todos y empezaron a decirme: «¡Venga, Juanjo, no seas mandón, machista, vago, ve tú a por la cerveza!». Ante esa presión social me levanto yo a por la cerveza y empiezan todos: «¡Ya que vas, tráeme a mí otra, y a mí una Coca-Cola, y trae pan, y llévate estos platos y los metes en el fregaplatos...!».

La sala se desternillaba. Juanjo era un espejo exagerado de todos ellos. Juanjo ya era consciente de que su drama divertía, y eso le animaba.

—Sí, sí, vosotros reiros pero yo lo pasé muy mal..., además ahí no terminó la cosa, ahí es cuando empezó. Al principio no me traía la cerveza, después dejó de ponerme servilletas..., y cubiertos..., y de plancharme las camisas. Hasta que un día, en vez de hacer toda la cama, hizo sólo la parte donde ella dormía... Yo ya era machista dependiente y no podía soportar tanta humillación..., pegué cuatro gritos, me quedé afónico, me puse violento..., ¡pero nada! Seguía dejándome la cena en el microondas...

Algunos sonrieron con amargura al serle familiar la referencia, otros seguían el relato con interés. Juanjo dio un quiebro en el tono, su gesto tenía un pellizco de inteligencia con toques de picardía; les iba a contar un descubrimiento.

—Hasta que un día, aquí, en Machistas Anónimos, oí a Pablo decir las palabras mágicas. Yo nunca las había probado, pero efectivamente a mí me funcionan al ciento por ciento. Con esas palabras consigo que mi mujer haga todo lo que la pido sin sentirse explotada. Las palabras mágicas son: «Por favor». Fijaos en que hasta parece una tontería porque esas mismas palabras son las que usamos cuando el bar está lleno y el camarero no nos atiende. Pues mi mujer reacciona como el camarero, la digo «por favor» y me atiende en seguida. Esas palabras, compañeros machistas, son la llave que abre la buena voluntad de una mujer: «Por favor». De verdad que parece una tontería, pero a mí me funciona: «Por favor». Además no tienes que sentirlo, sólo

tienes que decirlo, porque tú puedes estar pensando lo que quieras, pero lo que ella tiene que oír es «por favor». A mí es que no me falla, si yo digo a mi mujer: «Saca la basura», antes de que yo termine ya me está diciendo: «¿Y por qué no la sacas tú que también es tuya?. Pero si la digo: «Maribel, "por favor", saca la basura». ¡No sólo me la saca, sino que además me sonrío!

Juanjo lo dijo muy en serio, pero no pudo evitar que la sala sacará de contexto las dos últimas frases y soltaran una carcajada al interpretarla con otra intención. Juanjo no entendió la risa y continuó sin perder la emoción.

—Os juro que funciona: por favor tráeme esto. Por favor, vete a por aquello... Es más, con el «por favor» por delante hasta la puedo insultar, que no se ofende: oye, por favor, no seas idiota. Oye, por favor, vete a la mierda...

El regocijo era general. Pablo, a través de Juanjo, les estaba mostrando un atajo perverso para conseguir mejoras en su relación de pareja sin prescindir de ciertas pautas machistas, y eso les agradaba mucho porque no les exigía esfuerzo, pero yo llegué a sospechar de las verdaderas intenciones de Pablo. Por un lado les hacía entender lo negativo de la violencia y por otro les enseñaba trucos con las palabras «gracias» y «por favor», auténticos cebos para la mujer que, en esto es posible que Pablo tenga razón, son palabras que llevan siglos queriendo oír de la boca de un hombre. El procedimiento era perverso, inteligente, pero perverso..., a no ser que Pablo use como terapia pequeños regalos, una especie de metadona del machismo, para que poco a poco fueran desenganchándose sin demasiado trauma. En cualquier caso, la idea me seguía pareciendo astuta, pícara, de mucha observación y, si me apuran, incluso eficaz. Es más..., creo que la voy a usar a partir de ahora..., por probar...

El teléfono móvil de Juanjo volvió a sonar. Esta vez lo cogió con rapidez, vio que volvía a ser su mujer y aceptó la llamada con gesto de ser breve, pero la voz de Maribel se le adelantó y Juanjo escuchaba al tiempo que se disculpaba con el resto. Después respiró como ejercicio para relajarse, apretó los párpados y empezó a dar vueltas por el escenario al tiempo que hablaba y se comportaba como si no hubiera nadie a su alrededor.

—... Maribel, yo no digo que tú no tengas derecho a tener el mando a distancia de la tele, yo lo que te quiero decir... Yo lo que te quiero decir... ¿Maribel, yo lo que te digo es que tú tienes todo el día para tenerlo y que cuando yo llego a casa me gusta tenerlo a mí!... Efectivamente, Maribel, yo te dije que la dueña del mando eras tú..., pero no cuando yo estoy en casa, Maribel... Escúchame, Maribel, tú ya sabes que a mí no me gusta que cuando estoy viendo la tele tú tengas el mando en la mano... ¡Porque te pones de los nervios, Maribel, y empiezas a cambiar de canal sin ton ni son, y así no hay forma de concentrarse en ningún "pograma"! Efectivamente, Maribel, pero si a ti no te gusta el "fútbol" te vas a la tele que tenemos en la

habitación y no me jodas el partido... ¿Maribel, por favor, ten un poco de mentalidad, tú no comprendes que yo no me puedo ir a la tele de la habitación! Maribel, la tele de la habitación se ve con rayas y el "furbol" se ve muy mal, y si tú no fueras tan egoista, te irías tú que ya estás acostumbrada...

Pablo le indicó que le pasara el teléfono. Juanjo dudó y después se lo pasó con cierta reticencia.

—Hola, Maribel, soy Pablo. ¿Cómo estás?... Lo entiendo... Lo entiendo... Claro, claro... Sí, no te preocupes, lo hablo con él y ahora te vuelvo a llamar...

Presionó la tecla de fin de llamada y se dirigió a Juanjo.

—Vamos a ver, Juanjo, ¿por qué no tenéis dos televisiones en casa?

—Sí los tenemos.

—Pero uno no funciona.

—Sí que funciona..., pero se ve con rayas...

—O sea, que si ella quiere ver algo que a ti no te apetece se tiene que ir a verlo al televisor que se ve con rayas...

—Pero si es que a ella la da lo mismo...

¡Pero cómo la va a dar lo mismo si se ve con rayas!

—Te lo juro, Pablo, ya se ha acostumbrado.

—Eres un impresentable, Juanjo. Los televisores, hoy en día, son muy baratos, ¿por qué no compras otro?

—Porque no es necesario.

—Para ti, que lo ves estupendamente. ¿Y para ella?

—¡No me jodas, Pablo, y perdona que hable mal, yo estoy todo el día en el taxi! ¡Pues que aproveche ese tiempo y vea los "pogramas" que la de la gana!

—A esa hora no puede porque está trabajando.

—¿Donde?

—¡¿Cómo que donde?! Tú eres taxista y ella trabajadora del hogar.

—¿Te refieres a lo llevar la casa y eso?...

—Sí, Juanjo, sí, me refiero a eso.

—Pero eso no es trabajar.

—¿Por qué no es trabajar?

—Porque eso es su obligación.

—Para ti ¿qué es trabajar?

—Lo que yo hago, que estoy todo el día metido en el taxi.

—Sentado.

—Sí, coño, no voy a conducir de pie. La gente está muy confundida con el taxista, la calle tiene mucho peligro y tienes que estar todo el día en tensión. La gente no se da cuenta de que nosotros trabajamos en la calle; osea, la calle es nuestro lugar de trabajo, y los otros coches, en vez de darte facilidades, ¡hala, a joder al "pelas"!...

Y la tensión del cliente. Hay algunos que están bien, pero otros..., joder, te lo juro. Pablo, hay veces que voy más pendiente del viajero que de conducir: mirándole todo el rato, con la radio-taxi abierta por si me atraca, o ¡yo que sé! Es mucha tensión; Pablo, y yo sé que hay cosas que no hago bien, pero en esto tengo razón, ¿vale? Yo sólo voy a casa a comer, a cenar y a dormir, y me gusta tumbarme en el sofá, que mi mujer me traiga una cervecita y ver la tele, pero ver lo que me dé la gana, y creo que me he ganado de sobra ese derecho.

Un par de espontáneos aplausos contagió a la sala, que terminó aplaudiéndole. En este caso concreto entendía que el comportamiento de Juanjo era norma, que no había nada que reprocharle, que tenía razón. Volvía a comprender. No hay nada mejor que tener un espejo delante de ti. El hombre sale a la calle a buscar comida y entiende que eso es lo más importante, y por ello su rango en la familia tiene que ser superior. Es igual que en una empresa: los vendedores, es decir, los que consiguen ingresos, tienen un estatus superior a los que empaquetan el producto, lo administran o distribuyen. El hombre sale a cazar y la mujer cocina lo cazado, pero si el hombre no caza no hay nada para ser cocinado... Si nos detenemos ahí, socialmente el valor del hombre es superior al de la mujer, pero si avanzamos un poco, y creo que me voy a arrepentir de lo que estoy diciendo, si el hombre no caza, él tampoco come... Podría hacerse la comida, pero entonces no tendría tiempo para nada más... El dilema era saber qué era más importante, traer comida a casa o cocinarla. La sala entera estaba a favor de la primera opción y yo tenía una gran curiosidad en saber con qué argumentos iba a resolver Pablo la situación.

—Yo creo —comentó Pablo dirigiéndose a todos— que Juanjo tiene razón. Entiendo que tras una dura jornada de trabajo busque la comodidad del hogar; se la ha ganado. Yo lo único que critico de Juanjo es que le importe una mierda lo que sienta su mujer cuando intenta ver sus programas favoritos en una tele defectuosa...

—Eso no es cierto —exclamó Juanjo—, a mí también me jode que ella se tenga que ir, pero como no quiere ver lo que yo quiero...

—Pero, Juanjo, que una tele nueva son poco más de cien euros.

—No, si no es por el dinero, es que...

—Es que eres un egoísta, Juanjo, y un insensible. Como no te ocurre a ti no te afecta.

—Ella está todo el día en casa, yo sólo voy a comer a cenar, y el resto del día estoy en el taxi, y cuando vuelvo a casa me gusta coger el mando y ver el "programa" que me dé la gana. ¿O es que eso también está mal?

—Te estoy explicando que ella también tiene derecho a ver la tele por la noche y el programa que la dé la gana porque por el día está trabajando.

—Ya, pero lo de ella no es trabajar.

—Está bien. Mientras tú estás en el taxi trabajando, ¿ella qué hace?

—Nada, estar todo el día en casa...

—Algo hará...

—Sus obligaciones.

—¿Cuales son?

—Despertarme a mí con el desayuno...

—O sea, que se levanta antes que tú.

—Claro, si no ¿cómo me va a hacer el desayuno?

—¿Y después?

—Despertar a los niños...

—¿Cuántos tienes?

—Tres. Juanito de ocho; la niña que tiene siete, y Tito, de cinco. Y después de despertarlos, los lava, los peina, les prepara el desayuno y los lleva al colegio.

—¿Y después?

—Pues corriendo a casa, que tiene que recoger los desayunos..., hacer las camas..., pasar la aspiradora..., fregar, limpiar los cristales, los baños... y algo más que ahora no me acuerdo, y en cuanto termine se tiene que ir a la compra...

—A la frutería, a la carnicería, a la pescadería..., ¿no te parece que es muy pesado?

—Pero si es que a ella la gusta; charla con uno, se entretiene con otro... Si hablara menos ya verías como la daba tiempo a hacer más cosas.

—Sigue, ¿y después de la compra?

—Se vuelve a casa y hace la comida porque yo voy a comer a las dos en punto y me gusta ver la comida encima de la mesa para no tener más que sentarme.

—¿Y los niños?

También. Comemos todos a la misma hora y cuando terminamos me echo una siesta de media hora.

—¿Con tu mujer?

—No, ella tiene que llevar a los niños al colegio, que para eso la compré el Clío, usado pero que no veas cómo tira de bien. Y después se vuelve a casa a despertarme a mí, que tengo que volver al trabajo, y a retirar la mesa, pasar la aspiradora por el comedor, meterlo todo en el fregaplatos y terminar de limpiar la cocina.

—¿Y después?

—¿Antes o después de ir a buscar a los niños al colegio?

—Antes.

—Pues normalmente saca la ropa de la lavadora y la tiende.

—La ropa de cinco personas, porque sois cinco, ¿no?

—Yo, mi mujer y mis tres hijos. Y corriendo al cole porque los niños salen a las cinco.

—Y, claro, los tiene que recoger ella porque tú estás trabajando.

—Efectivamente, y les da la merienda, y después tiene que recoger la ropa seca y plancharla, y después..., supongo que bañar a los niños, preparar la cena..., esperar a que yo venga, darnos de cenar..., recoger la mesa, acostar a los niños... y meter las cosas en el lavavajillas...

—¿Y los fines de semana?

—Pues igual.

—¿Tú descansas los fines de semana?

—Pues claro, el sábado y el domingo.

—¿Y ella?

—¿Ella qué?

—Que según tú ella no descansa ningún día y tú sí.

—Pero es que yo he estado toda la semana trabajando.

—Ella también.

—Sí, pero ya te he dicho que lo de la casa no es trabajar...

Juanjo era circular y cómo no sabía que pretendía demostrar Pablo volvía a dar vueltas a las cosas para terminarlas en el mismo sitio donde empezaron, sin avanzar un metro. Defendía su actitud con un convencimiento total, y a pesar de que Pablo le indicaba sutilmente que sólo pensaba en él, Juanjo no se daba cuenta. La sala actuaba como una especie de jurado que hasta ese momento fallaba a favor de Juanjo; es decir, a favor del rango superior del que lleva la comida a casa y aunque se dieron cuenta —era muy obvio— de que Pablo quería demostrarle a Juanjo a todos nosotros que su mujer trabajaba muchas más horas, e incluso los fines de semana, la sala tenía sus propias opiniones. La mayoría consideraban a Maribel una incompetente que no sabía organizarse. Hoy día, la intendencia del hogar se lleva con más facilidad que antes y no es necesaria tanta dedicación; otros consideraban que los fines de semana Juanjo podría echarla una mano, y unos cuantos, entre ellos yo, intuíamos que Pablo quería demostrarnos algo más que aún no habíamos comprendido. Pablo se dirigió a todos los presentes con el propósito de estimularles el ánimo al tiempo que rompía la anterior situación.

—Quiero presentaros a una persona que ya estuvo con nosotros en el cursillo pasado. Se llama Ernesto y pido para él un aplauso.

Todos aplaudimos. Ernesto se levantó para que lo identificaran y sonrió a todo el mundo. Era un hombre de cuarenta y ocho años. Vestía clásico: traje gris, camisa blanca y corbata. Su cara era lógica, ningún rasgo resaltaba, pelo canoso y abundante. Levaba unas gafas de montura negra que no sé si le servían para ver o le protegían de la mirada de los demás. Al terminar los aplausos, Ernesto se sentó y Pablo continuó hablando.

—Ernesto tiene su propia historia que ya nos contará, pero quiero que sepáis que es economista y trabaja en una gran empresa. Os digo esto porque me gustaría que

nos hiciera un cálculo matemático. Por favor, Ernesto, ¿tienes a mano una calculadora? —Ernesto afirmó con la cabeza al tiempo que sacaba una del bolsillo superior de su chaqueta—. Muy bien, ¿podrías decirnos cuanto le cuesta a tu empresa una profesional de la limpieza?

—¿Al mes? —preguntó Ernesto.

—No, a la hora.

Ernesto pensó unos segundo segundos y respondió con autoridad:

—Aproximadamente unos seis euros.

—Muy bien, seis euros la hora. ¿Y un jefe de compras?

—Pues..., espera un momento... A la hora también, ¿no? —Pablo asintió mientras Ernesto operaba con la calculadora—. Unos quince euros.

—Y un cocinero de los que tenéis en cafetería ¿cuánto cobra?

—Entre doce y quince.

—¿Y un camarero?

—Unos doce.

—¿Y cuánto cuesta un profesional de lavandería y plancha?

—Mínimo seis euros.

—Bien, ahora hazme este cálculo. Si la mujer de Juanjo trabaja en casa una media de doce horas diarias distribuyendolas en los siguientes empleos: cuatro horas como profesional de la limpieza, hora y media como jefe de compras, otras tres como servicio de lavandería y planchado, dos horas de cocinera y una hora y media de camarera, ¿cuánto resultaría por hora?

—Más o menos unos nueve euros.

—Que por doce horas serían...

—Ciento ocho euros.

—Y como no descansa siquiera los fines de semana, al mes serían...

—Tres mil doscientos cuarenta euros.

—Gracias, Ernesto.

Pablo volvió a mirar a los presentes como si fueran un jurado después de haber interrogado a un testigo, sintiéndose muy satisfecho con las respuestas. Pablo se dirigió a Juanjo como si fuera el acusado de un crimen que se niega a confesar su culpabilidad a pesar de que todas las pruebas lo delatan.

—Según Ernesto, un profesional del mundo laboral que no admite dudas, tu mujer debería de ganar al mes tres mil doscientos cuarenta euros... ¿Cuánto ganas tú?

Juanjo se quedó petrificado. Intuía algo raro pero aún no se había dado cuenta. En la sala, la sonrisa mordaz revoloteaba. Juanjo había caído en la trampa que el propio Pablo le había hecho construir y se regocijaban de gusto, muchos de regusto, al no ser ellos los que habían caído, porque hubieran caído igual. Juanjo estaba desconcertado.

—Te refieres a lo que me queda después de pagar autónomos, seguro y eso, ¿no?

Pablo afirmó con un ligerísimo y determinante gesto, dándole a entender que no dilatase la respuesta.

—Pues bastante menos que ella..., pero es que a mí no se me ocurre que tengo que pagar a mi mujer...

—Imagínate que tu mujer se divorcia de ti y que te quedas con los niños a tu cargo. Primero tienes que pasarla a ella una pensión, y luego tienes que contratar a alguien que te haga todo lo que tu mujer te hacía, que según Ernesto, es más de lo que tú ganas. Por lo tanto, si no lo entiendes en medios de comprensión hacia tu mujer, entiéndelo como negocio: tu mujer es un buen negocio para ti, porque no cobra por hacer todos esos trabajos y encima te la tiras. ¡Joder, Juanjo, es un negocio redondo!

La acidez de la últimas frases hizo el mismo efecto que una piedra contra un cristal de esos que no se rompen pero que se agrietan. Pablo estaba usando el razonamiento masculino sin anestesia al sentir que no avanzaba nada a través de la sutiliza. A Juanjo se le entristeció la cara. El silencio era tan grande que solo se oían las respiraciones las respiraciones. Pablo seguía impasible, Juanjo reaccionó con una voz quebradiza, profunda y sincera.

—Yo no soy así... Pablo, yo... quiero a mi mujer.

—Lo sé, Juanjo, pero no le das valor a nada de lo que hace.

—Sí se lo doy.

—No, Juanjo, te aprecias más a ti mismo y sólo tiene valor lo que tú haces. Cuentas tus agobios en el trabajo con mucho dramatismo y, sin embargo, dices, como si a ella no la costara esfuerzo, que es su obligación llevar la casa. No es justo, y creo que aún no has entendido el verdadero significado de la máxima de este taller: «El hombre no es dueño y señor de la pareja, sino un miembro más de la misma», pero no el más importante; uno más. Si realmente fueras el miembro más importante te hubieras dado cuenta de todo esto mucho antes y lo hubieras evitado comprando hace meses un televisor igual o mejor que el que tenéis en el salón, por si no queréis ver el mismo programa, y si tú estás agotado del trabajo, ella también y tiene el mismo derecho que tú a sentarse cómodamente en el sofá... Juanjo, sé que quieres a Maribel y ella te quiere a ti, pero tenéis problemas; que si te remata tus frases, que si no te deja tener el mando. Pero el origen de todo está en que ella siente que tú no la aprecias, no aprecias su esfuerzo, no aprecias sus ideas, ni sus gustos, ni su conversación, no la pides opinión. Estoy seguro de que a ella no la importa hacer todo eso; sólo quiere que tú lo valores... Y lo de que ni siquiera los fines de semana la echas una mano es de un morro que te lo pisas, ¿eh, Juanjo?

Juanjo estaba apagado, toda la sala estaba apagada; yo, sin embargo, estaba perplejo y al mismo tiempo aliviado por que el testimonio de Juanjo me alejaba cada vez más del machista, a pesar de la opinión de Pablo. Juanjo era un primate con voluntad de superación, pero primate, emocionalmente básico, inculto y soberbio de

pensamiento. No puedo entender que Pablo me tache de machista. Juanjo sí es un machista, pero yo no. El teléfono móvil de Juanjo sonó en las manos de Pablo, que dió paso a la llamada sabiendo, sin mirar, de quién se trataba.

—Maribel, lo siento, es que hemos tardado un poco más de lo que pensábamos... Sí, espera, te lo paso...

Extendió el brazo ofreciéndole el teléfono a Juanjo, que intentaba con gran esfuerzo, procesar hacia la comprensión todo lo que le había dicho Pablo. Cogió el teléfono, miró perdidamente a Pablo, tomó contacto con la realidad y reaccionó.

—Hola, Maribel. Que he estado pensando que vamos a comprar otra tele y así, si tú quieres ver algún "pograma" en el sofá del salón..., que yo me puedo ir a ver el "fúrbol" a la habitación..., que no me importa... Efectivamente, Maribel, a mí también me gustaría que viéramos "pogramas" juntos pero como a ti te gusta una cosa y a mí me gusta otra... Eso también me lo ha dicho Pablo, que si viéramos "pogramas" juntos tendríamos de qué hablar... —Juanjo escuchaba con atención a su mujer cuando de repente su cara volvió a recuperar el gesto firme, soberbio, paleta y «con razón»—. Yo te lo agradezco mucho, Maribel, pero yo, contigo al lado, el "fúrbol" no lo veo... No, perdona, yo el "fúrbol" contigo no lo veo... Porque no paras de hablar, Maribel, y me descentras del partido... Que no, Maribel, que el "fúrbol" es una cosa muy seria y tú te lo tomas a cachondeo, haciendo comentarios a destiempo, como el otro día, cuando el locutor dijo: «Y en este momento Raúl busca la penetración», que te pusiste como loca a dar saltos por el comedor gritando: «Y yo, y yo, y yo...».

A la sala se la despertó de nuevo la sonrisa, volvía a haber espectáculo: la contradicción se estaba cebando en Juanjo y, a pesar de que quería seguir las pautas de Pablo, hacía más caso a su cultura de poder que al razonamiento de aprecio hacia su mujer. Juanjo fue ganando confianza en sí mismo y no paraba de hablar.

—Y eso te da idea de que no tienes ni puñetera idea de "fúrbol". Además, Maribel, esas tonterías demuestran que te estás convirtiendo en una "obsesiva" sexual... —Juanjo escuchaba a Maribel y el gesto perdió soberbia y dominio, su voz se redujo a volumen de confianza, sobre todo para que no la oyera el resto—. Sí, bueno, ya sé que seis veces al año no es un record..., pero tú también te tienes que plantear, Maribel, que el problema sexual es principalmente tuyo... —En ese momento se dió cuenta de que todos le escuchábamos con muchísima atención, y decidió recuperar su firmeza—. Efectivamente, Maribel, el problema sexual es tuyo porque ahora ya no es cuando a mí me apetece, ahora es cuando a ti te dá la gana, Maribel, que me has llegado a dar fecha y hora como en la consulta del médico... — Las carcajadas eran inevitables, Juanjo era puro surrealismo, nunca sabías por dónde iba a salir, era un machista en estado puro. A pesar de las risas, Juanjo seguía hablando muy en serio—. Maribel, tú no me puedes dejar por mentiroso. Te dije que

quería estar contigo un ratito en la cama y me dijiste: «Ahora no me apetece. Mejor el sábado, y por la tarde, que por la noche estoy "rendía"...». Y, claro, al que se le quitan las ganas es a mí... Efectivamente, Maribel, pero lo correcto de toda la vida es que tú tengas ganas cuando a mí me apetece... ¡Maribel, por favor, ten un poco de mentalidad, tú no le puedes poner un redondelito a una fecha en el calendario para indicarme que ese es el día que quieres follar! Porque llego muy angustiado, Maribel, y pasa lo que pasa, que no llegamos al mismo tiempo porque tú te empeñas en quedarte la última..., y después empiezan los reproches... Maribel, si me escuchas lo comprenderás, fue más de un minuto, lo que pasa es que a ti se te pasó volando... Está bien, Maribel, a lo mejor fue lo que tú dices, pero es que como lo hacemos tan de tarde en tarde... Te lo juro, Maribel, llego angustiado, y además tú tienes que reconocer que la última vez me humillaste, y yo entonces reconozco que desde entonces estoy un poco frío contigo... ¡Me humillaste, Maribel, me dijiste que haciendo el amor yo era como el AVE: rápido, silencioso, y no se siente nada! Pues sería un chiste, Maribel; pero me dolió... No, Maribel, estás muy confundida conmigo, yo no soy rápido, soy espontáneo..., y en cuanto a lo de hablar, ya sabes que no me gusta porque me descentro, Maribel... Ya sé que te gusta, Maribel, pero yo es que me descentro... Además, Maribel, ya me explicarás tú, en un minuto, ¡qué conversación podemos tener!...

La sala se desternillaba, algunos con lágrimas de risa. Pablo sonreía irónicamente mientras movía la cabeza de un lado a otro, mostrando de un cierto escepticismo sobre los avances de Juanjo. Pablo decidió hacer un descanso y la sala se desentendió de Juanjo. A pesar del vocerío que se produjo cuando Pablo anunció el "break", pude oír algunas de las palabras de Juanjo, que seguía hablando por teléfono:

—... porqué te empeñas en pensar por ti misma, Maribel, porque si tú hicieras un esfuerzo y pensaras más como yo pienso, lo entenderías...

Me ahogaba. Salí a la calle.

Unas pequeñas e interminables ráfagas de viento de viento de otoño refrescaron mi ánimo y decidí marcharme a casa sin despedirme de Pablo. Quería ver a Natalia. Juanjo me contagió un ligero sentimiento de culpa por ser hombre y necesitaba darla todo mi cariño, mi comprensión y mi admiración, en parte como desagravio a la mujer de Juanjo. Necesitaba ver a Natalia para exculparme ante mí mismo, porque tenía claro, después de conocer a Juanjo, que yo no era un machista..., aunque Pablo decía que nunca se deja de ser un machista del todo... ¡Qué lío tenía! Quería ver a Natalia..., y bucear en ella..., y encontrarla su verdadero sabor..., y apreciarlo..., y entender sus respuestas emocionales..., y respetar sus opiniones, y besarla, y mirarla, y cuando me sonriera decirla «gracias». ¡Deseaba tanto ver a Natalia!

Pero llegué a casa... y Natalia no estaba. Me había dejado una nota, se había ido a cenar con una amiga y que mi cena la tenía en el microondas. Una sutil y soberbia irritación empañó mis sentimientos anteriores.

—¡Vale, yo no la he llamado! —dije tratando de disculparla o de sentirme menos ofendido—. Pero ¿por qué no me ha llamado ella a mí en vez de dejarme la notita?

Francamente, me sentí ninguneado y la llamé a su móvil..., el cual sonó justamente a mi lado; se lo había dejado en casa.

—Siempre lo lleva, ¿por qué no esta noche?... ¿Para que no la localice? ¿Y por qué se ha ido a cenar con Patricia? Sabe que Patricia no me gusta..., y yo a ella menos... Eso no es una respuesta emocional, eso es revancha, lo hace porque sabe que me jode... Patricia es una intoxicadora y la llena el cerebro de cosas absurdas... ¡No tengo ganas de cenar, sólo tengo ganas de ver a Natalia, pero no exactamente para decirla «gracias»!... Pablo es un gilipollas y lo que está creando es una fábrica de sumisos al capricho de la mujer. ¡Sabe que me jode lo de Patricia! Con la cantidad de amigas normales que tiene ¿porqué se va con es imbécil?...

Así estuve más de dos horas, dando vueltas a la casa y a mi cabeza. Pablo casi me había convencido de una cosa y ahora estaba convencido de todo lo contrario...

Llegó Natalia. Eran las doce y media. El vino en la cena la había provocado una sonrisa permanente que, junto al vestido que llevaba puesto la hacía sencillamente irresistible. Me saludó sin complejo de culpa, ajena a todas mis elucubraciones. Cuando me besó con sus labios húmedos se me olvidó todo lo que tenía que reprocharla y sólo me apetecía hacerla el amor en ese mismo momento. Pero mi orgullo convenció a mi deseo de que esa acción implicaría una derrota sin condiciones y Natalia jamás comprendería que su comportamiento no había sido el adecuado.

—¿Por qué te has puesto ese vestido? —la dije.

—¿No te gusta?

—Sabes que me gusta mucho, pero no me apetece que lo pongas cuando no voy contigo.

—Pero ¿por qué? A mí me gusta.

—Pero llamas mucho la atención.

—A ti te gusta.

—Pero no cuando yo no estoy.

—Estás celoso.

—¿Por qué no me has llamado?

—No sé, te noté tan interesado con lo de tu amigo que no le di importancia. Anda, vamos a la cama que tú mañana madrugas.

—¡Espera! ¿Por qué con Patricia?

—¿Qué la pasa a Patricia?

—Que no me gusta.

—Por eso no la traigo a casa.

—Tampoco me gusta que te veas con ella.

—Es amiga mía.

—Es una zorra que se acuesta con cualquiera.

—Eso es mentira. Además es su vida y puede hacer con ella lo quiera.

—No quiero que te veas más con ella.

—Perdona pero soy yo la que decide quienes son mis amigas. Y Patricia es mi mejor amiga y con ella puedo hablar de cosas que contigo es imposible.

—¿Cómo qué?

—Quiero volver a trabajar.

—O sea, que esa zorra te ha convencido.

—No la llames zorra y no me ha convencido, soy yo la que estoy convencida, y ella lo comprende y tú no.

—Yo no quiero que vuelvas a trabajar.

—Lo necesito, paso mucho tiempo sola.

—Vete al "gym", practica algún deporte, hazte un tratamiento de belleza...

Natalia se dirigió a la habitación y yo la seguí. Entró en el cuarto de baño y empezó a lavarse los dientes. La notaba muy decidida, había tomado una decisión sin contar conmigo y la iba a llevar a cabo. Estaba realmente jodido, no me apeteecía que mi mujer volviera de secretaria a la misma empresa donde yo trabajaba. ¿Quién iba a ser su jefe? Son todos unos buitres y Natalia es una presa fácil, sonrío a todo el mundo y gana su intimidad con mucha facilidad. No quiero decir que sea una chica fácil de ligar, sino que con su comportamiento afable crea expectativas en los buitres de mi empresa. ¡Si es que los conozco a todos! Creo que yo soy uno de ellos... Aunque lo que más me indignaba era que hubiera tomado una decisión sin contar conmigo; es decir, la importaba una mierda mi opinión sobre algo que nos afectaba a

los dos. Pero si pensaba como Pablo, la afectaba sólo a ella, que necesitaba tener una actividad profesional. ¡No podía ser!, yo necesitaba una calma emocional y no podría resistir que durante ocho horas al día se relacionara con otros hombres. Además llegaría tarde a casa y estaría cansada, y no se ocuparía de mí, y se pasaría el día hablándome del borde de su jefe... ¡Fui tajante!

—Lo siento, Natalia, pero si vuelves al trabajo tendremos que replantearnos nuestra relación.

Natalia se enjuagó y volvió a recuperar la sonrisa de vino que traía de la cena. Después me cerró la puerta del cuarto de baño y más tarde me cerró la puerta de nuestra habitación. Dormí en la de invitados, y cuando me levanté ella ya se había marchado. Vi en la mesa un periódico con anuncios de trabajo subrayados. Entendí que me concedía el deseo de que no volviera a la empresa en la que yo trabajaba, pero no prescindía la idea de volver a trabajar. No me sentía amado. Comimos juntos al mediodía, pero apenas hablamos. Por la tarde ella tenía un cursillo de respiración y yo volví a la asociación. No sé aún porqué, pero volví.

6

No faltaba nadie, y estaban muy animados; habían perdido el pudor del primer día y se relacionaba entre ellos con mucha fluidez. Pablo me saludó sonriendo mientras se dirigía al escenario pidiendo la atención general. Todos se sentaron. La primera fila había crecido; es decir, algunos de los nuevos ya no se parapetaban en la segunda fila. Yo seguía en la barra. Era una actitud. No quería integrarme..., pero tampoco quería perdmelo. El silencio servía de fondo a las palabras de Pablo.

—Bien, ayer conocisteis la parte más básica del machista y sus efectos negativos en la relación, y muchos no os habréis sentidos identificados con el comportamiento de Juanjo. Pero eso no quiere decir que no seáis machistas; lo sois, en mayor o mejor grado, con un estilo distinto, pero lo sois, y eso es lo que vamos a averiguar. ¡Juanjo, por favor, empieza cuando quieras!

Juanjo se levantó con un montón de folios que empezó a repartir. A la sala la sorprendió y la estimuló; se trata de uno de los juegos de Pablo, que le encantaba sorprender a la gente para que las sesiones, además de didácticas, fuesen entretenidas.

—Es un cuestionario —continuó Pablo—, sólo tenéis que poner una equis en la opción que decidáis con el fin de conocer exactamente qué tipo de machista sois y cuál es el tratamiento que deberíais seguir.

Juanjo me entregó el último cuestionario y me puse a leerlo.

Descubre qué tipo de machista eres.

1. Tu mujer te lleva la contraria sistemáticamente.
 - Revisas tus ideas porque piensas que puedes estar confundido.
 - Charlas con ella «inteligentemente» hasta que llegáis a un acuerdo.
 - La mandas a la mierda y haces lo que te dé la gana.
 - La coges del cuello hasta que se calle.

2. Has herido con un comentario a tu mujer.
 - Serías incapaz de hacer un comentario hiriente.
 - La pides perdón.
 - La comentas que lo has hecho por su bien.
 - La vuelves a repetir el comentario.

3. Tu mujer ha dicho una tontería delante de unos amigos.
 - Cambias de conversación para que no se note.
 - Te ríes para que parezca un chiste y no se rían de tu mujer.
 - La disculpas diciendo que ha bebido un poco.
 - La llamas la atención dejándola en ridículo.

4. ¿Cuántas horas habláis a la semana de vuestra relación?
- Más de dos horas.
 - Una hora.
 - Media hora.
 - Nunca.
5. ¿Cuándo fue la última vez que la dijiste...?
- a) «me gustas»
 - b) «te quiero»
 - c) «eres la mujer de mi vida»
 - d) «qué suerte he tenido al casarme contigo»
- Una vez al día.
 - Alguna que otra vez.
 - El día de la boda.
 - No te acuerdas.
6. Trabajáis los dos. ¿Compartes las tareas domésticas?
- Normalmente.
 - Ella no te deja.
 - Los fines de semana.
 - El pan y el periódico.
7. Ella no trabaja fuera de casa. ¿Compartes las tareas domésticas?
- Nunca. Eso no es de hombres.
 - Dialogas hasta que entienda que vienes cansado del trabajo.
 - Sólo cuando tenéis invitados.
 - Siempre que puedes la ayudas.
8. ¿Qué haces si quieres hacer el amor y ella no?
- Comprendes su estado de ánimo y te duermes.
 - La seduces hasta que ella lo desee.
 - Vas a lo tuyo pasando de su negativa.
 - Te cabreas y la llamas frígida.
9. ¿Qué haces cuando no te gustan sus amigas?
- Respetas su elección.
 - Tratas de hacerte amigo de ellas.
 - Las criticas abiertamente.
 - La prohíbes salir con ellas.

10. Tu pareja ha cambiado de opinión sobre un tema.
- La comprendes y aceptas el cambio.
 - La comprendes pero hacéis lo que estaba previsto.
 - Discutís hasta la "suciedad".
 - Te ríes de ella al tiempo que la dices: «No te vuelvas loca».
11. ¿Qué hacéis si tardáis a una cita por culpa de ella?
- Te echas tú la culpa.
 - La dices que la cita es media hora antes para que se pueda retrasar tranquilamente.
 - La montas una bronca impresionante.
 - La denuncias delante de todo el mundo.

Todos sacaron sus bolígrafos y lápices y, tras escribir el nombre, empezaron a poner equis en las respuestas. Yo no quise jugar. Algunos lo tenían muy claro y tachaban rápidamente; después levantaban el brazo y Juanjo recogía el cuestionario. Otros dudaban más, no se atrevían a tachar la opción real por vergüenza y optaban por otra más suave. Juanjo terminó de recoger todos los cuestionarios y los dejó en una mesa que había en el escenario. Pablo echó una rápida ojeada y seleccionó uno, después reinició la charla.

—En la segunda cuestión: «Has herido con un comentario a tu mujer», el compañero Javier Henández le ha puesto primero una equis a la opción: «La pides perdón», después la ha tachado y ha optado por la cuarta que dice: «La vuelves a repetir el comentario». ¿Por qué?

Javier debe de tener alrededor de treinta y cinco años, es fuerte y bajito, su mirada es decidida y su gesto no puede ocultar lo que siente, y lo que siente no puede evitar decirlo. Todos le aplaudieron, y Javier desde su silla, contestó a la pregunta:

—Quiero a mi mujer y no me gusta verla sufrir, y yo sé que a veces mis comentarios la duelen, y muchas veces he estado a punto de pedirla perdón..., pero después se me pasa, porque si la pido perdón ella piensa que estoy equivocado y que ella tiene la razón, y sigue haciendo comentarios de cosas que ignora y la gente se ríe de ella a escondidas. Y si se lo digo me dice que es mentira. Por eso la llamo la atención delante de la gente, para que se dé cuenta de que ha metido la pata y no la vuelva a hacer, pero como ella no lo entiende, vuelvo a repetirla el comentario hasta que se de cuenta de que tiene que guardar tu actitud.

—Podrías ponernos un ejemplo.

—Sí. Hace unos meses estábamos con unos amigos y uno de ellos comentó que algunos científicos aseguraban que era posible la vida humana en Marte. Y dijo ella: «Eso es una "etiopía"». Todos se rieron porque creyeron que era un chiste, pero ella

insistió y aclaró: «No os riáis, es una "etiopía"». Hice un aparte con ella y la expliqué que no se dice "etiopía" sino "utopía". Y me discutía. Razoné, la di datos. Y me discutía. Y al final me dijo "que se puede decir de las dos maneras". Y me acusó de querer humillarla porque nuestros amigos si lo habían entendido y no la habían criticado. Yo la dije que se habían reído y ella me dijo: «Porque soy muy graciosa». Total, que volvió a la mesa y volvió a repetir "etiopía" delante de todo el mundo. La dije: «Cariño, Etiopía es un país africano, creo que quieres decir "utopía", ¿no es así, amigos?». Todos callaron. Ella me dijo: «Creo que eres el único que piensa eso». Y la volví a repetir la aclaración comprometiendo a todos los amigos que se acababan de dar cuenta de la ignorante soberbia de mi mujer.

Pablo asentía con un movimiento afirmativo de la cabeza durante el testimonio de Javier, con una sonrisa de comprensión. La mayoría de los asistentes tenían el mismo gesto. Pablo se dirigió al grupo.

—Es muy posible que muchos de vosotros no hayáis tenido el valor de Javier y hayáis señalado otra opción, pero podéis rectificar. Levantad la mano los que cambiarían su opción por la de Javier.

Se alzaron tres brazos con recelo; bajaron inmediatamente. Pablo no perdía su sonrisa ni su estilo de "showman".

—Vamos a ver, Javier, la pareja es una lucha de poder, y si tú rectificas en algo a tu mujer, sin ningún tipo de tacto, ella lo va a tomar como una agresión. Es como si la dijeras: «Soy más inteligente que tú». Y entonces se provoca el reto, el duelo, la competencia, la rabia, la ira, la frustración, y en esas condiciones no fluye el deseo, ni el amor, ni la comprensión: te has convertido en su enemigo. A ti es posible que se te olvide en un par de semanas, pero a ella no se la olvidará en la vida. La memoria de agravios de una mujer es más poderosa que la de un Pentium-4. —Se dirigió a todos los presentes—. Os voy a presentar a Luismi, ya estuvo con nosotros el curso pasado y yo creo que su testimonio puede dar alguna pista. Luismi, por favor...

Era un tipo de cuarenta años, alto, fibroso, huesudo, decidido, de mirada creíble y boca divertida que cuando sonreía formaba una uve. Se dirigió al escenario acompañado de los aplausos. Antes de hablar, sus ojos brillaron de placer.

—A mí me gusta mucho mi mujer, siempre me ha gustado, y me pasaba como a Javier, que me la tomaba muy en serio y siempre estaba corrigiéndola cosas que hacía mal para que aprendiera... Yo creía que lo estaba haciendo bien; pero no, lo estaba haciendo muy mal. Hoy no me pasa, hoy mi mujer dice "etiopía" y yo me callo como si no fuera conmigo. ¿Lo he dicho yo? ¡No! Lo ha dicho ella, ¿por qué voy a cargar yo con esa afirmación si no es mía? ¿Y por qué la voy a rectificar en público cuando puede hacerlo otro y yo salir en su defensa?

De repente, Javier gritó: «¡Eres un cínico!», y Luismi sacó su sonrisa tamaño familiar y le dijo con mucha suavidad:

—Según Pablo: «Conocimiento de una realidad y estrategia para afrontarla». Ya lo irás entendiendo. Mi vida sexual fue disminuyendo a raíz de querer enseñar a mi mujer cosas que yo creí que ella no sabía. Provoqué en ella tal ausencia de deseo que se convirtió en un antídoto contra la lujuria. A mí me gusta hacer el amor con mi mujer, es genial, y todo iba bien pero poco a poco esa relación se fue distanciando y al final sólo nos besábamos cuando venía mi madre... Cada insinuación mía era rechazada por toda una gama de pretextos: que si el niño llora, que si la duele mucho la cabeza, que si la han dado una notificación que no la ha sentado bien..., hasta que un día me pilló tan desesperado que casi se lo supliqué: «Soy tu marido y quiero hacer el amor contigo». Y me contestó: «Perdona, pero no me apetece, porque tú no te das cuenta pero a veces me dices cosas que me duelen». Y me quedé perplejo. Yo creía que me rechazaba porque no la gustaba my cuerpo y de repente descubro por algo que la había dicho y que al parecer la molestó, aunque yo ni me acordaba, y eso me alivió. Pensé en pedirle perdón de cualquier cosa que me reprochara y hacer el amor con ella, que era lo que más deseaba..., pero, claro, yo no recordaba qué la había dicho que la hecho tanto daño y la pregunté ingenuamente: «¿Cuándo?» Y ahí es cuando la cagué. Me miró con cara llena de memoria y de reproche, y me dijo: «O sea, que encima tienes la desfachatez de decirme que no te acuerdas». Fue tan convincente, me lo dijo con tanta firmeza, que llegué a sentirme culpable de algo que no me acordaba haber hecho. Quería salir del hoyo y me estaba hundiendo cada vez más. «Te lo juro», la dije angustiado, «no sé de qué me estás hablando». Y ahí fue cuando me dio la fecha exacta: «¡De la boda de tu hermana!». Irene, para las fechas, no usa un calendario normal; un día, un mes, un año. Ella lo relaciona todo con hechos emocionales, sociales o familiares. Según yo, nos casamos en 5 de Diciembre del 88; según ella, dos días antes de que muriera su abuelo, y, claro, no hay un puto aniversario en el que no se ponga triste. Intenté quitar hierro al asunto y la dije: «Pero, Irene, si mi hermana se casó hace diez años». Y me dice sin dudar: «Exactamente, el día que operaron a mi abuela de cataratas, y yo no tenía que haber ido a esa boda porque tú sabes cómo quería yo a mi abuela, y fue por tu culpa, y maldita la hora en que fui, jamás había pasado tanta vergüenza en mi vida, y eso no te lo perdonaré nunca, me hiciste sufrir, dejarme en evidencia, ridiculizarme, maltratarme psicológicamente, despreciarme, herirme...». Una de las características de Irene es que antes de contar el hecho cuenta las circunstancias emocionales del mismo y el daño que la ha producido, y, claro, yo, por lo que ella me decía, era un auténtico hijo de puta, despreciable, impresentable, maltratador, psicópata y no sé cuantas cosas más. Yo mismo, sin saber siquiera de qué estaba hablando, me sentía inequívocamente culpable... Sólo me faltaba saber ¿de qué?, pero en aquel momento llegué a odiarme, a despreciarme y a desearme el peor de los castigos, que fue cuando me arrodillé y la dije: «¿Pero qué pasó el día de la boda de mi hermana?». Y me dice:

«¡No seas cínico porque te acuerdas perfectamente. Le dije a tu cuñado que yo iba a dejar mi carrera en el comercio para casarme contigo y tu dijiste que ser dependienta no era una carrera, que era simplemente un empleo, y me dejaste en ridículo delante de todo el mundo, y eso no te lo perdonaré nunca, nunca, nunca». Al oír aquello me sentí muchísimo peor; ya no era un ser horrible, era un gilipollas. En vez de decirle lo que la gusta, la digo lo que la disgusta. En aquel momento descubrí que no conocía a mi mujer, no sabía que tenía tanta memoria, o porqué le había dado tanta importancia a una anécdota que nadie recordaba... No sabía como expresarme con ella sin que se sintiera dañada con mis palabras... Hasta que descubrí, gracias a Pablo, que mi mujer era muy sencilla aunque yo creía que era complicada; o sea, es complicada si la quieres entender como te entiendes a ti, pero si la entiendes como se entiende ella, es sencillísima; yo quiero sexo y ella quiere que la comprenda aunque no se explique, y eso es fácil, compañeros. Más que escucharla, tengo que interpretarla, y si me dice: «Habría que hacer la compra», lo que me está diciendo es: «Tienes que hacer la compra». Y hasta que lo asimilé tuve muchos tropiezos con ella. Cuando discutimos y me dice: «Haz lo que quieras», me quiere decir: «Ya sabes lo que quiero que hagas». Si me dice: «¡No estoy enfada!», es que está cabreadísima. He llegado a entender por su gesto de asco que cuando me dice que huelo a hombre me está diciendo que apesto. O si me dice con sorna: «Te noto muy romántico esta noche», lo que quiere decir es: «¡Qué, ya quieres echar un polvo!». Y cuando me pregunta si la quiero, en realidad lo que quiere es pedirme algo. Y cuando me pregunta cuánto la quiero, eso quiere decir que me va a decir algo que ha hecho y que no me va a gustar nada. Y cuando estamos a punto de salir a cenar o al cine y me dice: «Cariño, tardo menos de un minuto», ¿me quiere decir eso? No, lo que me está diciendo es que me ponga cómodo, que encienda la tele, que me sirva una copa y que no la ponga de los nervios. Tampoco pide tanto. Y jamás la he vuelto a rectificar en nada. Hace unos días aseguraba categóricamente a un profesor amigo nuestro que los iraníes eran árabes, y el otro le demostró delante de todo el mundo que eso era una ignorancia, porque no son árabes sino persas. Y en ese momento intervine yo y le dije: «¡Pero no me negarás que son musulmanes..., como los árabes!». Y te puedo jurar que esa noche toda la irritación que sentía por nuestro amigo el profesor se convirtió en una auténtica y sensual noche de amor para mí. ¿Que soy un cínico? ¡No! Tengo un conocimiento de la realidad y una estrategia inteligente para afrontarla.

Todos le aplaudieron, menos Javier, que seguía pensando que aquello era una farsa. Para él, la pareja necesita la sinceridad. Era la primer demostración del cursillo en la que los participantes veían un logro claro en su conflicto con la mujer. El éxito de Luismi a través de la estrategia les daba esperanzas de lograr una nueva relación con sus mujeres sin perder la dignidad de hombre, un medio nuevo para conseguir un fin antiguo. Fue el aplauso más largo de todo el cursillo. Pablo organizó varios grupos

con distintas actividades: lecturas de artículos concretos en revistas y periódicos, visión de reportajes en vídeo, encuestas, lo de Rocío Jurado... Después se acercó a la barra, donde yo me encontraba, con todos los cuestionarios. Me invitó a un refresco y empezó a revisarlos. El giro que le había dado al cursillo era impresionante; hasta entonces todo se basaba en prescindir de ciertos comportamientos, y en que aquella última fase hablaba de saltar obstáculos o hacer como el junco ante un huracán, doblegarse hasta que pase y volver a erguirse.

—Te felicito —le dije—, pero opino como Javier: es un acto de cinismo. —Pablo leía el cuestionario de Javier y Luismi al tiempo que me escuchaba—. Lo que propones es la anulación de lo que somos. Ellas pueden ser como son y nosotros tenemos que falsear nuestra verdadera identidad. Es indignante, puede que consigas tus objetivos, pero falseando, fingiendo, engañando. Yo tengo que decir a mi pareja lo que siento y ser yo mismo, y tú propones todo lo contrario. Es como si aceptáramos que ellas tienen razón y que nosotros estamos equivocados. Ni nosotros somos tan malos ni ellas tan buenas.

Pablo dejó de leer, se quitó las gafas y me dedicó una mirada de comprensión, que es una de las cosas que más me fastidian, porque comprenderme significaba que justificaba mis errores por falta de inteligencia, y de ese modo, aunque él no lo deseara, conseguía que mi autoestima bajara a los talones.

—Estás sacando conclusiones observando sólo algunas partes del tema —me dijo—. El cursillo acaba de empezar y te puedes encontrar con algunas sorpresas. Haz este análisis al final y es posible que lo entiendas de otra manera. Y lo que tú consideras indigno yo lo considero inteligente. La mujer está en plena revolución de independencia y no quiere ser tutelada por el hombre, quiere otro tipo de relación. Hicimos una encuesta en una universidad a chicas de entre dieciocho y veinticinco años y su primer prioridad en la vida era encontrar un buen trabajo, y la segunda casarse. ¿Lo vas entendiendo? Las nuevas generaciones se curan en salud o se preparan para ser esa nueva mujer; independencia económica y, de igual a igual, para relacionarse sentimentalmente con el hombre. Esta es su guerra de independencia del hombre y tú eres un hombre; es decir, está en guerra contigo, te tiene que demostrar que puede hacer cualquier cosa sin tu ayuda, y claro, si la dices "no tienes ni puta idea de lo que estás diciendo", lo cual te puede llevar a la soledad sexual durante meses, lo único que ella entiende es: "Sin mí no eres nadie". Y tú deberías revisar ese comportamiento, tú no eres el profesor de Natalia para corregirla, ni su padre; eres su pareja, deja que tenga sus propios errores y no se los señales tú, que los descubra ella, y esa confianza la va a hacer sentirse más independiente. Lo peor del machista protector es que cuando ellas no quieren esa protección tu te quedas muy jodido.

Mi cara congeló un gesto de escepticismo, dando a entender que no aceptaba esas conjeturas como verdaderas, pero en mi interior se produjo un duelo entre lo que creo

y lo que es. ¿Protejo a Natalia o la quiere convertir en un satélite que sólo gire a mi alrededor? ¿Ella quiere que yo la proteja? ¿Y por qué no soporto a sus amigas? ¿Porque la aportan ideas que no son mías? Me interrumpió Pablo señalándome los cuestionarios de Javier y Luismi.

—Mira, Javier pertenece al grupo del "machista didáctico". Normalmente se casan con personas con menos nivel cultural o social. Es una forma de estar por encima de ellas y educarlas. El problema es que la educación se hace crónica, no tiene fin y se pasan la vida corrigiéndolas. Por otra parte, no es agresivo, charla a menudo con su mujer de su relación y participa en las labores del hogar. Aparentemente quiere que su mujer esté a su nivel, pero en el fondo necesita que eso no sea así, para sentirse necesitado permanentemente por ella. Sólo atiende a razonamientos masculinos. Sin embargo, Luismi, que es uno de los pacientes más aventajados, ha encontrado el comportamiento disolvente y aunque tenga una certeza en una discusión con su mujer siempre termina diciendo: «De todos modos, coméntalo por ahí, porque es posible que yo esté equivocado». Trabajan los dos, se pueden permitir una asistenta tres veces por semana, y los demás días ella se ocupa de la casa y él de la compra, la cual hace por Internet. Tiene enamoradas a todas las amigas de su mujer porque siempre las dice lo quieren oír, y se han convertido en su club de fans, y su mujer le adora por que ya no hay lucha de poder. Luismi ha disuelto ese símbolo; aparentemente nadie manda, cada uno hace lo que cree que debe hacer, y al final Luismi consigue todos sus propósitos por un camino distinto.

—No sé, Pablo, a mí me dá la impresión de que es un tío enganchado al sexo y que por echar un polvo es capaz de cualquier cosa. Javier me parece más honesto.

—Demasiado ego masculino. Luismi es un saltador de obstáculos y Javier quiere derribarlos. El primero quiere tener éxito y el segundo razón. Luismi es un hombre moderno, de hoy, y aunque no lo creas, siente lo que hace.

—Quieres decir que ya no es un machista.

—De eso nada. Luismi es machista, pero tiene el arte de que no se le note. Es el estado superior del machismo, es decir, el "neomachista". Sigue controlando la situación, pero las mujeres no lo detectan porque aparentemente siempre está a favor de ellas. Hay más casos: el 75% de la plantilla de un empresario "neomachista" es de mujeres, y todos creen que lo hace a favor de la causa femenina, pero a mí me ha confesado que contrata a mujeres porque asumen más posibilidades por menos dinero. Fíjate que listo, se dió cuenta de que la mujer necesita demostrar a todo el mundo sus capacidades y, claro, trabaja más de la cuenta y él se aprovecha.

—Acabo de perderme, Pablo. ¿Qué es realmente lo que estás haciendo? ¿Desintoxicando a machistas o dirigiéndolos hacia otro espacio de poder?

—Una cosa no es incompatible con la otra, pero sin la primera no se puede aspirar a la segunda.

—¿Y cuál es el tratamiento que tienen que seguir?

—El tratamiento de Javier, es Luismi, su relación le va a venir muy bien. Javier es rígido y no disfruta de la mayoría de las cosas por estar pendiente de los demás, y Luismi le enseñará que los demás pueden valerse por sí mismos.

—¿Y el tratamiento de Luismi?

—Está perfectamente preparado para adaptarse a cualquier cambio en la mujer.

—¿Hasta cuándo?

—Te lo he dicho mil veces, hasta que las mujeres terminen su proceso de independencia. Entonces nos verán de otra manera.

Sonó mi teléfono móvil, era Natalia. Me dijo que había encontrado un trabajo estupendo, yo la dije que me alegraba mucho, ella me dijo que si salíamos a cenar para celebrarlo, yo la dije que me parecía una idea estupenda. Después me dijo que si podía invitar a Patricia, yo la dije... que respetaba su decisión.

Pablo volvió a reclamar el interés de todos los hombres desde el escenario. Llamó con un gesto de atención a Luismi y Javier, indicándoles silencio, pues mantenían una conversación bastante apasionada, la cual habían acelerado al ver que la sesión se reiniciaba. Pablo me miró para que comprobara por mí mismo todo lo que me había contado sobre el tratamiento de Luismi y Javier. Pablo era como un jugador de ajedrez, podía anticipar varias jugadas. Tenía un cuestionario en la mano. Se dirigió a la sala.

—La mayoría de nosotros necesitamos que nos necesiten, y si no es así sentimos que perdemos parte de nuestro poder. Eso quiere decir que no lo hacemos porque los demás lo necesiten, sino que nosotros necesitamos que los demás nos necesiten. Y creamos un alto nivel de dependencia en nuestra pareja, la cual no puede salir sin nuestra ayuda. Hablemos de ello. Levantad la mano los que opináis que una mujer tiene que depender del hombre.

Tras un silencio total de un par de segundos, los hombres empezaron a cuchichear entre ellos, al principio a nivel de murmullo, pero paulatinamente el volumen general iba aumentando. Consideraban ambigua la pregunta, opinaban que había que matizarla, no podían definirse de forma genérica. Yo no tomé partido; la seguridad en la cara de Pablo me anticipaba otra de sus trampas maestras.

—Está bien, está bien... —dijo mientras movía los brazos hacia abajo para indicarles que dejaran de hacer ruido—. Creo que he hecho mal la pregunta. Por favor, levantad la mano todos los que estáis pendientes de cualquier necesidad que tenga vuestra mujer.

Se repitió el silencio de dos segundos, pero sus caras delataban que la pregunta planteada de ese modo podía tener una respuesta. La mitad de la sala levantó el brazo. Pablo señaló a uno de ellos. Era Ernesto, el economista que hizo los cálculos de sueldo que merecía la mujer de Juanjo.

—Si eres tan amable, me gustaría mucho que los compañeros conocieran tu historia.

Ernesto se levantó de la silla con decisión. Es bastante alto, de porte distinguido y gesto responsable, dando a entender que se puede confiar en él. El público aplaudió mientras se dirigía al escenario. Pablo inició el tema mostrando el cuestionario de Ernesto.

—En el apartado «Tu mujer ha dicho una tontería delante de unos amigos», has elegido la opción que dice: «Cambias de conversación para que no se note». Y eso es muy elegante, ¿no es así, compañeros?

Respondieron como responden los fieles de un predicador a una pregunta que sólo admite una respuesta afirmativa; balbuceando afirmaciones que se mezclan con

el murmullo de aprobación.

—Ernesto defiende y protege a su mujer, siempre está al quite para que no sufra humillaciones, ni decepciones, la ampara de un mundo complejo y a veces cruel, la preserva de todo lo que él considera nocivo para ella..., y eso es de admirar, ¿no es así, amigos?...

Las afirmaciones eran cada vez más claras, aunque hubiera unos cuantos, Luismi incluido, que negaban ligeramente con la cabeza en un signo claro de no aceptar esa teoría. La dignidad de Ernesto se encontraba en un perfecto estado de plétora. Yo sonreía y esperaba. Esta vez la trampa era colectiva. El gesto de Pablo cambió al reproche.

—Me decepcionáis.

La sala se congeló. A Ernesto se le escapó un gesto de insolencia que corrigió inmediatamente. Pablo no explicó el motivo de su decepción y los hombres se volvieron a perder. Continuó sin temor dirigiéndose a Ernesto.

—Y después de cambiar de conversación para que los demás no descubran que tu mujer dice tonterías ¿qué haces?

—Nada, ya está todo hecho.

—¿No la contestas la tontería?

—No, nunca.

—¿Y si la vuelve a repetir en otro momento?

—Estaré atento y volveré a cambiar de conversación.

—¿Eres feliz?

—Sí.

—¿Ella también?

—Por supuesto.

—Entonces ¿por qué te ha dejado?

—¡No me ha dejado, está pasando unos días en casa de su madre!

—Desde hace tres meses.

—Mis hijos viven conmigo.

—¿Te apetece contarlo?

Ernesto estaba irritado, miraba a Pablo con un rictus de soberbia que iba desapareciendo en la medida en que tomaba verdadera conciencia de donde se encontraba y cuál era el fin de la asociación. Tras la mirada de reto, su gesto se relajó, miró al público, asintió varias veces con la cabeza y exclamó con firmeza:

—Sí.

—Adelante.

Pablo se apartó hacia un lateral. El público estaba desorientado, no entendía que veía de malo en el comportamiento de Ernesto. Aparentemente, yo tampoco, pero intuía que Pablo, tarde o temprano, me demostraría lo contrario. No hice conjeturas y

esperé a conocer el testimonio de Ernesto, que empezó a hablar con mucha calma y confianza en sí mismo. Era muy elegante con las palabras.

—En primer lugar, no quisiera herir susceptibilidades, pero estamos aquí para ser sinceros y yo, francamente, me alejo bastante del modelo de machista que representa el compañero Juanjo. No se trata de una crítica, sino de un signo de distinción. Yo trato con mucho respeto a mi mujer y, por supuesto, nunca la he agredido físicamente. La conocí cuando ella tenía diecisiete años, era tan delicada, tan frágil y yo estaba tan enamorado... Ella quería estudiar Farmacia, pero yo la dije que era mucho mejor que se casara conmigo. Yo tenía veintisiete años. Y desde entonces he sido sus ojos, sus manos, su voz... Siempre pendiente de sus necesidades, ocultándole lo desagradable de las cosas, evitándole esfuerzos innecesarios..., ¿para qué quería sacarse el carné de conducir?, con el esfuerzo que eso requiere, si estoy yo para llevarla a donde ella quiera..., o estudiar inglés, ¿para qué?, si yo hablo correctamente inglés..., me encanta abrirla la puerta del coche, colocarla la silla donde sienta para comer o cenar, y me encanta que no sepa lo que valen las cosas ni el dinero que tenemos, ¿para qué?, es suficiente con que lo sepa yo, y así la evito preocupaciones... Incluso eduqué yo a mis dos hijos para evitarla esa responsabilidad...

Ernesto siguió construyendo un personaje de leyenda sobre sí mismo, un caballero que salva a una doncella. Lo que aún no me quedaba claro es si la doncella quería ser salvada. Ernesto siguió hablando de su idílico comportamiento hasta que Pablo lo interrumpió sin ningún tipo de tacto.

—Gracias, Ernesto, puedes sentarte.

Ernesto se sintió incómodo y agravó el gesto.

—Aún no he terminado.

—Es posible, pero no cuentas nada nuevo. Después de oírte ya sabemos que eres el hombre perfecto, educado, elegante, generoso, honrado, complaciente, entregado... Hasta yo, que soy inequívocamente heterosexual, me he sentido atraído por tus bondades.

A Ernesto no le hizo ninguna gracia el comentario, pero al resto de la sala sí, y no consiguieron ahogar una carcajada. A Ernesto le salió la soberbia que escondía.

—¡Esto me parece una falta de respeto!

La concurrencia, "por respeto", sublimó la risa, pero Pablo no perdió la suya; es más, la iba aumentando en la medida en que iba hablando...

—¡Joder, Ernesto, que ayer te cagabas de risa oyendo a Juanjo!... ¿Le estabas faltando al respeto?... Y cuando viste la cara que puso cuando le sacaste las cuentas de lo que tenía que ganar su mujer, casi te da un ataque... O sea, que no me vengas ahora con lo de falta de respeto porque no es justo... ¡Es más, fuiste uno de los que más se reían!...

La cara de Ernesto fue ganando humanidad y, a pesar de su natural reticencia, no

pudo evitar una sonrisilla lateral, dando a entender que toleraba la risa de los concurrentes, los cuales empezaron a aplaudir. Al terminar, Pablo tomó la palabra.

—Al grano, Ernesto, si eres tan bueno, ¿por qué tú estás aquí y tu mujer en casa de sus padres?

Pablo se volvió a separar y Ernesto se fue relajando.

—Siempre que Azucena tenía un problema me lo contaba y yo siempre la decía «no tiene importancia», y ella se desahogaba..., pero hace unos meses me contó un problema y reaccioné como siempre: «no tiene importancia», y ella, en vez de desahogarse, empezó a gritar histérica: «¡Sí tiene importancia, sí tiene importancia!...». Yo, para intentar calmarla, la dije: «Vale, pero no es un drama». Y se puso más histérica: «¡Sí es un drama..., sí es un drama!». Yo la abracé, inmovilizándola para que no se golpeará con los muebles. Y ella me miró a los ojos sin agradecimiento y me dijo: «¡Te odio!». Y se marchó a su habitación. Yo no entendí nada...

Pablo aprovechó la pausa e intervino.

—Acabas de dar en una de las claves: «No tiene importancia». —Se dirigió a los presentes—. Levantad la mano todos aquellos que en alguna ocasión hayáis dicho a vuestra mujer: «No tiene importancia», cuando os ha contado alguno de sus problemas.

Lo hicieron varios; otros también querían hacerlo, pero estaban muy desorientados y, como no sabían si era una trampa de Pablo, no querían aparecer como machistas antiguos. Pablo les volvió a insistir, conociendo de antemano esa reacción, y varios más levantaron la mano.

—No seáis cínicos, lo hemos dicho todos alguna que otra vez, pero es un error; primero por la consecuencia y después por el desconocimiento. —Se dirigió a Ernesto—. ¿Por qué dijiste a tu mujer que su problema no tenía importancia?

—Porque no la tenía.

—¿Para quién?

—Para mí.

—¿Y para ella?

—Vamos a ver, Pablo. Seamos lógicos, si no lo tiene para mí, no lo puede tener para ella. Además, era una tontería...

—¿Nos cuentas la tontería?

—A veces se vuelve caprichosa y absorbe las preocupaciones de otras personas como propias y...

—Al grano, Ernesto, cuéntanos la tontería...

—La gata de una vecina había tenido seis gatitos y, como nadie los quería los tenía que sacrificar...

—Vamos a ver, Ernesto, ¿qué pasaría si llegas de tu trabajo y cuentas a tu mujer que el ascenso que esperabas se lo han dado a otro? Y ella te dice: «No tiene

importancia».

—No es comparable, esto que acabas de decir es un hecho importante y, si me apuras, trascendente.

—¿Para quién?

—Para los dos.

—No, Ernesto, para ti. Ya ha quedado claro que ella no se entera de nada; tú mismo lo has dicho. ¿Cuántos hechos trascendentes pasan por la vida de tu mujer durante el día? Es lo más importante que la ha pasado en los últimos años y lo quiere compartir contigo, y tú, en vez de escuchar su lamento seriamente, vas y le quitas importancia.

—Es que no la tenía. Todos los días se sacrifican gatos.

—Pero tu mujer no sabía porque tú no la cuentas esas cosas para ahorrarla sufrimiento. Total, que se entera y se lleva un gran disgusto, y tú en vez de solidarizarte con su pena la dices «no tiene importancia», ¿qué estás haciendo, Ernesto?, despreciando la intensidad del sufrimiento de tu mujer, porque la estás diciendo: Si sufres por nada, si sufres por una tontería, es que eres idiota. Sin darte cuenta que en ese momento ella quiere estar disgustada y que des importancia a su disgusto.

—En ese caso no la tenía.

—Para ti no, pero para ella sí. Vamos a ver si te lo explico. Un hombre pasó el periódico a su mujer y la dijo: «Mira qué noticia más importante». La mujer tomó el periódico, leyó y exclamó: «Qué barbaridad, qué tremendo, qué monstruosidad». El marido, perplejo, la preguntó: «Cariño, ¿qué noticia estás leyendo?». Y su esposa le comentó: «La de la mujer que va a ser lapidada en Nigeria por adulterio». Y dijo él: «Yo me refería a la otra noticia». Ella giró la mirada a la izquierda de la página, leyó la noticia y exclamó: «¿Y qué tiene de importante el fichaje de Ronaldo?».

Se produjo un vacío de sonido en la sala. La anécdota llevaba consigo una carga explosiva de profundidad. Se planteaba claramente lo subjetivo de qué tiene importancia, si lo que te afecta a ti o lo que me afecta a mí. En la mayoría de los rostros se notaba el frenético cruzar de las ideas en busca de conexión. Muchos de ellos hubieran lamentado y repudiado la lapidación de una mujer, pero es muy posible que le hubieran dado más importancia al fichaje de Ronaldo. La noticia de la mujer saben que se va a volver a repetir y lo del jugador brasileño consideraban un hecho irrepetible. El tema de comparación era muy fuerte y removi6 la conciencia de más de uno. Lo que Pablo quería dejar claro, como ya lo hizo cuando trató el tema de qué es más importante, cazar o cocinar, es que una de las conductas invisibles del machismo es darle más importancia a tus problemas que a los de tu mujer, adquiriendo con esa actitud un rango de privilegio que en sí rompe el espíritu del lema de la asociación: «El hombre ya no es el dueño y señor de la pareja, sino un

miembro más de la misma». Y todos se dieron cuenta. ¡Qué sutil, qué tramposo, qué eficaz! Se volvió a apartar para que Ernesto continuara con su testimonio.

—Está bien, Pablo, puede que tengas razón, y es posible que para ella sí tenga importancia, pero es que últimamente su comportamiento no es razonable, yo vivo para que a ella no le falte de nada, le regalo rosas frescas todos los días, celebramos con regalos su santo, su cumpleaños y nuestro aniversario, tiene Visa Oro, tarjeta de El Corte Inglés, trabajo y me sacrifico por ella y lo único que le exijo es que no me falte al respeto, que si a mí no me gusta un vestido, por mucho que le guste a ella, no se lo ponga, y si la llamo a casa y no está, lo mínimo que le exijo es que me diga donde ha estado, con quién y de qué han hablado, y si le prohíbo que hable con tal amiga, que lo hago por su bien, es porque esa amiga no es recomendable, y punto. Y si yo la trato como un caballero, ella no se puede comportar como lo hizo hace unos días, que la presenté a unas personas de la misma manera que lo hacía siempre, con respeto: «Mi señora» o la «Señora de Gómez», y de repente ella dijo: «Si no os importa, prefiero que me llaméis Azucena». Me dio hasta la impresión de que no era nada mío. Ella misma se ha anunciado como señora de Gómez, ¿a qué venía lo de Azucena? Me dolió, era una falta de respeto, de agradecimiento, como si yo no fuera nadie en su vida, y todo lo que tiene me lo debe a mí, ¿a qué viene lo de «prefiero que me llaméis Azucena»? ¿Para indicar que ya no soy necesario? Y de lo que no se quiere dar cuenta es de que ella no es nadie sin mí. Jamás había leído nada que yo no la hubiera comprado, y una noche la vi leyendo un libro de auto ayuda: "Decide por ti misma". Y me pareció una falta de respeto que leyera cosas de las que yo no tenía conocimiento. La rompí el libro allí mismo y le prohibí que leyera esas tonterías, pero ella se compró otro, lo vi reflejado en el extracto de la Visa, y aunque registré toda la casa nunca lo encontré..., pero al poco tiempo empecé a notar síntomas extraños en su conducta. Cuando la abría la puerta del coche siempre me decía: «Gracias». Pero últimamente, en el mejor de los casos me decía: «Gracias, puedo yo sola». En el peor, se me adelantaba y cuando yo iniciaba la acción, ella ya estaba dentro..., y dos meses más tarde se había sacado el carné de conducir y yo no me había dado ni cuenta..., como tampoco me enteré de que tenía varias amigas, que fueron las que envenenaron nuestra relación... Azucena ya no era la misma, el mismo cuerpo, la misma cara, los mismos ojos, pero distinto movimiento, distinto gesto, distinta mirada, y jamás volvió a llamarme papá, me llamaba Ernesto, como todo el mundo... Las amigas la echaron a perder..., por eso le prohibí que las volviera a ver y le prohibí conducir coches y le exigí que me contara todo lo que hacía durante el día..., y se marchó hace unos meses a pasar unos días a casa de sus padres y aún no ha vuelto...

El tono de Ernesto era sentido, pero Pablo quería romper ese sentimiento nostálgico de un antiguo poder que se desvanecía en la realidad y empezó a aplaudir, y todos se sumaron. Pablo amainó con gestos la ovación y volvió a dirigirse al

respetable.

—Ernesto es generoso, amable, elegante, protector, educado y estoy seguro de que sería el hombre ideal para muchas mujeres. En el cuestionario, a la pregunta «¿Qué haces si llegáis tarde a una cita por culpa de ella?», ha contestado que él se echa la culpa delante de todo el mundo. Ernesto pertenece al prototipo del «machista caballero», da protección a cambio de dependencia. Pero hoy día eso no funciona, Ernesto, puede que la mujer admita la protección pero no la dependencia. Además, tú no lo haces por ella, sino por ti, te encanta que alguien dependa de ti, que no pueda hacer nada sin tu ayuda, te hacer sentir importante, te hace feliz, y deseas que cuando tú vuelvas a casa se alegre mucho de verte y que te lo agradezca con mimos el que la saques a pasear... ¡Ernesto, de verdad, cómprate un perro!, son más fieles, más agradecidos, tienen vocación de dependencia y les puedes decir las veces que tú quieras: «No tiene importancia». Pero hoy día, la relación tal y como tú la planteas es un fracaso para los dos, tú sólo eres feliz si ella depende de ti y ella no es feliz si depende de ti. Pero no te preocupes, te voy a presentar a Oscar, que ha pasado por lo mismo que tú y creo que su testimonio te va a servir de mucho. Oscar, por favor, ¿puedes venir?

Era un tipo peculiar, de unos cincuenta años, bajito, gordito, pelo rubio pero escaso, no camuflaba su alopecia, el gesto de la cara era una mueca semejante a una sonrisa permanente, era relajado, vestía una camisa y un pantalón, miraba a todo el mundo cuando le aplaudías, era un veterano. Chocó la mano con Ernesto, le miró transmitiéndole confianza y le dijo sin perder esa mueca de risa que le quitaba valor dramático a todo lo que decía.

—Entiendo lo que te pasa Ernesto, pero puedes salir de ésta.

Aquello no produjo ningún alivio en Ernesto pues su reticencia a «salir de ésta» era muy fuerte. Aún albergaba la esperanza de que «la señora de Gómez» se volviera razonable, como antes. Oscar continuó dirigiéndose a todos los asistentes.

—Yo era como Ernesto, un auténtico caballero; abría puertas, ponía sillas, mandaba flores. Mi mujer incluso se negó a que discutiéramos lo de sacarse el carné de conducir, y ya sabéis: ¡Oscar, llévame a este sitio; Oscar, llévame a este otro...!, mis hijas lo mismo, y yo no tenía tiempo para mí: ¿qué queréis? ¿Qué necesitáis? ¿Adónde vais? Hasta pensé en sacarme una licencia de taxi. Y todo ¿por qué?, porque las había educado para depender de mí, que era lo que más placer me daba. ¿Y qué recibía a cambio? Sí, cariño; gracias, cariño; lo que tú digas, cariño... Pero al final hacían lo que las daba la gana. Me enteré de que mi mujer llevaba años jugando al bingo porque me llamó el del banco diciéndome que qué hacía con el descubierto de la cuenta. Prohibí a mis hijas que llevaran "piercing" y sólo se los quitaban cuando llegaban a casa. ¿Lo entiendes, Ernesto? Somos unos primos. Pagamos las cuentas, abrimos las puertas, adquirimos todas y cada una de las responsabilidades, y cuando

la dices: «¡No me gustan tus amigas!» te contesta: «¡No te consiento que te metas en mi vida privada!». Por eso digo que hoy día ser machista caballero sólo tiene ventajas para ellas. Y en tu caso concreto es que tu mujer ha empezado a tomar decisiones y le ha cogido el gusto, y en este caso lo mejor que puedes hacer es lo que dice Pablo: «No hagas nada que tu mujer no te pida». Lo puede interpretar como un gesto de favor que un ser superior le hace a uno inferior. Es más, Ernesto, en el caso de que tu mujer te lo pida, pregúntala antes por qué no puede hacerlo ella. Y ya me dirás la cara que pone.

Oscar era una réplica de Pablo en gordito y calvete, brillante, peripatético, el público estaba encantado. Oscar representaba a un «casi curado». Su elocuencia era fruto de su experiencia, no tenía que inventarse nada, sólo recordar los pasos que había seguido para reconocer su estado anterior y evolucionar hasta su estado actual. La sala estaba muy atenta. Pablo se acercó hasta la barra y se quedó conmigo mientras Oscar seguía hablando con Ernesto.

—Escúchame bien, Ernesto, ¿tú te crees que tu mujer y la mía nos agradecen que estemos siempre pendientes de que no las falte de nada? ¡No! ¿Y sabes por qué? ¡Venga, Ernesto, piensa un poco!... Porque han descubierto que nos gusta..., y se dejan, es como un favor que nos hacen. ¡Te lo juro, Ernesto, un día vi la luz! Ayudé a una vecina, que por cierto estaba muy buena, a subir un montón de bolsas cargadas de productos de supermercado. Reconozco que si no hubiera estado tan buena a lo mejor no lo hubiera hecho, pero lo hice. Las bolsas pesaban un montón y aún así no consentí que ella cogiera ninguna. El ascensor no funcionaba y subí cuatro pisos cargado de bolsas. Al llegar a su casa las descargué en la cocina y la dije satisfecho de mi hazaña: «¡Si no llega a ser por mí...!». Y me contestó: «¡Hubiera sido por otro!». ¿Lo entiendes ahora, Ernesto? Nos han cogido el tranquilo, saben que nos gusta ser caballeros y se aprovechan, pero no te lo agradecen. ¡Somos unos primos! Hazme caso, Ernesto, tienes que conseguir que tu mujer se enamore de ti por lo que eres y no por lo que la ofreces.

La última frase la teatralizó como si recitara "Hamlet" y el público no pudo evitar aplaudirle la escena, más que por su contenido por la forma de expresarlo. ¡Pero de repente la puerta de la asociación se abrió! A Pablo le sorprendió porque no esperaba a nadie. Una mujer de casi cincuenta años, oronda, enojada, con vestido de marca, aunque puesto en ella tenía que mirar la etiqueta para afirmarlo, muy maquillada, muy teñida y muy peinada, logrando una combinación ridícula: el pelo de una mujer de veinticinco años alrededor de una cara de cincuenta. Hay caras de cincuenta que son extraordinariamente sexis, pero éste no era el caso. Entró como una tromba pegando gritos. La seguía un señor de más de cincuenta, alto, delgado, serio, servicial, de apoyo, con una cámara pequeña de fotos.

—¿Lo ves, Felipe...?! —gritaba la señora—. ¡Es una secta! ¡A mi marido lo ha

abducido una secta! ¿Saca fotos, Felipe, saca fotos! ¡Quiero fotos de todos!

Los hombres se volvieron a mirar, pero no reaccionaron. Pablo miraba a la mujer e inmediatamente giró la cabeza y miró a Oscar, que esperaba esa mirada a modo de pregunta. Oscar afirmó con la cabeza. Entendí. Era la mujer de Oscar. El tipo sacaba fotos. Uno de los contertulios se le acercó para indicarle que no sacara fotos y el tipo le enseñó una placa de policía. La mujer no dejó de chillar hasta que llegó al escenario.

—¡Saca fotos, Felipe! Sois una secta demoníaca, sois peor que la droga, sois unos envenenadores... ¿Qué le habéis hecho a mi marido?! ¡Le habéis lavado el cerebro! ¡Le habéis robado su carácter! ¡Su genio! ¡Su mala hostia! ¡Y a mí me gusta que mi marido tenga mala hostia! Mirad en qué lo habéis convertido.

Oscar miraba a su mujer con distancia, ajeno a la responsabilidad de las acciones de su esposa, y eso era un síntoma claro de libertad individual, lo cual irritaba más a su mujer, aunque lo que más la crispó fue esa permanente mueca de risa que ya no podía desdibujar de su rostro, y con vergüenza y autoridad exclamó:

—¡Y quita esa sonrisa de gilipollas, que estás haciendo el ridículo! ¡Devolvedme a mi marido! ¡Devolvédmelo como estaba o llamo a la policía!

La última frase la dijo mirando al tipo que vino con ella, que en ese momento sacaba una foto colectiva. Oscar miró a sus compañeros y, sin el más mínimo sentimiento de vergüenza, exclamó:

—Ella es así.

Pablo llegó al escenario y, con una extraordinaria habilidad, tomó la mano de la señora, la besó con elegancia, amplificó su sonrisa, y la dijo:

—Es un placer, señora. Soy Pablo, el director. Tenía ganas de conocerla. Oscar me ha hablado mucho de usted.

Si la música amansa a las fieras, las palabras de Pablo, por lo menos detuvieron la energía arrasadora de la mujer de Oscar, la cual se sintió desarmada y halagada con ese comportamiento. Pablo, sin soltarla la mano, continuó:

—Pero no es cierto que esto sea una secta, nadie retiene a su marido, está aquí por su propia voluntad. ¿No es así, Oscar?

—Así es, querida Fina, y no me pienso mover hasta que termine el tratamiento.

—¿Pero de qué tratamiento me hablas? —exclamó Fina, indignada—. ¡Te están amariconando! —Fina consiguió encenderse de nuevo—. ¡Pero mira cómo vas vestido! Con lo señor que vas tú con tu traje y tu corbata. Así nadie te puede respetar...

—Mejor —exclamó Oscar—. Estoy hasta los huevos de que me respeten.

—Pero, ¿qué le habéis hecho a mi marido?...

—Nada —intervino Pablo—, está dejando de ser machista.

—Pero ¿por qué? A mí me gusta que sea machista. ¿Qué tiene de malo el ser

machista? ¡El hombre tiene que ser machista! Y cuidar de su mujer y su familia. Y mi marido siempre ha sido el más machista de todos, y tenía el detalle de abrirme la puerta del coche o el coraje de poner los cojones encima de la mesa si era necesario, cuando alguien me faltaba al respeto. Y me gusta que me pongan en mi sitio, que ya sabéis cómo somos las mujeres, y me gusta que me mande, con buenos modales, pero que me mande, y que me diga lo que tengo que hacer... Pero ahora me lo pide todo «por favor», me dice «lo siento» treinta veces al día y, le diga lo que le diga, él me contesta: «muchas gracias». ¡Pero ¿donde se ha visto esto?! ¡Un hombre tan serio! Que le digo: «Hay que llamar al fontanero», y me dice: «Pues hazlo». ¿Qué le habéis hecho? ¡Está obligándome a sacarme el carné de conducir y a llevar las cuentas de la casa! ¡Eso siempre lo han hecho los hombres! ¿Por qué tenemos que hacerlo las mujeres? Porque cuatro frescas hablan de la liberación de la mujer... Pero ¿qué es la liberación de la mujer? ¿Que hagamos lo que nos dé la gana? ¡Pero si no sabemos ni lo que queremos! Y me dice que la mujer de hoy tiene que ser independiente, y yo le digo que cómo se puede ser independiente trabajando en casa, fuera de casa y teniendo niños. Eso no es ser independiente, eso es ser gilipollas. Además, quitan el trabajo a los hombres, que son los que deben trabajar.

Fina tenía mucho guardado y lo sacó en ese momento. Estaba dispuesta a lo que fuera para que su marido recuperara sus antiguas convicciones, su modo de tratarla. Fina no sentía desprecio por la ayuda. La encantaba. Su mundo se rompía. Se sentía como Adán cuando lo echaron del paraíso, es decir, su futuro de vida se iba a basar en su propio esfuerzo y eso la aterraba.

El resto de su vida tomando decisiones importantes, haciéndose responsable de temas trascendentes, adquiriendo obligaciones, responsabilidades. ¡Era mucho para su cerebro! Pero Oscar lo tenía claro. ¡Cortó con determinación a su mujer!

—¡Bueno, basta ya!

A Oscar le desapareció la sonrisa y su gesto intimidaba. Fina pasó del susto a la sensación de agrado. No sólo no la pareció una grosería sino que le miró con el deseo de esa acción fuera el primer síntoma de una mejoría en su conducta. Fina miró a Oscar con admiración. La duró poco. Oscar volvió a recuperar su mueca de risa y su calma anterior.

—Lo siento —exclamó con tono de arrepentimiento sincero—, no sé lo que me ha podido pasar.

—No tienes por qué disculparte. Es normal que te enojas, hablo mucho y alguien tiene que pararme.

Oscar cogió con sus manos la cara de Fina como si fueran adolescentes; su sonrisa dejó el carácter de mueca y se naturalizó. Su voz era decidida y romántica, sobre todo muy cariñosa.

—Escúchame, gordita, durante muchos años no te he respetado como ser

humano, he creído que eras incapaz de hacer nada tú sola, y eso es un error.

—No es un error.

—Sí, lo es cariño. Te he impuesto siempre mis criterios, no te he dado la oportunidad de expresar tus verdaderas opiniones, he elegido tu ropa, tus ideas, tus amigas, he escuchado tus conversaciones telefónicas, te he llamado la atención delante de todos, te he ocultado nuestra realidad económica o asuntos de mi trabajo, pero sobre todo te he secuestrado la capacidad para decidir por ti misma.

—Oscar, ¿qué te pasa? Me estás asustando.

—Soy un hombre nuevo, Fina, y quiero compartir todo lo que te he ocultado hasta ahora. Gano menos de lo que te crees, y esa es la razón por la que he puesto un tope a tu tarjeta de crédito. Y quiero que seas libre; por eso te he matriculado en la escuela de conducir, así no tendrás que depender de mí para que te lleve con el coche. Siempre he despreciado tu capacidad para organizarte; sin embargo, ahora estoy convencido de vas a llevar la administración de la casa mejor que nadie: repasar facturas, controlar bancos, recibos, comunidad, etc. ¡Y sé que lo vas a hacer de maravilla porque yo confío en ti! Y jamás volveré a llamarte la atención delante de nadie; tú eres tú y debo respetar tu comportamiento. En una palabra, cariño, vamos a compartir ideas, proyectos y esfuerzos. ¿Qué te parece?

Fina no quería creer lo que estaba oyendo, su gesto era de perplejidad absoluta; aún así, su mirada a Oscar tenía un componente de exculpación: él no era responsable de ese comportamiento. Se giró para dirigirse a todos los hombres de la sala. Los miró con desprecio sexista y exclamó:

—¡Sois todos una panda de maricones! ¡Vámonos, Felipe!

El tipo y Fina salieron del local dando un portazo. Un fuerte aplauso solidario cerró la intervención de Oscar, y en ese justo momento recibí por el teléfono móvil un mensaje de Natalia diciéndome que estaba en el restaurante esperándome. Salí corriendo.

Mientras me dirigía a mi coche llamé a Natalia y la conté que se me había pinchado la rueda, pero que llegaba enseguida. ¡No sé porqué la mentí! Podía haberla dicho la verdad, que estaba tan concentrado en la asociación que se me había pasado la hora. Pero no la podía decir eso, hubiera pensado que la relego a un segundo plano. Además, yo no sé mentir, estaba seguro de que me había pillado la mentira. Me sentí angustiado, nuestra relación era delicada; si Natalia descubría que la mentía no confiaría en mí... ¡Y yo necesitaba que confiara en mí! Vale, puede que fuera una pauta machista, pero la necesitaba. Me sentí mal por la demora, yo no me retraso nunca; llevaban media hora esperándome. ¡¿Cómo me ha podido pasar a mí esto?! Me disculpé de corazón.

—Siento mucho el retraso, Natalia. —De repente oigo unas carcajadas estruendosas—. ¡Natalia! —grité al móvil—. ¡Natalia...!

Entre risas volvió a atender mi llamada y me dijo:

—Perdona, Jorge, es que Patricia me ha contado una cosa tan graciosa que no he oído lo que me has dicho.

Me quedé atónito. Yo me estaba disculpando en serio y ella no me estaba haciendo caso. Me resultó humillante. Pensé en cortar la llamada y marcharme a casa, pero el que se estaba retrasando era yo y entendí que tenía que ser condescendiente. Tomé aire y la dije:

—Te estaba diciendo que siento mucho... —No pude terminar la frase, Patricia volvió a contarla algo y Natalia volvió a reírse, desatendiéndome por completo.

Apagué el móvil y me metí en el coche. El restaurante estaba en la otra parte de la ciudad. Mientras conducía pensé en los personajes de la asociación. No eran normales, eran exageraciones, yo no tenía nada que ver con ellos..., aunque algunos comportamientos pudieran parecer idénticos... Reconozco que se dijeron algunas cosas interesantes..., lo que dijo Luismi tenía sentido; más que entender a su mujer la interpretaba. ¡Pero también podían ser ellas un poquito más claras, joder, que no hay quien las entienda! Tenían razón en lo de «no dar nada que no te pidan». Natalia nunca valoraba lo que la daba si ella no me lo pedía, aunque últimamente no me pedía nada y eso me preocupaba. ¡Yo no era como Ernesto! Puede que coincidamos en algo pero... Sin embargo, estaba de acuerdo en lo negativo de no dar importancia a sus cosas; la frase «no tiene importancia» la tenía que suprimir en mi relación con Natalia. Eso sí me iba a venir bien, sólo tenía que escucharla, comprenderla, compartir su dolor, o lo que fuera, pero nunca: «no tiene importancia». Y lo de las amigas lo iba a poner en práctica, sería encantador y cómplice de todas ellas y la hablarían bien de mi a Natalia y... ¡¿Pero qué estaba diciendo?! Era un cretino, estaba pensando en caer bien a las amigas de mi mujer para que mi mujer me

aprobara. ¿Qué coño me estaba pasando? No sabía por qué, pero cada vez que salía de la asociación me entraba un complejo de culpabilidad que no entendía...

Llegué al restaurante y allí estaban ellas desternillándose de risa. Natalia me miraba sin dejar de reír. La luz que radiaba era impresionante. Me sentía muy celoso cuando tenía que compartir esa risa con más gente. Me besó con los labios húmedos de vino y volví a sentir el deseo de hacer el amor con ella en aquel mismo momento. La atiplada vos de Patricia rompió el embrujo.

—Hola, Jorge, ¿cómo estás?

Fui a besarla cordialmente pero ella me tendió la mano. Como yo no quería romper la inercia y dejar evidencia de lo incompatibles que éramos, choqué su mano con la mía como un hombre y la di dos besos. Ella se sintió incómoda. Yo estaba poniendo en práctica mis dores de encantador de amigas de mi mujer. Inicié el tema.

—¿Y qué tal...?

Dejaron de reírse y al unisono exclamaron:

—¡Bien! —Y volvieron a reírse.

Yo intenté forzar una sonrisa para estar a la altura, pero ésta no terminaba de salir; por una parte quería compartir aquella alegría, pero por otra me daba la impresión de que yo era la víctima de aquellas risas.

—¿De qué os reís? —pregunté.

—Déjalo —exclamó Natalia—, no lo entenderías.

—Inténtalo.

—Es que son cosas nuestras. Brindemos. —Me sirvió vino en una copa—. ¡Por mi vuelta al trabajo!

—Por cierto —la dije—, ¿cómo se llama la empresa?

—Es en la agencia de publicidad donde trabaja Patricia.

—¡Ah! Entonces ha sido Patricia la que...

—Las amigas estamos para eso —replicó Patricia.

Miré a Patricia intentando que no se me notara en la mirada el odio que la tenía. Creo que Natalia lo notó. Tomó la mano de Patricia; ambas me miraban, habían formado un bloque contra mí. Era una declaración de guerra. No perdí mi tono pacifista.

—Y exactamente ¿de qué es el trabajo?

—Secretaría de dirección.

—¿De quién?

—No le conoces, es un director comercial.

—Sí, bueno, pero..., cómo es..., qué es lo que vende, qué edad tiene, está casado...

Seguían cogidas de la mano. Natalia me anticipó con una mirada de estupefacción lo que me diría a continuación.

—¿De verdad te interesa todo eso?

—Sí, ¿por qué?

—No sé, Jorge, pensé que te interesaba más cómo me siento yo.

—Sí, sí, claro..., y ¿cómo te sientes?

—Ahora no lo sé, pero antes de que tú llegaras estaba estupenda.

—Si quieres, me voy.

No lo pensé, reaccioné impulsivamente con ego masculino a su desprecio soltándole un órdago de farol. Yo no me quería ir, pero si ella me decía que sí tendría que cumplir mi amenaza y sería terrible porque sólo a mí me haría daño. Me empañó la soberbia y Natalia no tenía otra salida, la había retado delante de su amiga y eso era muy peligroso, me di cuenta tarde. Que ironía, Patricia intervino y evitó mi derrota.

—Bueno, venga, te lo voy a explicar yo porque os veo un poco tensos. Natalia me llamó y me contó lo del trabajo. Hablé con Joaquín y dijo que podría empezar mañana, eso es todo.

—¿Quién es Joaquín?

—Su nuevo jefe...

Mi rostro se quedó esperando más detalles, esa respuesta era raquítica, insuficiente, yo quería saber más y Patricia lo entendió.

—Es un señor estupendo, inteligente, alto, guapo, culto, deportista, elegante... — Mi cara no podía resistir tantos adjetivos, necesitaba oír algún defecto de ese tal Joaquín pero la expresión admirativa de Patricia me hacía impensable esa posibilidad. Patricia continuó—. Tiene cincuenta años, está casado, tiene tres hijos..., y es mi amante.

Sonó la campana cuando ya estaba a punto del KO. Yo sabía que Patricia era una zorra, pero en este caso me alegraba de esa característica suya. Cambié el tercio para salir airoso de la situación dirigiéndome a Natalia, que aún me miraba aceptándome el reto anterior.

—¿Y cuánto te van a pagar?

Os juro que lo dije para salir de la situación, pero la pregunta no era la adecuada. Natalia me miró con más fiereza.

—No lo sé, pero eso es lo de menos.

La respuesta me pareció bastante ambigua, pero, ¡qué va!, era una forma sutil de decirme que no me metiera en sus asuntos. Había empezado mal, tenía que haberla preguntado por lo que sentía en esos momentos. Hacía tres años que no trabajaba y aunque usaba el ordenador en casa es posible que al principio la faltara práctica, es decir, tenía que haberla apoyado anímicamente, más que preguntar cuánto iba a ganar. Pero el mal ya estaba hecho. Me acordé de la asociación, yo quería velar por sus intereses cuando ella quería que velara por sus emociones. ¡Aún no estaba todo

perdido! Tenía la oportunidad de poner en práctica parte de la teorías de Pablo. Lo intenté.

—Lo siento, Natalia, no me he expresado bien, sólo quería dejar claro que eres una gran profesional, has trabajado para mí como secretaria y sinceramente conozco a muy pocas personas con tu alta cualificación, hablas tres idiomas correctamente, conoces todos los programas informáticos, controlas Internet. Eres muy potente, Natalia. Tú a lo mejor no te das cuenta, pero en tu profesión eres la mejor y puedes aspirar a lo más alto.

Patricia, que como ya hemos quedado es una zorra, me pilló la zorrería y me miraba escéptica, expectante. La verdad es que estuve muy convincente. A Natalia se la fue la cara de reto y estaba complacida. Tenía que habérselo dicho antes. ¡Qué jodido Pablo, qué talento tiene! Natalia me miró como hacía tiempo que no me miraba, soltó la mano de Patricia y me dijo:

—Gracias.

Pedimos la cena. Natalia la amenizó contándonos sus ilusiones y preocupaciones.

—Reconozco que estoy un poco nerviosa, pero sobre todo tengo un problema gravísimo: no sé qué ponerme mañana.

—Qué tonterías dices, eso no tiene importancia.

Natalia retiró con suavidad las manos, haciéndome entender que mi comentario no la había gustado nada. ¡Joder con las contradicciones! Me di cuenta enseguida, yo sólo quería quitarla preocupaciones, pero ella entendió que la había llamado tonta y que sus problemas no eran importantes. Y delante de su amiga. Volvieron a cogerse las manos. Volví a sentirme contrario. Pero ¿qué importancia tiene lo que se vaya a poner? Si dispone de varios armarios llenos de ropa. Lo único que tiene que hacer es elegir. ¡Eso ni es un problema ni es importante! ¡Joder, se estaba ahogando y yo sólo la había dicho que no se podía ahogar en un vaso de agua! Volví a pensar en Pablo: «Javier quiere tener razón y Luismi tener éxito». Yo quería tener las dos cosas, pero una de ellas anulaba a la otra. Distraje a mi ego masculino convenciéndole de que lo que iba a hacer era sólo un medio para conseguir un fin y volví a poner en práctica algunas de las enseñanzas de Pablo.

—Lo siento mucho, Natalia, tienes toda la razón, es muy importante cómo vas a ir vestida mañana. Es tu primer día, tus compañeros formarán una opinión de ti, es necesario que elijas bien lo que vayas a ponerte y entiendo tu preocupación.

La zorra de Patricia volvió a mirarme como antes pero yo estaba dispuesto a cerrar con broche de oro mi intervención.

—Y si le he quitado importancia al hecho es porque te doy mucha importancia a ti: tienes un gusto exquisito para combinar tu vestuario, el pelo te queda mucho mejor cuando te lo haces tú que en la peluquería, eres muy elegante, pero sobre todo, Natalia, eres muy hermosa. Para mí eres la mujer más hermosa del mundo. Y siento

mucho que te haya molestado lo que te he dicho.

Natalia volvió a soltar la mano de su amiga y a tomar las mías. ¡Qué jodido Pablo! Me volvió a mirar complacida y exclamó:

—No tiene importancia.

—¿Lo ves? Tú también lo has dicho: no tiene importancia.

Los dos sonreímos. Terminamos de cenar. Natalia estaba satisfecha. Todo estaba en orden, empezaba a trabajar mañana y yo estaba de acuerdo. Pero ¿yo estaba de acuerdo? ¡No! Sentía que Natalia se alejaba de mi influencia y cada vez que agarraba la mano de Patricia me daba a entender que podía apoyarse en otras personas. Me irritaba aquel apoyo. ¿Por qué no se apoyaba en mí? ¿Por qué había tenido que pedir trabajo a Patricia cuando se lo podía haber conseguido yo? Estábamos al final de la velada y había que atacar. Recordé a Luismi: «Conocimiento de una realidad y estrategia para afrontarla». Aproveché que nos habían traído unos licores fríos y brindamos.

—Por ti, cariño, y por tu nuevo trabajo. —Bebimos—. La verdad es que aún no me he hecho a la idea. Tú vas a entrara las ocho y yo entro a las nueve; quiero decir que tienes que levantarte una hora antes que yo...

—Mejor para ti, así te dejo el desayuno preparado.

—Sí, claro, pero no es eso. A veces salimos por la noche, y si tienes que levantarte antes deberás acostarte antes... No sé, tendré que acostumbrarme.

—Puedes levantarte conmigo y usar esa hora en el gimnasio, que ya te va haciendo falta...

—Sí, pero yo salgo a comer a las dos y vuelvo a las tres, que es cuando tu terminas de trabajar. No podremos comer juntos entre semana.

—Sí, claro, pero eso se puede arreglar...

—¿Cómo?

—Supongo que tendrás que comer cerca de tu despacho...

—¿Solo?

—O con alguien de tu empresa. A veces comes con clientes...

—No sé, Natalia. Además, es que es tan precipitado... Si pudieras empezar la semana que viene...

Intervino Patricia sin ningún pudor:

—Imposible, tiene que empezar mañana mismo o hay otras tres candidatas para hacerlo.

—No puede ser, cariño —argumentó Natalia—. Además, ya lo tengo decidido.

—Lo sé, Natalia, pero es que nos va a cambiar mucho la vida y no sé...

—Necesito trabajar, Jorge, no soporto estar en casa esperándote. Quiero tener relaciones profesionales con más gente.

—Lo entiendo y lo comparto. Yo pensaba... en fin, ya sabemos que no es

importante el dinero, pero ¿te acuerdas de Francisco? El que tiene negocios con los árabes. No sé, tu hablas inglés correctamente y él necesita una secretaria de alta dirección, y yo había pensado en hablar con él. No sé lo que te van a pagar en esa empresa, pero sí tengo claro que mucho menos de lo que puedes ganar con Francisco. Además, tiene las oficinas al lado de la mía y podríamos comer juntos todos los días y creo que el horario es el mismo...

—Cariño, de verdad que te lo agradezco, pero quiero hacer algo por mí misma.

—Sí, sí, claro, yo sólo te haría el contacto, tú hablarías con él de todos los detalles...

—No lo entiendes, Jorge, quiero hacer algo en lo que tú no intervengas.

Esa frase me desconectó de la asociación y de toda su filosofía. Pensé por mí mismo. ¿Por qué no admite mi ayuda y permite la de su amiga? Yo la estaba ofreciendo un trabajo mejor que encajaba con nuestra cotidianidad, pero ella se negaba a que yo la ayudara y aceptaba el apoyo de Patricia. ¿Por qué? Fue imposible resistir no hacerla la pregunta.

—¿Y Patricia sí puede intervenir?

—Es distinto, Patricia es mi amiga.

—Y yo soy tu marido..., bueno, tu pareja, y puestos a recibir ofertas de trabajo ¿qué más da quién te las ofrezca? Lo importante es que elijas la mejor. Y la empresa de Francisco es una multinacional muy importante.

—¿Estás insinuando —intervino incómoda Patricia— que trabajo en una empresa de mierda?

—No me malinterpretes, Patricia, sólo quiero lo mejor para Natalia.

—Pues a mí me da la impresión de que lo que quieres es controlarla.

—¿Pero cómo puedes decir eso?

—Por que te veo venir, Jorge. Tú no quieres que Natalia trabaje para nadie para no perder tu influencia sobre ella y que haga todo lo que tú quieras.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—La verdad, Jorge. No permites que Natalia haga nada que tú no controles.

—Eso no es cierto, y aunque lo fuera prefiero controlarla yo a que la controles tú.

—¡A mí no me controla nadie! —intervino Natalia.

—Entonces ¿por qué haces lo que te dice ella y no lo que te digo yo?

—Fui yo la que llamé a Patricia para pedirle ayuda, me encontraba muy mal y necesitaba a alguien para contárselo.

—¿Has contado nuestros problemas a Patricia?

—Ella me entiende, me acepta como soy y me apoya.

—¿Y yo no lo hago?

—No es lo mismo, Jorge. Yo te quiero, pero necesito hacer cosas en las que tú no estés.

—Eso no puede ser, Natalia, yo te amo y necesito estar en todo lo que tú haces.

—¡Te lo dije, Natalia! —dijo con determinación Patricia—. Jorge es de ideas fijas y no lo vas a poder cambiar.

—¿Y por qué me va a cambiar? —exclamé con bastante soberbia—. ¿Qué pasa? ¿Que porque a ti no te gusto tampoco la tengo que gustar a ella?

—No digas tonterías.

—Tú eres la que dice tonterías. ¿Qué pretendes hacer con Natalia? ¿Presentarle a alguno de tus jefecillos para que se hagan amantes? O llevarla a vivir contigo para que alivie tu soledad cuando el tal Joaquín está con su familia.

—¡Basta ya, Jorge! —intervino Natalia—. Estás ofendiendo a Patricia.

—Déjalo, cariño —dijo con suficiencia Patricia—, está celoso.

—Pero, bueno —dije mirando a Natalia—, esta tía es gilipollas.

—¿Que no insultes a mi amiga!

—Pero ¿cómo puede decir esa imbecilidad?

—Eres un machista, Jorge, no soportas que Natalia vea otro mundo que no sea el tuyo, te gusta que gire a tu alrededor como si fueras un sol y ella quiere hacer cosas por sí misma, es una persona y tiene derecho a la libertad individual.

Seguían cogidas de las manos y yo ya no tenía ningún reparo en decir todo lo que pensaba.

—Eres una demagoga y una manipuladora y te sientes frustrada en tu relación con los hombres, y tu única obsesión es destruir las parejas que funcionan. Tu no eres un ejemplo para nadie y no siento celos de ti, lo que siento es asco...

Natalia iba a intervenir, pero un gesto de Patricia se lo impidió. Yo había quemado mis naves, sólo me quedaba conocer el resultado final de esta contienda. Miraba a Natalia pero ella miraba a Patricia. Me temía lo peor, pero mi ego masculino prefería una derrota digna a una victoria con un montón de condiciones.

—Natalia —la dije, ella volvió muy despacio su cara hacia mí, su gesto era severo—, cuando quieras nos vamos a casa.

Me miró a los ojos; hacía tiempo que no lo hacía, tenía una mirada ajena de cariño. Mantuvo varios segundos la mirada en completo silencio, después la apartó y volvió a mirar a su amiga mientras me decía:

—Voy a dormir a casa de Patricia.

Ya lo dijo un jugador profesional de poker: jugar y perder, pagar y callar. Llamé al camarero:

—¡Por favor, la cuenta!

El camarero me miró como se mira a alguien que ignora algo que tú sabes y exclamó señalando a Patricia:

—Ya ha pagado la señorita.

No sabía como marcharme, ni siquiera podía pagar la cuenta. Me parecía

humillante, estaba con dos mujeres, lo lógico es que hubiera pagado yo, me hubiera sentido mucho mejor. Ambas formaban un enorme bloque de poder. Me tenía que marchar, pero ¿cómo? ¿Diciendo sencillamente «adiós» y largándome? ¿Besaba a Natalia? ¿Y si apartaba la cara? No podría soportar otra derrota.

Me levanté muy tranquilo, mi actitud era la de un vencido que prefería morir a ser prisionero, me di la vuelta y, cuando estaba a punto de dirigirme a la puerta de salida, me volví a Natalia y la dije:

—¿Nos vemos mañana?

Me miró sin tanta frialdad pero sin apego, me sonrió con la cordialidad de los vencedores y me dijo:

—Nos llamamos, ¿vale?

Me marché a casa. No pude dormir. Me pasé toda la noche esperando que Natalia me llamara y me dijera que se lo había pensado mejor..., o simplemente oír su voz. La echaba de menos.

Al día siguiente dije en el trabajo que tenía médico por la tarde y a las tres en punto esperaba a Natalia a la salida de su trabajo. Quería pedirla que se casara conmigo. Lo tenía claro, Natalia era la mujer de mi vida, la quería, estaba enamorado de ella y empezaba a no entender la vida sin su presencia. Compraríamos una nueva casa y ella se encargaría de decorarla. Natalia tenía mucho estilo, y tendríamos un hijo o más, y se la olvidaría lo del trabajo porque estaría ocupada todo el día, y viajaríamos, sí, quería viajar con Natalia y enseñarla el mundo, y formar una familia con ella. ¡Quería tener una familia! La primera en salir fue Patricia que, nada más verme, volvió para decírselo a Natalia que salía a continuación de varios y varias compañeras. Natalia sonreía y yo seguía sin poder soportar que otros compartieran aquella delicia. Natalia me miró y la sonrisa desapareció. Lo entendía, no sabía lo que iba a decirle y estaría pensando que estaría empeñado en que dejara el trabajo. Estaba claro que si nos casábamos tendría que dejarlo, pero no era esa la cuestión. Me dirigí a ella con gesto de bandera blanca en mi cara para que fuera ganando confianza, pero al llegar un compañero la estaba contando algo y me hizo un gesto con la mano para que me detuviera. Esperé. Fue el minuto más largo de mi vida. Después se acercó y, antes de que llegara la dije:

—Te invito a comer, tengo algo importante que contarte.

—Lo siento, pero no puedo, he quedado a comer con estos compañeros. Tendrías que haberme llamado al móvil.

—Quería darte una sorpresa.

—Ya, pero no puedo. Otro día, ¿vale? ¡Llámame!

Volvió al grupo y empezaron a caminar. Patricia me miró. Me entraron ganas de darla un puñetazo... Me fui al restaurante donde solía comer Pablo.

—Sinceramente, Jorge —me dijo Pablo después de escuchar todo el relato—, eres

más bruto que Juanjo, y en ti es más grave, porque tú eres inteligente, aunque en este momento tengo mis dudas sobre esa apreciación.

El apetito de Pablo era envidiable, se había comido media docena de croquetas, se estaba metiendo en el cuerpo media ración de callos y aún faltaba el entrecot. No me parecía envidiable por la cantidad, sino por el gusto que engullía esas exquisiteces que a mí me resultaban asquerosas en aquellos momentos. Tenía mal sabor de boca y me dolía el estómago, creo que de irritación y frustración. El vino me aliviaba un poco, pero las palabras de Pablo le quitaban su delicioso efecto embriagador.

—No es que te enfrentes a una amiga de tu mujer, te enfrentas a ella, por que ella es la que ha elegido a esa amiga, y si tú dices que su amiga es idiota la estás diciendo que ella es idiota por elegir a una amiga como idiota, y defenderá a la amiga aunque ésta sea idiota porque la ha elegido ella sin tu aprobación, la cual no la interesa para nada. Y tu ayuda menos.

—Eso es lo que no entiendo.

—Se ha tocado estos días en las terapias, Jorge, lo que pasa es que tú te crees distinto a todos ellos y piensas que no va contigo.

—¡Joder, Pablo, no me hundas!

—Voy a intentar explicártelo de otra manera. Eres distinto a todos ellos, pero compartís ciertas pautas de comportamiento. Conozco a políticos de distintos partidos que son seguidores del mismo club de fútbol. Y, claro, al compartir pautas tenéis que compartir tratamiento, y es el mismo para ti que para Luismi, sólo que él lo sigue y tú no.

—Lo siento, Pablo, no sé mentir.

Pablo empezó con el entrecot, nada le hacía perder ni su apetito ni su gusto, ni siquiera lo que yo acababa de decir. Se limpió los labios con parsimonia, bebió de la copa de vino, volvió a limpiarse los labios con la servilleta y de nuevo se dirigió a mí.

—¿Tú crees que mi método se basa en enseñar a los hombres en mentir a las mujeres? O eres un ingenuo o eres un cínico; el hombre sabe mentir por sí mismo. ¿Intento psicoanalizarlos para ayudarlos a salir de una depresión? Negativo, eso es una labor de psicólogos. ¿Hago de psiquiatra? No, aquí no hay patologías de trastornos mentales y la agresividad o violencia que ejercen algunos de los que vienen a la asociación no la practican por un trastorno mental sino por un defecto cultural que les ha hecho creer que ellos tienen la última palabra o la primera hostia. No es justificable, pero la mayoría cambian su comportamiento cuando entienden lo negativo del mismo, o cuando ellas los abandonan —por esa conducta, pero aquí no vienen maltratadores patológicos o asesinos, no es su sitio, yo no los podría ayudar; aquí sólo vienen machistas que, a pesar de su reticencia, desean inconscientemente cambiar y necesitan claves para hacerlo. Tampoco soy un consejero matrimonial que ayude a la pareja a vivir en armonía. Yo sólo soy un estudioso del nuevo

comportamiento de la mujer y trato de compartir con otros hombres esa información. No se trata de mentir, Jorge, sino de entender que una pareja se compone de dos individuos y donde no vale la imposición, sino la negociación, y ésta consiste en un intercambio de intereses físicos, emocionales y sociales. Natalia y tú sois dos universos que pueden ir de la mano, pero tú desprecias el suyo y eso desequilibra la relación.

Pablo siguió comiendo y yo volvía a beber. Teóricamente estaba de acuerdo con él, pero Pablo desconocía los detalles. Patricia era una manipuladora, me odiaba y su influencia era negativa para Natalia.

No era que no me importase su universo, era que...

Volví a beber, no podía con el conflicto, necesitaba la evasión...

A las cinco en punto se inició la nueva sesión de terapia. El local estaba repleto, había gente nueva que sentía curiosidad por los comentarios que les habían hecho sus amigos concurrentes. Al no haber suficientes sillas la mayoría de los nuevos estaban de pie. El ambiente era de mucha expectación. Pablo subió al escenario. Le dedicaron un aplauso de admiración.

—Gracias, amigos. Veo gente nueva y eso me agrada. Algunos habéis venido por el interés y otros por el morbo. Unos saldréis de aquí con una conciencia nueva de relación de pareja y otros pensando que somos unas nenazas. No importa, podéis pensar lo que queráis. Si algo de lo que vais a oír os interesa, estupendo, y si no, también estupendo. Y por si os sirve de algo, quisiera señalar que hemos normalizado muchas barbaridades en nuestro comportamiento que sólo se descubren cuando entran en contradicción. Hay personas que juran convencidas que no son xenófobas y sin embargo siguen diciendo: «Vas echo un gitano», «Trabajo como un negro», «Cuidado con los moros, que conducen muy mal». Es igual con el machismo: hemos normalizado expresiones que son machistas, en la práctica no hemos podido desprendernos de esa cultura que se expresa subconscientemente a través del lenguaje.

Pablo había logrado de nuevo el interés, seguía siendo un líder como cuando éramos adolescentes. Los nuevos miraban expectantes, unos con voluntad de luz y otros amurallados en sus convicciones, pero con una rendija abierta, aunque catalizadora, para recibir una información que les pudiera servir para entender y aceptar ciertas modificaciones en su comportamiento; es decir, tolerar algunas de las reivindicaciones de la mujer siempre que éstas fuesen razonables, o sencillamente constatar que las mujeres «están de la cabeza» y reforzar su idea de que la cultura superior es la del hombre. Los nuevos no conocían a Pablo, pero el resto ya sabíamos que era arrollador. Siempre empezaba suave, con el propósito de romperles sus defensas a través de denunciar anomalías en el comportamiento, fáciles de digerir. «¡Es verdad!», comentaban algunos, sorprendidos ante el ejemplo de la xenofobia en el lenguaje. Pero eso era sólo el principio. La atención era íntegra.

—Si queremos entender a las mujeres tenemos que saber qué piensan de nosotros. Ayer tuvimos una oportunidad con la espontánea aparición de la mujer de Oscar. Ya sabemos qué modelo de hombre la gusta. Hoy os tengo preparada una sorpresa. He invitado a una amiga mía a venir a charlar con nosotros. —Pablo sacó su teléfono móvil y empezó a marcar unos números—. Se llama Cristina, es profesora de Lengua y milita activamente en una organización feminista. —Activó la llamada y tras unos segundos exclamó—: Ya puedes pasar.

Inmediatamente después se abrió la puerta de la asociación. Todos giraron la

cabeza. Era Cristina una mujer de treinta y pocos años, menuda y fibrosa, muy guapa, de una belleza fuerte, segura, femenina, pero sin provocar protección; pantalones vaqueros ajustados, zapatillas deportivas y una chaquetilla muy graciosa de diseño; el pelo la caía hasta medio cuello, como una melena de león, dándola un volumen superior a su cabeza; sus ojos eran seguros, penetrantes y defensivos, rápidos. Entró muy segura y se dirigió hacia Pablo, que empezó a aplaudirla. Muchos le siguieron. Algunos por inercia, otros con ironía y la mayoría porque la presencia física de Cristina en un lugar lleno de hombres era muy excitante. Pablo y Cristina se besaron. Pablo inició el tema.

—He invitado a Cristina para que nos hable de ese machismo en el lenguaje que os he comentado. No quiero que esto sea un discurso, por lo tanto podéis intervenir en cada momento con preguntas o con vuestras opiniones si no estáis de acuerdo con lo que plantea Cristina. Lo que sí os pido es que seamos elegantes en la discusión y no entremos en el campo del insulto, que es muy desagradable y no conduce a nada. Cuando quieras, Cristina.

Pablo acercó a Cristina un taburete y ésta se sentó. Después nos miró como si fuéramos prototipos prehistóricos y se dirigió a nosotros con bastante suficiencia. Pablo advirtió que no sería un discurso, pero creo que Cristina no lo escuchó. Empezó muy fuerte.

—El machismo es como el terrorismo de Estado, que se mantiene en el poder a través del miedo y la amenaza. Y no estoy de acuerdo con Pablo en que el machismo se cura mediante terapias. La única forma de acabar con el machismo es extirpándolo directamente de la cultura, y para eso hacen falta leyes que corrijan las desigualdades entre hombres y mujeres, que el hombre voluntariamente nunca permitirá si sigue en el poder. Por eso, las mujeres progresistas no tratamos de convencer al hombre de esa desigualdad crónica; es inútil. Nuestra lucha va dirigida a ocupar esos puestos en el poder que nos permitan cambiar las reglas del juego, empezando en las guarderías, en los colegios, en la educación de las niñas y niños, prohibiendo los juguetes sexistas, acabar con que a las niñas se les regalen muñecas para perpetuar que la mujer es una paridora y sólo se las prepare para tener hijos y cuidarlos. ¿Por qué no se les regala muñecos a los niños y no se les enseña a cambiarles los pañales, darles el biberón o bañarlos? ¿Por qué se regala cocinitas de juguete a las niñas? Para indicarles desde pequeñas que su verdadero sitio en la casa será la cocina. Y a los niños se les regala armas, tanques, coches o juegos de ordenador para pilotar virtualmente un avión, es decir, el mensaje que reciben desde la infancia es que la mujer sólo debe realizar labores de intendencia y que el hombre está destinado a misiones mucho más importantes en el futuro. ¡Y eso tiene que acabar!

Una voz, grave, potente y provocadora estalló al fondo de la sala.

—¡Eso es una gilipollez!

Cristina buscó con la mirada al autor del impropio, pero Pablo actuó con mucha más rapidez dirigiéndose al conjunto de asistentes:

—Las discrepancias no se resuelven con insultos ni descalificaciones, por lo tanto ruego a las personas que no sean capaces de respetar las opiniones de los demás que abandonen en este mismo momento la sala.

Se levanto León, un hombre de cincuenta años, alto y fuerte. Su presencia imponía y la resonancia de su voz cavernosa y ronca, producto de unas cuerdas vocales regadas con asiduidad por el alcohol, provocaba una cierta intimidación en la concurrencia. Más a los hombres, porque Cristina mantenía su permisividad hacia León, que salió de la fila para distinguirse y concentrar la atención.

—Si tengo que escuchar tonterías y no puedo responder a ellas, prefiero marcharme.

—Puedes responder a lo que tú quieras —exclamó Pablo—, pero sin insultos.

—Ella no hace más que insultarnos desde que ha comenzado a hablar. Nos está llamando enfermos terminales y su rollo sobre la educación de los niños es del siglo pasado. Mi hija, que tiene veinticinco años, jugaba con muñecas de pequeña, y hoy día es sargento de la Guardia Civil, y mi hijo de veinticuatro, que se ha pasado toda su infancia jugando al fútbol, acaba de montar con un primo suyo una mercería, y ni mi hija es lesbiana ni mi hijo maricón.

—No deja de ser —intervino Cristina— la excepción que confirma la regla de esa discriminación sexista porque la mayoría de las jóvenes tienen dificultades para cambiar ese rol, y conozco a muchas madres que han abandonado sus estudios o trabajos porque no podían soportar el complejo de culpabilidad que las suponía el no atender personalmente a sus hijos pequeños o no llevar la responsabilidad del hogar. Y eso es consecuencia de una cultura machista que, insisto, hay que erradicar por la vía de la extirpación; es decir, con leyes penales que corrijan esas diferencias. El hombre en general es machista y no dejará de serlo porque entienda que es injusto; dejará de serlo cuando el machismo sea un delito que conlleve penas de cárcel para el que lo practique.

Cristina consiguió soliviantar a la concurrencia; murmullos altisonantes y algunos silbidos delataban la agresividad del discurso. Pablo sonrió al tiempo que movía sus brazos pidiendo calma.

—León, te ruego que no te marches, y a todos vosotros os pido que escuchéis a Cristina sin juzgarla. Puede que no os guste lo que os diga pero es su opinión y la de otras mujeres, y es sincera. Escuchad lo que piensa de nosotros, aunque sea muy distinto de lo que pensamos de nosotros mismos. Es una gran oportunidad, pero si la interrumpimos con insultos o críticas pueden pasar dos cosas: que Cristina note mucha agresividad y se reprima, es decir, diga sólo parte de lo que piensa, o que, por el contrario, esa agresividad la provoque más agresividad y exagere en la forma de

todos sus contenidos. La única opción que tenemos para demostrar a Cristina que estas terapias que estamos haciendo son positivas es escucharla muy atentamente hasta el final. El reproche más común de las mujeres es que los hombres no las escuchamos. Por favor, León, siéntate y, cuando termine Cristina, vienes aquí y nos das tu opinión.

Cristina no cambiaba su gesto, defensiva y alerta a cualquier ataque. León se sentó y Pablo se dirigió a Cristina.

—De todos los modos, Cristina, creí que sólo ibas a hablar del tema que comentamos.

—Sí, pero antes quería introducir algunos datos.

—Ya, pero intentamos agilizar estas reuniones y, si no te importa, ve directamente al tema del machismo en el lenguaje.

—Perdona, pero es importante hacer una introducción.

—Lo entiendo, Cristina, pero si se hace larga al final resultará un...

—¿Coñazo?

—Pero lo ibas a decir... No importa; Pablo; esto es lo quiero demostrar: que el machismo está impuesto en el cerebro, e incluso tú, que eres uno de los hombres menos machistas que conozco, has caído en esa contradicción.

Pablo se declaró vencido a través de una sonrisa de aceptación total y esa actitud reforzaba su teoría de que nunca se deja de ser machista del todo. Empezó a aplaudir a Cristina. Nadie le secundó, pero él aplaudía con golpes espaciados y contundentes al tiempo que movía la cabeza confirmando y delatando su desliz. El resto aún no entendía nada, habían usado esa palabra miles de veces y no se sentían más o menos machistas por utilizarla. Pablo se apartaba lentamente del espacio escénico, pero Cristina le retuvo.

—Espera, no te vayas, esa palabra nos puede servir de punto de partida. ¿Por qué si alguien nos aburre es un coñazo, y si nos divierte es cojonudo? Eso es discriminación sexista latente porque la usamos con normalidad. Coñazo tiene un origen claro en el sexo femenino y cojonudo en el masculino, y con estas expresiones, subconscientemente, estamos dándole valor a lo masculino y quitándoselo a lo femenino. Y pasa con las profesiones. Si hablo del Cuerpo de Bomberos suena a importante, pero si dijéramos Cuerpo de Bomberas daría pie al chiste machista, y si decimos «eres un portero» entendemos que se trata de un profesional que atiende la portería de un edificio pero si decimos «eres una portera», lo asociamos directamente con el cotilleo. ¿O por qué decimos «la médico» y no «la médica», o «la piloto» en vez de «la pilota», o «la juez» y no «la jueza»?

—Pues igual que decimos «el policía» y no «el policío».

Una pequeña traca de risas individuales sonorizó el ambiente por parte de los asistentes que volvían a encontrar en Pablo un aliado. A Cristina no sólo no la hizo

gracia sino que la enfureció.

—Perdona, Pablo, pero me parece un chiste malo y a destiempo.

—Lo siento, Cristina, no era mi intención. Sólo intentaba mencionar un dato que no estabas mencionando. Hay nombres que son comunes a los dos sexos.

—La mayoría masculinos, pero no te quedes en la anécdota, Pablo, hay palabras que no significan lo mismo en un hombre o en una mujer. «Golfo» es una palabra hasta simpática: «es un golfo encantador», «¡pero qué golfo eres!». La mayoría de los hombres la usan con admiración y a veces con envidia. Pero si decimos «eres una golfa» cambia totalmente su sentido. Si un hombre «echa una canita al aire» es un golfo, pero si «la canita» la echa una mujer es una guarra tirando a puta, que tampoco es igual en masculino, porque no se dice «puto» sino «gigoló». O ¿porqué decimos con normalidad que un ministro es un «hombre público» pero si es ministra no podemos decir «mujer pública», porque suena a «puta»? Pero voy a llegar más lejos, hay que cambiar la mentalidad social. La infidelidad masculina está aceptada o, por lo menos, disculpada. Muchos hombres se jactan de la cantidad de veces que su mujer le ha perdonado una infidelidad argumentando una necesidad fisiológica que los empuja a ello. Pero ¿qué os creéis? ¿Que las mujeres no sentimos ese mismo deseo? No lo hacemos porque tenemos un sentido más concreto de la fidelidad y antaño nos lo impedía el hecho de que la propia infidelidad producía un riesgo real de embarazo. Hoy día ya no existe ese riesgo, pero el hombre ha normalizado su infidelidad como un pecadillo intrascendente y a criminalizado la infidelidad de la mujer.

Volvieron a restaurarse los murmullos de desaprobación, pero Cristina no sólo no se amedrentó sino que los provocó mucho más.

—Si realmente sois sinceros, decidme quienes de vosotros habéis sido infieles a vuestras mujeres por lo menos una vez en la vida.

No se inmutó nadie, o quizá nadie quería ser el primero. Lo que Cristina tenía claro es que mentían por omisión. Se produjo un largo silencio que Cristina aprovechó para sonreír irónicamente, dándonos a entender que éramos unos cínicos. Pablo tomó de nuevo la iniciativa con el propósito de que el tema no se quebrara en ese momento por falta de colaboración.

—Está bien, voy a plantearos la pregunta de otra manera: ¿quién de vosotros jamás ha engañado a su mujer?

Algunos brazos empezaron a alzarse y en unos segundos la mitad de la sala los tenía levantados. Pero a Cristina eso no la convencía, y soltó una pequeña risotada irónica expresando incredulidad ante tal desfachatez.

—Bajad las manos —exclamó Cristina—. Cuando digo infidelidad me refiero al hecho de estar casado o viviendo en pareja y tener relaciones sexuales con otra mujer, es decir, que «el irse de putas» no solo es una infidelidad, sino que estás usando para

tu propio placer parte del presupuesto familiar, que en muchos casos afecta a la atención económica de los niños.

La mayoría fue bajando la mano, pero León se levantó indignado.

—¡Esto que acabas de decir es otra gilipollez y yo me marchó porque no estoy dispuesto a aguantar más sandeces! ¡Lo siento, Pablo, pero tu amiga se acaba de pasar cantidad!

La tensión era total. Cristina pretendía sin anestesia, destrozarse cualquier argumento en los que se basaba la mayoría para justificar sus relaciones con prostitutas, y, claro, no lo podían consentir. La mayoría miraba a León como a un paladín de su causa, el gladiador que va a defender su comportamiento. Eran casi todos contra una, León tenía ganas de guerra y Cristina no pensaba ceder ni un milímetro de terreno. Si León se marchaba era posible que la mayoría se fuera con él y el experimento de Pablo sería un fracaso, pero si se quedaba, la tensión iba a aumentar muchísimo y se iban a oír cosas muy fuertes. El gesto de Pablo era grave y me hizo temer que mis sospechas eran fundadas. León salía de la fila muy irritado, mascullando expresiones de sentimientos ofendidos. Cuando llegó al pasillo dispuesto a marcharse a la calle Pablo le detuvo con la voz.

—Entiendo que te marches, León..., pero siento que lo hagas. Y te juro que no lo siento por mí, sino por tus compañeros. Ha surgido algo importante en este momento, una discrepancia radical entre tú y Cristina, pero aquí no se trata de juzgar o elegir a nadie. Para mí, tu opinión es tan importante como la de Cristina y me gustaría que ambas entraran en debate porque a los demás nos puede servir para sacar conclusiones y conformar una opinión personal sobre el tema. A mí me gustaría, León, que te acercaras hasta nosotros y que expresaras, con la libertad con que lo ha hecho Cristina, tus opiniones, que para todos nosotros son muy importantes.

León estaba muy irritado y movía la cabeza negando la aceptación a participar. Pablo inició un aplauso que contagió al resto y acabó siendo rotundo. Le estaban pidiendo de esa manera que no se marchara, entre otras cosas porque ninguno de ellos se iba a atrever a entrar en el cuerpo a cuerpo con Cristina en ese tema y tampoco estaban dispuestos a perder un combate de esa categoría. De los aplausos pasaron a las frases, de aliento unas y de protección otras: «Dala duro»; «¡Por favor, no nos dejes solos!». León, creo que por primera vez en su vida se sintió un líder por aclamación popular en lugar de por imposición personal. Los miró con satisfacción y se dirigió al escenario. El aplauso fue más fuerte de los que ya había oído anteriormente. Pablo volvió a tomar la palabra:

—Gracias, León, sólo te pido que argumentes tus opiniones sin tan siquiera rozar el insulto.

—¡Un momento, Pablo! Yo, si vengo aquí, es para hablar como yo hablo. Si no, cojo la puerta y me voy. Yo a esta señorita no la he insultado, yo lo que he dicho es

que lo que ella ha dicho es una gilipollez, pero no la estoy llamando gilipollas, sólo que lo que ha dicho es una gilipollez.

—Vamos a ver, León, lo único que te pido es que seas un poco más elegante.

—¡No te preocupes, Pablo! —intervino Cristina—. Estoy acostumbrada a oír groserías mayores y te juro que no me afectan. Los machistas usan esas expresiones para atemorizar a sus mujeres, entienden que ese lenguaje agresivo precede a una situación violenta, y se callan y no contestan.

A pesar de la forma, los argumentos de Cristina eran razonables, pero en el caso de León su agresividad se amplificaba por el tono grave y cazallero de su voz. Hasta yo me intimidé cuando me lo presentó Pablo, y sólo me dijo: «Encantado de conocerte». Un «te quiero» en voz de León puede sonar a amenaza.

—Vamos a ver una cosa... —dijo León—. ¿Tú cómo te llamas, que no me acuerdo?

—Cristina —respondió Pablo.

—No, si ya sabía yo que te conocía. Te vi en la tele en un programa de ésos... diciendo esto mismo que estás diciendo aquí, y tú tienes que ser más responsable con lo que hablas, porque hay gente que te escucha y se cree todo lo que dices...

—Porque es verdad.

—Es mentira, y por tu culpa estuvimos mi mujer y yo discutiendo cuando vimos el programa, y por tu culpa llevamos varios meses sin hablarnos, porque si un tío se va de putas no está engañando a su mujer...

—¿Me estás hablando de ti?

—¿Qué? Sí, claro, y de muchos otros.

—¿Qué dices a tu ujer cuando te vas de putas?

—¿Qué...? No sé..., eso depende..., unas veces la digo una cosa y otras veces...

—O sea, que no la dices que te vas de putas.

—¿Pero cómo la voy a decir eso?

—Porque la dirías la verdad y no la engañarías, pero si la dices que estás trabajando y estás de putas, la estás engañando.

A León se le quebró la cara. Cristina, además de feminista era profesora de lengua y la semántica era su fuerte. Usó, como decía Pablo, razonamientos masculinos y León empezó a defenderse con argumentos femeninos, y no hay cosa más ridícula que una voz tan innegablemente varonil titubeando y esgrimiendo argumentos inequívocamente femeniles.

—Oye..., perdona..., si te lo vas a tomar al pie de la letra..., o sea, es que no... porque tú me has entendido..., se dice engañar, pero no es exactamente engañar..., no sé si me explico...

—No.

—Vamos a ver una cosa..., ¿tú qué entiendes por engañar?

—Lo que dice el diccionario: dar a la mentira apariencia de verdad. Por lo tanto, si la dices a tu mujer que estás en el trabajo y estás de putas, la estás engañando.

—Oye, vale, tampoco me lo tienes que repetir más veces, ya lo he entendido. Pero escúchame lo que te voy a decir. Yo estoy de acuerdo contigo en que en eso sí la engaño, pero por su bien, porque si yo la digo la verdad la haría daño, ¿comprendes? Y yo no quiero hacer daño a mi mujer porque la quiero y, vale, yo reconozco que como mucho tengo dos relaciones al mes con estas señoritas..., pero también soy un buen marido y un buen padre, y si yo la digo a mi mujer que me voy de putas la rompo el corazón; o sea, te reconozco que la engaño, pero eso no es engañar sino quitarla un sufrimiento.

El argumento era cínico, desde un punto de vista moral machista, era comprensible. León se agarraba a él como si le fuera la vida, pero Cristina lo tenía contra las cuerdas y no lo iba a dejar escapar.

—¡Pero qué cínico eres!

—Y tú una lianta que lo quiere es que las parejas se destruyan.

—No, yo lo que quiero es que la gente como tú no engañe sistemáticamente a su pareja y que encima vaya diciendo que lo hace por su bien. ¡Tienes un morro que te lo pisas! A tu mujer puede que la engañes, pero a mí no. —Se dirigió al público—: Yo creo que ha quedado bien claro que León, además de su vida conyugal, tiene relaciones periódicas con prostitutas, y eso quiere decir sencillamente que León es infiel a su mujer.

—No lo soy.

—Sí lo eres.

—Yo quiero a mi mujer.

—Y también la eres infiel.

—Pero sólo con el cuerpo.

Sonó una carcajada. El subconsciente individual de cada uno los había delatado porque ese mismo argumento lo habían usado para exculparse muchas veces. Es lo bueno de tener un espejo delante. León se sentía cada vez más confuso, y de atacador se había convertido en un parador de golpes sin estrategia de defensa. León se revolvió contra el público.

—¡Joder, tomaros esto en serio o me cago en la hostia!

El ambiente se congeló. Noté en las caras de la gente una ligera decepción, algunos gestualizaban muecas de desagrado, ya no estaban seguros de querer ser representados por León, al que empezaban a considerar sencillamente un grosero. León sentía que le faltaba el apoyo popular y recurrió a clásicos argumentos para recuperar la admiración.

—Lo que quiero decir es que yo no tengo una amante por ahí, que es lo que yo considero ser infiel. Lo que digo es que si tengo de vez en cuando una relación con

otras mujeres no es por amor, es por placer, y yo admito lo que dice Cristina, que es posible que yo la sea infiel, pero físicamente, y esto para mí no es una infidelidad como lo entiende ella...

—¿Y cómo lo entiendes tú? —preguntó Cristina.

—Mira, te voy a decir una cosa que las mujeres aún no os habéis dado cuenta. Yo llevo veinticinco años con mi mujer y a ella no la falta de nada, ni a mis hijos tampoco, y yo reconozco que mi naturaleza sexual es más fuerte que la de mi mujer, y no por eso me voy a separar de ella y de los niños. Entonces lo que hago es compensar, y si me voy de putas es por el bien de la familia. Y te voy a decir algo más para que sepas como soy: cada vez que estoy con una... profesional, cuando vuelvo a casa quiero mucho más a mi mujer. O sea, que eso más que perjudicar, beneficia.

—Vamos a ver, León —dijo Cristina—. A mí el que tú seas infiel o no me da lo mismo. Yo lo que quiero denunciar es la discriminación moral que hay en este tema. Si tu mujer se entera que la eres infiel con putas, ¿tú crees que te lo perdonaría?

—Si se lo cuentas tú, no, pero si se lo cuento yo seguro que sí.

—Ahora imagínatelo al contrario. Tu mujer se va de putos, es decir, paga a un hombre para que se acueste con ella. ¿Tú se lo perdonarías?

—¿Mi mujer con otro hombre?

—Igual que tú estás con otras mujeres.

—Ya, pero no es lo mismo.

—¿Por qué?

—¡Por qué no es lo mismo! Porque la mujer es la mujer y el hombre es el hombre... Además a ella no la hace falta.

—¿Y a ti sí?

—Tú es que no me escuchas. Ya te he dicho que yo...

—Sí, que eres un supermacho y que tu mujer no tiene ganas...

—Oye, te voy a decir una cosa, las palabras dichas por ti son otra cosa, ¿sabes?, porque si yo soy feliz con mi mujer ¿por qué vienes tú a joder?

—Porque la estás engañando. Ella cree que es la única mujer con la que tienes relaciones.

—Pero es feliz.

—¡Por que la estás engañando! Dila la verdad a ver que pasa...

—Pero ¿tú qué quieres, que se muera del disgusto?...

—Pues no la engañes.

—Ya te he dicho que eso le viene bien a nuestro matrimonio.

—Pues entonces tienes que admitir que si tú la eres infiel, ella puede hacer lo mismo.

—Bueno, mira, tú eres gilipollas, ¿vale?, y perdona si te ofendo, pero al parecer

no me escuchas. No es lo mismo que yo ponga los cuernos a mi mujer a que ella me los ponga a mí...

—¿Por qué no es lo mismo?

—¡Porque no es lo mismo! Si ella me los pone amí yo quedo como un cabrón...

—¿Y si tú se los pones a ella?

—¡Que te estoy diciendo que no es lo mismo! A ella, como mucho..., no sé..., «pobrecita, con lo buena que es»..., pero yo sin embargo me tendría que cambiar de barrio.

Pablo aprovechó el final de la frase para intervenir y darle otro aire al tema que empezaba a dar vueltas sobre sí mismo sin acercar posiciones.

—Muy bien, ya conocemos lo que pensáis al respecto. Y yo creo, que aunque León no esté de acuerdo, ha quedado objetivamente claro que las relaciones con prostitutas también se deben considerara actos de infidelidad, aunque a algunos pueda chocarnos. Como dice Cristina, si lo planteamos al revés escuece un poco. Lo ideal sería que Cristina y León presentarán sus conclusiones para aportarnos más datos, cerramos el tema y más tarde lo presentamos en coloquio. Cuando quieras, Cristina.

—Gracias, Pablo. Las mujeres lo único que perseguimos es la igualdad en todos los planos; laboral, judicial, político, social, que se nos trate con la misma moral que se trata al hombre. Yo no reivindico la infidelidad, lo que exijo es la misma consecuencia social para unas que para otros. Aunque esto es sólo el resultado de un machismo clásico; cuando sólo la afecta a ella él apenas le da importancia, pero si le afecta a él se tiene que ir del barrio por la vergüenza. León no es que no respete los sentimientos y emociones de su mujer, es que no los conoce no quiere conocerlos; sólo le interesan sus propias emociones y que ella se adapte —se dirigió a León—. Para ella la parte estrecha del embudo y para ti la parte ancha. ¡Pues mira, no! Si no eres capaz de perdonar una infidelidad, no seas infiel.

—Gracias, Cristina —intervino Pablo—. Muchos no estarán de acuerdo contigo, pero yo te agradezco tu presencia, tu valentía y tu sinceridad. —Se volvió hacia León—. Cuando quieras...

León carraspeó y sonó a gruñido de dragón. Volvió a recuperar su firmeza en el hablar, ya no representaba a nadie, sino a sí mismo, y eso le daba mucha libertad.

—En primer lugar, yo aún no sé que hago aquí... Yo, perdonadme, no tengo nada que ver con vosotros. A mí me va muy bien en mi matrimonio, yo no tengo problemas, mi mujer está encantada conmigo, la doy todo lo que necesita y la hago reír..., ¡sí, joder, la hago reír! Cuando vengo de estar con una puta, yo no soy como otros, que entran a hurtadillas en la habitación. Yo la despierto y me pongo a contarla chistes y ella se ríe, y cuando me duermo lo hago con la conciencia tranquila, porque si mi mujer es feliz con lo que sabe, para qué quiere saber si yo me voy de putas o no. Ella es feliz y otras con maridos, según tú más fieles, son unas desgraciadas... —

Hizo una pausa, miró a Cristina con desprecio, a Pablo con indiferencia y al resto con soberbia. Después exclamó con tono muy chulesco—: Y, además, ¿sabéis lo que os digo?, que cada uno en su casa hace lo que le sale de la punta de la polla, y no tengo que darle explicaciones a nadie. ¡Y ahora sí que me voy!

León se dirigió hacia la puerta de salida a grandes zancadas. El personal estaba perplejo, era de esperar, pero no de esa manera. Pablo, que lo aprovechaba todo, lo volvió a detener con la palabra cuando casi estaba a punto de salir.

—Gracias, León, por tu testimonio y me gustaría que te quedaras un segundo más para oír el aplauso que entre todos vamos a darla a Cristina.

Salió dando un portazo que apenas se oyó al irrumpir los aplausos. Eran de desagravio por la ordinariez de León más que de admiración a Cristina. Era una pena que León no haya podido expresarse con más suavidad porque en el fondo de todos nosotros, conociendo las circunstancias, entendíamos su situación como algo positivo para la pareja. Para León, su «infidelidad» era un simple punto de apoyo para conservar la familia, y a cambio estaba mucho más pendiente de ella que otros hombres aparentemente más honestos. Y también entendía a Cristina, pero no sé..., la pareja tiene sus pactos y si León y su mujer... Cristina tenía razón en esa desigualdad social que denunciaba, pero no buscaba comprensión, si no la eliminación tajante del problema, no creía en la reinserción a través de métodos terapéuticos, como Pablo, ella sólo creía en la represión por la vía penal de lo que ella consideraba discriminación sexista. Pablo propuso un descanso que aprovechó para hablar con Cristina a solas. Yo me entretuve viendo el cuestionario de León. Había una nota escrita a bolígrafo de Pablo en uno de los márgenes que ponía: «Machista cínico-cariñosos». Pablo acompañaba a Cristina a la salida y al pasar por la barra me la presentó. Era muy sexi pero no me atreví a mirarla mucho tiempo a los ojos por si descubría que me resultaba atractiva. Con lo radical que era puede que me denunciase por acoso sexual. Me relajó su sonrisa pero no había ninguna fisura de debilidad en su ser y me dio la impresión de que tampoco necesitaba protección... En fin, no sé, puede que sea una pauta machista, pero esa seguridad en sí misma la quitaba mucho atractivo...

Activé mi teléfono móvil y tenía un mensaje en el buzón de voz: era de Félix, el conserje de mi casa. Me decía que Natalia, junto a una amiga, estaba sacando varias maletas del piso. ¡Qué hijas de puta! La llamada había sido echa a las cinco y eran las cinco y cuarto. ¡Aún podía llegar a tiempo! »Pablo me dijo que estaría hasta las diez. Le dije que a lo mejor volvía y salí corriendo. Llovía, la tarde era muy gris, yo tenía mucha prisa y mi coche no podía salir porque otro en doble fila se lo impedía. Golpeé repetidamente el claxon de mi coche, con rabia, violencia, ansiedad, irritación y no sé cuantos sentimientos más, pero allí no apreció nadie. Lo pulsé de forma continuada, pero sólo se me acercaron algunos empleados de las tiendas de alrededor para

decirme que no hiciera tanto ruido. Marqué en el móvil el teléfono de Natalia. Saltó el contestador anunciando que ese número no existía. ¡Qué hija de puta! Llamé a casa y también saltó el contestador, esta vez con mi voz. Durante dos minutos la pedí que cogiera el teléfono..., era posible que ya no estuviera..., y si estaba no quería hablar conmigo... ¡Me parecía una putada que se llevase su ropa sin decirme nada! Aquello era cosa de Patricia, que era una hija de puta, Apareció una mujer de unos cuarenta años con un niño de diez. Sin decir nada se metió en el coche y se dispuso a arrancar. Yo salí como una flecha.

—Oiga, llevo quince minutos esperando que quite su coche. Por lo menos pida disculpas.

La mujer se colocó el cinturón sin mirarme, comprobó que el niño también lo tenía puesto y arrancó, después me miró y me dijo:

—Que sí, que lo siento, pero tenía que llevar al niño al médico y aquí no hay forma de aparcar.

Y se fue. ¡Joder con las tías! A mí me parece muy bien lo de su libertad, pero no a costa mía.

Llegué a casa y me puse a revisar los armarios. Se había llevado casi la mitad de su vestuario y prácticamente todos sus productos y objetos de aseo. Me impresionaron mucho los huecos. En el salón había dejado una nota: «Necesitaba ropa y no quise molestarte. Te llamaré para darte mi nuevo número de móvil».

Me angustio, necesito urgentemente hablar con ella pero no se donde llamar... ¡Sí lo sé! A casa de Patricia..., pero, no..., prefiero estar jodido... Además, ¿para qué la llamo, para decirle que me ha molestado mucho que no me dijera que se iba a llevar su ropa? ¡Pues no! Además, si coge el teléfono Patricia es posible que la diga cosas de las que después me arrepienta... Y sobre todo ahora, que todos mis sentimientos hacia Natalia son negativos. ¡Es una putada lo que me ha hecho! Son cinco años viviendo juntos, merezco por lo menos que me llame y que me diga que va a recoger su ropa... No se ha llevado ni la mitad, pero... ¡Esa hija de puta la está desquiciando! Natalia no era así... Toda la casa huele a ella... No entiendo nada... ¡Necesito oírla! Pero no ahora, estoy demasiado ofendido..., lo estropearía..., estoy muy dolido..., se daría cuenta de que la necesito y..., creo que sería peor, me controlaría, me manipularía, me tendría en sus manos... Aunque en ese momento me gustaría tanto que me tuviera en sus manos... ¡No! ¡No! ¡No, no, no, no, no! Si se quiere ir de casa, que se vaya, pero no poco a poco... Así no se termina una relación, porque eso es lo que quiere Natalia, pero no se enfrenta. La otra hija de puta la tiene absorbido el cerebro y hace lo que ella la dice. Pero una cosa es sufrir de una sola vez y otra sufrir en la agonía..., mañana vengo y veo que hay menos ropa, otro día vengo y advierto que se ha llevado sus cuadros, o sus toallas, o sus... ¡Vale, que se vaya, pero de golpe! Así que eso es lo que la voy a decir... ¡Y si se pone la otra..., si se pone la otra se va todo a la mierda, que me conozco! Ya sé lo que voy a hacer, la meto todas sus cosas en cajas y mañana se las envío a casa de Patricia, ¡y ya está! Ella no me avisa, yo tampoco... No puedo hacerlo, tenemos que hablar antes, tendríamos que haber hablado antes de que ella se llevara parte de su ropa... ¡Esto no puede ser! No hemos hablado, sólo me dijo que se iba a casa de Patricia unos días... Pero ¿cuántos? ¿Qué me está dando a entender?... Me está retando, me está haciendo un pulso... y se apoya en la otra. ¡Hostia, qué jodido estoy! ¡Voy a llamarla!

Marqué el número de Patricia. Se oyó una voz de hombre.

—Dígame...

—Mnnn..., por favor, quiero hablar con Natalia.

—Aún no ha llegado.

—¿Y Patricia?...

—Está juntas. ¿Quién eres? —Colgué.

¿Quién coño es éste? ¿El jefe-amante de Patricia?... No puede ser, me dijo

Patricia que tenía más de cincuenta años y éste tiene la voz muy joven..., quizá treinta o treinta y cinco como mucho... Y si es por teléfono, la gente cree que tengo muchos menos... ¿Qué hace un tío de treinta y cinco años en casa de Patricia? ¡Ya la ha buscado un novio esa hija de puta?... Natalia tiene treinta y dos... Yo tengo cuarenta y cuatro pero estoy estupendo, estoy en mi mejor momento, soy inteligente, brillante, guapo, gano más de 150.000 al año..., soy amable, interesante, educado, elegante... Muchas chicas, incluso más jóvenes que Natalia estarían locas por salir conmigo... ¡Ahora mismo llamo por teléfono y tengo dos o tres!... No se trata de eso, es que no entiendo porqué Natalia desprecia mi ayuda y acepta la de su amiga. Yo la quiero, ¿por qué confía más en Patricia que en mí? Pablo dice que desean hacer ese camino solas, sin la ayuda del hombre, pero ¿por qué acepta la ayuda de Patricia? Y en otra empresa que yo no controlo..., la van a putear y... ¡Yo estoy a favor de que la mujer tenga los mismos derechos que el hombre, pero no se puede generalizar! En nuestro caso, Natalia siempre ha hecho lo que ha querido, yo nunca la he dicho lo que tiene que hacer..., algunas veces sólo, pero..., Natalia es muy emocional e impulsiva, pero también es muy ingenua, y yo sólo trato de que no la engañen... ¡Lo que más me jode es la pérdida de influencia sobre ella! Es inteligente, pero..., no sé, es posible que sea más inteligente de lo que yo creo..., Pablo me confesó que su mujer es más inteligente que él..., y que además, no le importa. Yo tengo una carrera, soy un experto en bolsa, y ella es secretaria, muy buena, sí, pero secretaria. Mi jefa también empezó de secretaria, pero ella medró de otra manera, acostándose con todos los que la podían elevar..., pero eso no es ser inteligente, eso es carecer de escrúpulos, ser ambiciosa. Patricia es ambiciosa y por eso... Natalia sería incapaz..., creo, no sé, no estoy seguro de nada, el tío que ha colgado el teléfono tiene que ser su nuevo jefe, que le pasa como a mí, que la voz es más joven. Vamos a ver, Jorge, ¿sirve de algo todo este sufrimiento? ¿Donde empezó el problema? Que Natalia quiere trabajar y tu no quieres que lo haga... Pero ¿por qué? No quiero compartirla con nadie..., Natalia es muy hermosa..., y la quiero como jamás he querido a ninguna mujer..., la quiero..., para mí... Son las seis de la tarde. Ya sé lo que voy a hacer. Iré a verla, la esperaré en la puerta, hablaremos, no me importa si quiere trabajar en otro sitio... ¡No, joder, eso sí me importa!... Ya sé, de entrada la pediré que se case conmigo y la diré que siga trabajando, pero esta vez para ella misma. ¡Eso es! La diré que ella es demasiado importante para trabajar para otros; la ofreceré que montemos un negocio de lo que sea. A Natalia la gusta mucho la decoración y la jardinería. ¡Eso es! Montaremos una floristería y que la lleve ella; será su propio negocio; yo la daré pautas, la haré un estudio para rentabilizar el negocio, estaré pendiente de su evolución, me haré cargo de la administración de las compras y... ¡No querrá! Se dará cuenta de que la quiero controlar y no querrá... Ya sé lo que voy a hacer, la diré que sí a todo y poco a poco la iré metiendo la idea de que tenga su

propio negocio, con sus propias ideas. Tengo que lograr que la idea salga de ella... «¡Qué idea tan buena has tenido, cariño!» Y la diré que pida un crédito al banco para empezar el negocio..., yo se lo avalaré..., pero ella no debe saberlo nunca. Sí, lo tengo claro, actuaré como ellas; manipulando... Esto es lo que nos quiere transmitir Pablo. Yo no soy machista y estoy a favor de que la mujer consiga su total libertad, pero no a costa de la mía, como la imbécil del coche en doble fila que sólo la importaba lo que ella tenía que hacer... Las tías hoy día tienen mucho peligro, nos piden respeto pero ellas no nos lo tienen...

Cogí el coche, puse música funky de los setenta y me dirigí a casa de Patricia. James Brown cantaba "Mundo de hombres" y me uní a él en plan karaoke. Me sabía el tema de memoria. Subí el volumen, me metí tanto en la canción que no oí la sirena de un coche de policía que se saltaba un disco en rojo. Frené. Aún así, no pude evitar darle un pequeño golpe en el lateral derecho de la parte trasera. Fue un golpecito, pero en el sitio justo para que el coche de policía empezara a dar vueltas como un trompo. ¡Dios mío! El coche de policía se detuvo, se abrieron las dos puertas delanteras y salieron dos tías... policías, sí, pero dos tías... Yo estaba dispuesto a disculparme y lo hice, y todo iba bien..., hasta que una de ellas, la que conducía, me dijo "que si me habían dado el carné de conducir en un tómbola". No pude evitarlo, me miraba con mucha prepotencia... Yo reconocí que no estuve atento pero, gracias a mí, el golpe no fue más tremendo; actué con rapidez y eficacia. En cambio, ellas iban en línea recta, me vieron venir, podían haber reaccionado, pero no lo hicieron porque la que conducía era una inútil que encima tenía la desfachatez de llamarme torpe. No pude evitarlo, la miré como la última vez que miré a Patricia y la dije: «Si hubiera conducido un hombre esto no hubiera ocurrido».

Me retuvieron durante dos horas, me revisaron minuciosamente toda la documentación, y como el coche estaba a nombre de la empresa llamaron a mi oficina para pedir información. Después buscaron en los ordenadores toda la lista de coches robados, me sacaron siete multas sin pagar, me cachearon, me hicieron la prueba de la alcoholemia y no me hicieron la prueba de la rana porque mi aspecto, y sobre todo, mi actitud eran muy masculinos. La verdad es que las policías físicamente no estaban mal. Aún así, no las pedí el teléfono. Vencido pero orgullosos, me dirigí a casa de Patricia.

Eran las ocho y media y me encontraba justo frente al portal. Patricia vivía en el primer piso y desde la calle se podía ver parte del salón. Las cortinas estaban echadas, pero había luz. Veía gente pero no la distinguí. Salí del coche. Vi a dos o tres personas pero no se diferenciaban bien..., creía que había más... Llamé por teléfono. Marqué el número. Volví a oír la voz del mismo hombre. Colgué. Un coche me pitó. Me aparté, pero el coche no se movió. El conductor me hacía señas. Estaba tapando con mi coche un hueco para aparcar. Miré fijamente al vehículo y vi... ¡a Natalia! El

hombre me volvió a hacer señas con las luces. Me acerqué a ellos. Natalia salió del coche. Yo sólo miraba al conductor. Sentado, era un tipo vulgar de más de cincuenta años, alopécico coqueto, poco pelo pero estratégicamente distribuido, gesto dinámico; llevaba una sudadera, regordete, sonriente...

—¿Qué haces aquí? —me preguntó Natalia sorprendida por mi presencia.

Me azoré. Estaba más pendiente del hombre del coche, que seguía insistiendo en que avanzara un poco más con el mío para poder aparcar. Lo hice. Me vino bien, no sabía que decir a Natalia. Volví a salir del coche y me dirigí a ella.

—Verás —la dije—, he estado pensando, ¿sabes?, y me parece que le he encontrado solución a nuestro problema.

—¿A qué problema te refieres?

—Al..., bueno, a lo de que trabajes en..., quiero decir que me parece muy bien, ¿sabes?, y que...

—Perdona, Jorge, te voy a presentar a mi jefe.

El tipo salió del coche con unas raquetas de pádel en la mano y se dirigió muy sonriente hasta mí.

—Mira, Joaquín —dijo Natalia—, es... Jorge.

Empezamos mal. No dijo «es mi novio» o «mi compañero sentimental», no, dijo «es... Jorge». Empezábamos muy mal, pero yo no perdí el estímulo de lo que pretendía. Sonreí. El tal Joaquín me estrechó la mano en plan deportivo. Era bajito pero muy fuerte, rítmico, redondo, su agilidad no correspondía con los kilos de más que pesaba. No tenía nada que ver con la descripción que me había hecho Patricia.

—Hola, Jorge, ¿cómo estás? ¿Juegas al pádel?

—Un poco..., bueno, la verdad es que no...

—Pues Natalia es buenísima, hoy la he dado la primera clase pero no veas cómo le da a la raqueta. Anímate un día y jugamos los cuatro. Patricia juega muy bien. La he enseñado yo, claro. Oye, ¿porqué no subes y cenas con nosotros? Hemos invitado a unos compañeros de la oficina...

—Me gustaría, pero es que sólo he venido para hablar con Natalia.

—Oye, pues otro día. Encantado de conocerte.

Me dio la mano y se marchó, pero Natalia lo detuvo.

—Espera Joaquín, subo contigo. —Natalia se dirigió a mí—: Perdona, Jorge, pero es que nos están esperando y... Pero, vamos, si quieres puedes subir..., pero es que no conoces a nadie y...

—No, gracias, he quedado..., de todos modos es un minuto... y es importante...

En aquel momento apareció un tipo que venía del portal de Patricia y se dirigió a Joaquín con total confianza.

—Déjame las llaves que creo que se me ha caído la documentación en tu coche.

Era la voz del teléfono. No me equivoqué, tendría alrededor de treinta y cinco

años, aspecto de soltero, pero sobre todo de ligón; cuerpo de gimnasio y cara de rico. Se dirigió a Natalia, a la que saludó con dos besos y la dijo:

—Hola, Natalia, ¿qué tal estás? Te advierto que si me quedo a la cena es por ti, que estos son unos aburridos. Joaquín le entregó las llaves y el tipo, que pasó totalmente de mí, se dirigió al coche.

—Esperad y subimos juntos.

Es posible que Natalia quisiera presentármelo, pero como todo fue tan rápido es posible que no la diera tiempo. Pero ¿por qué le sonreía tanto? Se dio cuenta y me lanzó unas migajas de información.

—Es Alfonso, un cliente de Joaquín..., bueno, son amigos y..., celebran su cumpleaños y, bueno, que si has quedado pues nada... Si quieres nos vemos mañana y cenamos juntos.

—Sí, claro... ¿me llamas tú? Porque sigues sin tener teléfono ¿no?

—Sí, yo te llamo.

Me besó en los labios; fue un beso húmedo, menos mal. Pero se fue... Peor, se la llevó el tal Alfonso cogiéndola por el hombro al tiempo que optimizaba el echo de haber perdido toda su documentación, tarjetas de crédito, etc. Los tres entraron en el portal. Me metí en mi coche y me marché. Al cabo de un rato paré el coche en una calle cualquiera. Me asusté. Llevaba más de diez minutos conduciendo y no me había dado cuenta. Había conducido sin ver. ¡No daba crédito a lo que había pasado!

Mi mujer, quiero decir, mi novia, no, no, mi mujer, es mi mujer, llevamos cinco años viviendo juntos, es la mujer con la que comparto mi vida y está en una cena con un cretino que la dice que se queda a cenar por ella, y que pasa de mí, y que Natalia no me lo presenta, y que la coge del hombro como si se conocieran de toda la vida, y la puta de Patricia que se la ha llevado de gancho para el cliente, ¡es una hija de puta! Pero ¿por qué no he reaccionado? Tenía que haber dicho: «¡Se acabó! ¡Y nos vamos a casa!». ¿Por qué no le he dicho al imbécil ese que se toma muchas confianzas con mi novia? Que no es mi novia, que es mucho más. ¡Joder, pero si venía a decirla que nos casáramos!... La zorra esa se la ha traído de gancho y el imbécil se debe creer que se la han puesto para que se la tire..., pero si me conozco el juegucito, si lo he hecho yo miles de veces... Tenía que habérselo dicho: Natalia, no seas ingenua, te están usando de gancho para firmar un negocio... ¡No me hubiera creído! Cree más a Patricia que a mí.

Por una parte tenía un nudo en la garganta y por otra me sentía muy despechado, cabreado, jodido, humillado... Era la segunda vez que Natalia me rechazaba... Sí, me dijo que subiera, pero sin ganas, por compromiso... ¡¿Qué coño se había creído ella?!

Llegué a mi casa. Volví a sentir los huecos. Me encontraba al borde del ataque de ansiedad, esta vez con rabia, que quieras o no, te da energía. Mi cabeza pensaba mil cosas, pero había que elegir una. Eran las nueve de la noche. Cogí mi agenda y

empecé a llamar a antiguas amigas. Fracaso total. Unas se habían casado o vivían con alguien, otras habían cambiado de número; sólo Miriam estaba disponible.

—Hola, Jorge, qué sorpresa.

—Sé que es muy tarde pero hacía tanto que no sabía de ti que pensaba que a lo mejor podíamos cenar esta noche juntos...

—Me encantaría, Jorge, pero tiene que ser en mi casa. Es que hace tres días que he salido del psiquiátrico y como aún sigo con la medicación el ruido me marea un poco.

Aterrorizado, me disculpé, y quedamos en que la llamaría "uno de estos días". Los huecos de la casa empezaban a sonar a silencios. Necesitaba oír el ruido de alguien a mi alrededor. Volví a mi agenda. Ya no me quedaba nadie. De repente vi un nombre tachado. Traté de leerlo. Lo conseguí: «Amigos de Mónica», y entre paréntesis: «aristoputas». Lo recordaba, era una agencia de prostitutas de alto nivel. Llamé una vez para unos clientes y la verdad es que las chicas eran preciosas y muy jóvenes, con estilo; algunas habían salido en televisión o en portadas de revistas. Llamé y a la hora apareció una hermosísima joven.

—Hola, cariño, soy Alba. ¿Estás solo?

De repente, la casa se llenó de aroma, de pasos, de voces agudas y de un erotismo mecánico, de oficio. El primer paso fue la transacción económica; estuve elegante, se lo di en un sobre y se lo guardó en el bolso sin abrirlo. Me pidió que la indicara donde estaba el cuarto de baño. Esperé. La chica era preciosa, pero yo no me sentía excitado. Sólo pensaba en Natalia. Estaba haciendo aquello por despecho, por frustración... Pero ¿por qué?... No sé..., sólo tenía indicios, había varios hombres en casa de Patricia, el tal Alfonso era un hombre como mucho de treinta y cinco años y Patricia era una zorra que iba de Celestina...

¡No puedo pensar ni un sólo momento que Natalia se acueste con otro hombre!
¡Me ahogo! ¡Me hundo! ¡Pero es que ya me ha despreciado dos veces! Mi autoestima está por los suelos, necesito que una chica me desee... Sí, ya sé que las prostitutas hacen esto por dinero, pero me da lo mismo; aunque sea mentira, me creeré todo lo que me diga y cuando sienta su placer, aunque sea fingido, volveré a sentirme deseado...

Puse música, bajé la intensidad de la luz y me senté en el sofá. Alba apareció y fue un impacto visual. Llevaba un mini vestido ceñido por arriba y ancho de vuelo, zapatos haciendo juego y el pelo recogido en dos coletas. Sus movimientos eran sutiles, delicados, frágiles; eso me gustó mucho, me inspiraba protección. Se sentó frente a mí y, tras un juego perverso y sutil, me hizo ver que no llevaba prendas íntimas. Me excitó. Me miraba pidiendo amparo, la hice una señal para que viniera y lo hizo muy despacio; descruzó las piernas y avanzó hasta mí, se sentó encima de mis muslos y empezó a jugar con sus labios por toda mi cara, en pequeños besos y

mordiscos suaves. Toqué su piel, era muy suave. Su mano empezó a desnudarme. Yo la detuve.

—Espera, hablemos un poco.

—Lo que tú quieras, cariño, pero sólo puedo estar una hora y ya han pasado quince minutos.

—No te preocupes por eso, es que necesito hablar.

—Lo que tú quieras, cariño. ¿Y de qué quieres que hablemos?

—De ti, hablemos de ti.

—¿Qué quieres saber de mí?

—¿Qué te parezco?

—¿Tú?

—Sí, claro. ¿Te resulto atractivo, interesante...?

—Interesante, me recuerdas un poco a mi padre; bueno, mi padre hace unos años, porque tú debes de tener unos treinta y cinco, ¿me equivoco?

—Qué buena fisonomista eres.

La chica pensó que la conversación había terminado y empezó de nuevo a desnudarme. Me dejé. Primero me quitó la corbata y me insinuó con un gesto que podía atarla que si quería, después me quitó la camisa y empezó a besarme por el pecho, y más abajo, y más abajo... ¡No lo entendía! Era una preciosidad, era joven y muy sexy..., ¿por qué mi pene no se daba cuenta de todo eso? Parecía estar al margen, como si la cosa no fuera con él. Yo le pasaba toda la información que recibía, pero él ni se inmutaba, era insensible al espectáculo, insensible a las caricias, insensible a la...

—¡Espera! —la dije angustiada—. Necesito seguir hablando.

—¿De mí otra vez?

—Sí.

Alba se separó de mí, ganó distancia y me miró muy seria. No, no era seria, era sincera, eso es, me miro con mucha sinceridad, o por lo menos a mí me lo pareció. Apartó sus manos de mi cuerpo y me dijo lentamente:

—¿Sabes una cosa? Yo no me acuesto con cualquiera; quiero decir que yo elijo, y si el cliente no me gusta, me voy. ¿Entiendes esto? Cuando te he visto me he quedado pillado contigo, ¿sabes? Y quiero que sepas algo más, si me hubieras conocido por ahí, en un bar o en una disco, te lo juro, lo hubiera hecho gratis contigo. No sé, me excitan mucho los tíos de tu edad..., sabéis tratar muy bien a las chicas de mi edad y se aprende tanto, y eres muy guapo, ¿sabes?, y me siento tan protegida por ti...

Se echó sobre mí, apoyó la cabeza en mi hombro y yo la recorrí con mi brazo. Respiré hondo, me sentía tan halagado, tan necesitado. Alba volvió a bajar su mano y esta vez se encontró con una respuesta mucho más firme... Me besó, la besé, volvía a sonar "Mundo de hombres". Estaba en la gloria... No oía, no veía, sólo sentía...

incluso sentía como alguien abría la puerta de mi casa con la llave... Debían de ser imaginaciones mías... Pero cuando vi a Natalia justo frente a nosotros se me cayó el mundo encima.

Natalia había metido prácticamente toda su ropa en tres maletas. Estaba muy furiosa; jamás la había visto tan furiosa. Se movía por toda la casa buscando sus efectos personales con mucha energía. Yo la seguía inventándome excusas ridículas y ella como un "mantra", repetía una y otra vez: «No me lo puedo creer». Me puse delante de la puerta impidiéndola la salida.

—¡Por favor, Natalia, sólo te pido que me escuches un momento!

—No quiero, no me da la gana, ya he visto lo que tenía que ver. Se acabó, me voy, Jorge, eres despreciable. ¿Cómo me has podido hacer esto? Yo te quería y si he venido ha sido porque te vi mal. Soy una idiota, Patricia tenía razón...

No debía haber mencionado aquel nombre, pero lo hizo y me irritó bastante. Mi estado de ánimo se modificó y, de culpable, pasé a la condición de ofendido.

—Si ella no hubiera intervenido, esto no hubiera ocurrido.

—¡Pero qué cínico eres! ¿Me estás diciendo que te has liado con una guarra por culpa de Patricia?

—Ella te está apartando de mí, ¿no te das cuenta? Te ha llevado a casa para usarte en sus manejos. ¿Te crees que ignoro el motivo de la fiestecita en su casa? Pretende liarte con el imbécil ese... ¡Joder, Natalia, que lo ha dicho delante de mis narices: «Me quedo porque estás tú»! Y después te ha cogido del hombro, como si fuerais... ¿Y por qué no me los has presentado? ¿Por qué no has insistido en que subiera a casa de Patricia? ¿Qué tengo que pensar? Mi mujer se lleva parte de su ropa sin avisar, se va a casa de una amiga. Voy a verla y encuentro la casa llena de hombres; dan una fiesta. A mí me dicen que no sería bien recibido y mi mujer se va con un cretino que se la come con los ojos... ¿Por qué no le dijiste que yo era tu marido?

—Porque no lo eres.

—Fui a verte para pedirte que nos casáramos, que te amo más que a nadie en el mundo, que sólo quiero pasar mi vida contigo y que nada más me importa.

—¿Y media hora después te acuestas con otra mujer?

—Me quedé muy jodido; te dije que quería hablar contigo y tu te negaste.

—Había quedado para cenar con ellos.

—Yo era más importante y necesitaba que les dijeres: «Orden de prioridades, él está primero». Pero no lo hiciste y eso me dolió mucho, como me dolió que ayer me ignoraras cuando fui a buscarte al trabajo, como me ha jodido que juegues al pádel. Nunca me has dicho que te gustaría; haces cosas que conmigo no hacías. No tienes teléfono móvil. Mi cabeza daba vueltas; después de lo del restaurante no habíamos hablado, ¿qué quieres que pensara?

—Que confiaras en mí.

—Pero ¿cómo voy a confiar si delante de mis narices te vas con un tío que te coge

del hombro como si fueras su amante?

—¿Qué?

—Que es homosexual...

—Ya..., pero hay gays que tienen relaciones con mujeres...

—Este no. Además tiene pareja, Arturo, un chico encantador...

De mi cara desaparecieron todos los rasgos que le daban a mi rostro un tono de ofendido bastante convincente y mis facciones se desmoronaban al tiempo que mis argumentos de agravio comparativo. Nada de lo que yo había pensado había ocurrido. Sin embargo, algo que hice sin pensar si ocurrió.

—Se acabó, Jorge, hemos terminado.

—Yo te quiero.

—Eso es mentira, sólo te quieres a ti mismo y tu falta de confianza en mí lo ha demostrado. Por eso me fui con Patricia, ella me acepta tal y como soy, y tú no, tú te empeñas en dirigir todos mis actos como si yo fuera una inútil. Quería que te dieras cuenta de que yo no era del todo feliz, que necesito expresar mis propias ideas sin que me las ahogues antes de decirlas o me las sustituyas por las tuyas, importándote una mierda mi autoestima. Me impides trabajar por mi cuenta, me impides que tenga relaciones con amigas. Eso no es quererme, eso es poseerme como una propiedad y estoy harta de depender de ti; nunca me dices nada pero yo lo noto en tu expresión: "puedes gastarte mi dinero". Me tratas como si yo fuera una incapaz, y eso no es cierto, puedo ganar mi propio dinero y compartir contigo la vida sin complejo de mantenida. ¿Lo entiendes, Jorge?... Creo que no, porque en vez de tomarte este tiempo como una etapa de reflexión profunda sobre nuestra relación te da un ataque de celos, no por amor, sino por sentido de la propiedad, y te lías con la primera que encuentras. Eso no es amor, Jorge, y si lo es para ti yo no quiero compartirlo. Yo te quiero..., no, yo te quería. Esto para mí es definitivo. ¿Déjame salir!

Las piernas me temblaban, mis pulmones no recibían el oxígeno que necesitaban y no me atrevía a hablar porque no estaba seguro de que mi voz saliera con un mínimo de dignidad. Bloqueé con mi cuerpo la puerta al tiempo que negaba con la cabeza a la espera de una idea, un argumento sólido que me apoyara en esa situación. Si en un juicio reconoces que eres culpable, el juez te rebaja la condena. Iba a intentarlo. Me tapé la cara con las manos indicando vergüenza.

—Lo siento, lo siento, lo siento..., no sé lo que me ha pasado..., he tenido un día terrible, tuve un accidente, me retuvieron más de dos horas, me hicieron de todo y después..., yo quería verte, hablar contigo, pero tú..., me volví loco, Natalia, no sabía qué pensar, se me caía la casa encima y..., pero te juro que yo jamás te he sido infiel...

—¡Pero qué cínico eres! Si te he visto con mis propios ojos.

—Sí, pero era una prostituta.

—¿Y...?

—Quiero decir que no es una chica normal, de enamorarse y eso...

—¿Y...?

—Pues eso, Natalia, que era una puta, y eso no es infidelidad.

—Creo que necesitas tratamiento. Te estabas acostando con otra mujer...

—Pero por dinero... y no se puede calificar de infidelidad, es como una transacción comercial, no hay personal ni emocional...

—Dios mío, Jorge, estás enfermo... Está bien, te creo, no es una infidelidad... y en el fondo me alegro que pienses eso porque yo también me siento en estos momentos como tú, sola, confundida y despechada..., así que voy a coger el periódico, voy a elegir el anuncio más excitante y voy a llamar a un prostituto para que se acueste conmigo por dinero, que según tú, no es infidelidad.

—Tú no puedes hacer eso, Natalia.

—Lo has hecho tú.

—Es distinto, yo soy un hombre... Sólo te pido que me perdones...

—Está bien, te perdono, y mañana te llamo y tú me perdonas lo que voy a hacer en cuanto llegue a casa de Patricia: meterme en la cama con el puto más guapo de la ciudad. Porque supongo que me perdonarás como yo te he perdonado.

—Natalia, me estás rompiendo el corazón.

—¡Déjame salir!

—Además, sólo estábamos hablando, sólo quería hablar con alguien, yo no quería..., yo sólo pensaba en ti, pero me encontraba muy solo... Por favor, Natalia, créeme, yo siempre te he sido fiel... Además, cuando tú llegaste ni siquiera habíamos empezado...

Natalia me apartó con una agresividad fuera de sí y salió de mi casa con dos maletas y un par de bolsas. Yo me tomé un Orfidal y me acosté.

Al día siguiente marché a Lanzarote y pasé en la isla todo el fin de semana. Me sentó bien. Llegué con complejo de culpable y salí convencido de mi inocencia. Me manipularon entre Natalia y Patricia, me hicieron creer algo que no existía y eso provocó lo de Alba, la joven que vino a... Por cierto, me gustaría volver a verla. El caso es que entre las dos me echaron un pulso. Quieren que renuncie a lo que soy, que me convierta en un cretino manejado por su mujer y su amiga, como le pasa a Joaquín, pobre hombre... Yo no quería estar con ninguna mujer que no fuera Natalia..., ella me empujó... ¡Se acabó! Natalia ya no es como yo la quiero. No he perdido nada que tuviera. Me han estado provocando todo el tiempo. Yo no quiero que mi mujer trabaje para los demás. Podíamos haber trabajado juntos en nuestro negocio, pero ha elegido a Patricia. ¡Peor para ella!... Aún la quiero..., pero no me merece. ¡Se acabó!

Pablo me llamó y le conté parte de la historia. Quedamos en vernos el lunes en la

asociación.

Llegué un poco tarde, la sala estaba llena y había gente nueva. Pablo desde el escenario, presentaba un nuevo testimonio.

—Queridos amigos, quedan sólo dos días para que termine este cursillo y estoy francamente satisfecho de los logros. Ha quedado claro que lo único que pretendo en esta terapia es que entendamos que se está produciendo un cambio de conducta en la nueva mujer que choca directamente con la creencia machista de que el hombre es superior a ella. El problema para nosotros radica en que la mujer no sabe a donde va, ¡pero va! Y el hombre, a pesar de no moverse, ha perdido su sitio. Hay que encontrarlo. Si la mujer cambia, cambiemos también nosotros. Si la mujer nos estudia, vamos a estudiarla. Y eso es lo que estamos aprendiendo, a comportarnos como la mujer quiere sin perder ninguno de nuestros objetivos. No se trata de una renuncia a lo que somos ni tampoco de un cambio de poder; se trata de repartirlo, hay que democratizar la relación hombre-mujer: «El hombre ya no es el dueño y señor de la pareja, sino un miembro más de la misma». Y de entrada hay que eliminar radicalmente las pautas del machismo animal: la agresión, la imposición, la violencia, la posesión, la humillación, el desprecio..., sobre todo porque atenta directamente contra los derechos humanos; es decir, no se trata tan sólo de un comportamiento inaceptable, se trata de un delito que se da con demasiada frecuencia. Vivimos en el siglo XXI, la mujer está evolucionando y el hombre se ha quedado quieto, asustado y sin ideas. No tenemos que modificar, tenemos que evolucionar. Es una partida de ajedrez; ellas juegan blancas y han movido pieza. Pero no vale nuestra antigua estrategia, tenemos que aceptar que la mujer se nos ha escapado de las manos, no podemos mover pieza hasta que no la conozcamos mejor, y para eso hay que estudiarla, observarla, escucharla, y si lo hacemos con devoción descubriremos que no es tan difícil relacionarse con ella. En realidad piden muy poco, incluso están dispuestas a aceptar una cierta dosis de machismo hasta que éste desaparezca con otras generaciones, pero no ese machismo vistoso, nostálgico y agresivo, no ese machismo de exhibición y competición, porque lo único que conseguirás de una mujer es una respuesta similar a la tuya. La mujer de hoy acepta cualquier reto, y si tú dices "hay que echarle un par de huevos", es posible que ella te diga: "pues si hay que echarlos, se echan". Unos dirán que han heredado lo peor de nosotros; yo más bien creo que nos imitan para servirnos de espejo. Las mujeres de hoy no quieren ir detrás del hombre. Se consideran un equipo de primera jugando en segunda y eso las vuelve competitivas y rápidas en la evolución, por eso es cada día más frecuente que el hombre diga a la mujer: «¿Por qué no me sigues?». Y que ella le conteste: «¡Porque voy delante!». En esta sala muchos pensaréis que es una pérdida de autoridad o de dignidad, pero no es así; es simplemente un cambio en la forma de entenderlo. Un día

descubres que tu mujer es más inteligente que tú y la primera reacción que tienes es la negación prepotente: «Eso es imposible, me hubiera dado cuenta». La segunda es de irritación: «Tu es que vas de lista por la vida». Y la tercera es de aceptación: «Soy una mierda». Esta es una pauta que hay que eliminar, sobre todo, porque nos perjudica directamente a nosotros. No seamos gilipollas, es mejor que tu mujer sea inteligente a que sea tonta..., aunque esté muy buena, si es tonta dura toda la vida, y lo de estar buena no... Además, si una mujer inteligente se enamora de ti, algo tendrás que tu no le das valor y que ella ha descubierto en ti, porque las mujeres inteligentes son más selectivas y tendrías que sentirte orgulloso de que una mujer inteligente te haya elegido a ti y no a otro. Cuando un hombre anuncia constantemente que su mujer es más inteligente que él, sube su valor en el círculo de relación. Yo lo confieso, mi mujer es más inteligente que yo y gana más dinero..., ¿tengo que sentirme humillado?... ¡No! Lo que me siento es afortunado, ligero; la responsabilidad se ha repartido, ya no llevo el peso yo solo... Ahora tengo tiempo para dedicarme a cosas que no son productivas económicamente, como esta asociación. Muchos aún no le veis las ventajas, pero son muchísimas. La pregunta que os voy a hacer es muy importante y persigue reflexión y sinceridad. Quiero que levantéis la mano todos los que penséis que vuestras mujeres son más inteligentes que vosotros.

Sólo uno levantó la mano. Un tipo de unos treinta y cinco años, de traje oscuro y gafas que le cubrían media cara. Pablo le animó a contar cuando descubrió que su mujer era más inteligente que él.

—Me llamo Miguel y soy abogado —dijo el hombre con seguridad—. Mi mujer también lo es pero cuando nos casamos dejó de ejercer. Tenemos dos hijos que cuidaba mi mujer, y cuando estos crecieron un poco Adela me dijo que quería volver a ejercer como abogada y que podía empezar conmigo porque aprendería mucho. Y así lo hicimos, la puse un despacho en el bufete y la fui pasando algunos clientes..., y al cabo de un año..., la mayoría de los clientes se habían ido con ella... Y ahora, a veces, me pasa alguno a mí. Conclusión, no sólo es más inteligente que yo, sino que gana más dinero.

—¿Y cuál fue tu primera reacción al describirlo?

—¡Pensé que era un imbécil!

Se oyeron por la sala risitas ahogadas. Miguel se sorprendió y miró a su alrededor. Pablo alzó la voz para imponerse y para que no se cortara el ánimo de confesión.

—¿Y cuál fue la primera reacción de ella?

—Pidió la separación de bienes.

Se produjo un murmullo mezclado con risas sardónicas. La mayoría había negado la posibilidad de que sus mujeres fueran más inteligentes que ellos y esto constataba

que la única inteligencia de la mujer era la astucia y que había que estar prevenidos, como estaban ellos. Daba la impresión de que a Pablo le había salido el tiro por la culata. Miguel ni se inmutaba ni entendía ninguna de las reacciones. Sus respuestas carecían de emoción, eran respuestas objetivas, reales, sinceras. ¿Por qué llamaban tanto la atención? Pablo le miraba intensamente, no se esperaba esa respuesta, pero se le iluminó la cara como si hubiera tenido una revelación.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal? —dijo Pablo dirigiéndose a Miguel.

—Claro que sí, las que quieras.

—¿Vives ahora mejor que antes?

—Sí, la casa es más grande y tenemos piscina y jardín...

—¿Compartís los gastos?

—Sí, claro, pero proporcionalmente. Como ella gana más, pues pone más dinero.

Lógico.

—Eso quiere decir que te estás beneficiando de que tu mujer sea más inteligente.

—Es un hecho.

—¿Y no te sientes humillado?

—Para nada.

—Vamos a ver, Miguel, hay algo que no entiendo: si todo va bien en tu pareja, ¿qué estás haciendo aquí?

—Verás, mi relación con Adela es buena, la quiero y ella me quiere, tomamos juntos todas las decisiones y, aunque tengamos separación de bienes, yo administro los despachos. Y tienes razón, es mucho más cómodo repartir responsabilidades en la pareja. Mi problema es otro; interiormente soy como dice el lema: "un miembro más de la pareja", pero exteriormente he perdido valor, la relación entre Adela y yo no ha cambiado, pero los demás sí han cambiado su relación conmigo, en el barrio he perdido categoría, todo el mundo la valora más que a mí. Incluso cuando voy a pagar en el mercado me dicen: «Si no tiene, déjelo, que ya me lo paga su señora». En la nueva casa ninguno de los obreros me pedía opinión, y si la daba me decían: «Hablaré de esto con su señora». Con los amigos pasa lo mismo, cuando suena el teléfono de mi casa es para ella. Y si no está me dicen: «Dile a Adela que me llame, que quiero que vengáis a cenar con unos amigos». Siempre Adela, Adela, Adela... Es como si yo no existiera, ¿comprendes?, me ningunean, pasan de mí, no existo para nada más que como marido de Adela, y aunque intento superarlo no lo consigo... Amo a mi mujer, pero a veces la odio; no por ella, sino por los demás. A veces he pensado en imponerme, pero... Adela cae bien a todo el mundo, tiene un montón de amigos y yo a penas tengo dos... o uno. Y lo de los clientes..., yo siempre voy al grano, pero ella no, ella los escucha, es una especie de abogada-psicóloga y, claro, tiene el despacho lleno todo el día, y no es que sea mejor abogado que yo, es que hoy día apenas hay jueces, la mayoría son juezas, y hablan el mismo lenguaje, y Adela es

muy brillante hablando y todo el mundo quiere escucharla y se ríen mucho con ella; es muy ocurrente y yo..., a mí me gustan las cosas serias... Estoy enamorado de mi mujer, la quiero..., pero a veces es que..., me provoca una sensación que no podría definir...

—Se llama envidia.

—¿Cómo dices?

—Que te parece normal que tu mujer sea más inteligente, gane más y tengáis separación de bienes, y eso quiere decir que has superado la pauta machista. Por lo tanto vuelvo a repetirte la pregunta: ¿qué haces aquí? No te puedo curar de algo que no padeces. Lo tuyo es envidia. Lo que para ti es imposible a ella no la cuesta esfuerzo, y envidias esa capacidad. No sé si nuestros ejemplos te podrán servir de algo, pero, como dije al principio, si una mujer inteligente se ha fijado en ti, aunque tu no lo sepas, algo tendrás. Pero tenlo claro, lo tuyo no es machismo, es envidia. De todos modos, gracias por tu intervención.

Aplaudieron, aunque estaban un poco confundidos. Todos veíamos una pérdida de control en el caso de que nuestras mujeres fueran más inteligentes y ganaran más dinero. En el fondo, lo que temíamos era una revancha, parte de nuestros argumentos machistas los proporcionaba el poder que daba «el llevar dinero a casa», y eso implicaba una determinada obediencia. Pero hoy algunas mujeres ganan más que su pareja y aunque al principio chirríe, llegas a asumirlo si compartes esos beneficios; pero si ella pide separación de bienes..., es más complicado. Hasta ahora eso sólo lo habíamos hecho los hombres... Yo no compartía mis bienes con Natalia, tenía una tarjeta y... Pero las veces que me he planteado casarme con ella siempre he pensado en la separación de bienes... ¿Por qué ellas no? Habrá que acostumbrarse. Eso es lo que quería transmitir Pablo, que volvió a dirigirse a todos.

—Y para terminar, volviendo al tema de inicio, hay ciertas pautas machistas que la mujer puede llegar a aceptar, como la de la protección física o anímica, pero no como una actitud de pleno derecho por parte del hombre, sino cuando ella lo desee. Es decir, si sientes placer protegiendo a tu mujer, tienes que permanecer como un taxi con el letrero de libre a todas horas, a la espera de que ella te lo pida. Yo, personalmente creo que si eso lo hacemos bien, sin que exijamos que nos lo agradezcan, nos lo van a pedir muchas veces. Ahora me gustaría que hiciéramos un repaso de las dos últimas sesiones y me gustaría que viniera hasta aquí un compañero que aún no ha intervenido. Me refiero a David.

Los asistentes aplaudieron y David se levantó y se dirigió al escenario, era un hombre de treinta o treinta y dos años, fuerte aunque de barriga cervecera, pelo corto que le daba un aire alopécico moderno; no es que fuera calvo, pero estaba en ello. Tenía mucha seguridad en sí mismo, sus movimientos eran lentos pero decididos, su mirada no era directa, pero no por intimidación, era una mirada de gran angular, no se

fijaba en los detalles pero captaba el conjunto y eso le daba un mirar de aparente suficiencia. Vestía deportivo, un pantalón vaquero y un jersey. Tenía ese toque de atractivo cínico de Jack Nicholson hace treinta años. Pablo se dirigió al conjunto.

—Hay estudios basados en encuestas que aseguran que la mayoría de las mujeres buscan en nosotros sentimientos y que nosotros buscamos en ellas sexo. Y la pregunta que le hago a David es la siguiente: ¿es eso cierto?

A David le surgió una sonrisa sexual acompañada de un seductor entorno de ojos.

—En el caso de ellas —exclamó— no tengo ni puta idea, pero en mi caso en concreto... rotundamente sí.

—¿Tienes novia?

—No, ¡cómo voy a tenerla si físicamente me encuentro estupendo!

—¿Qué quieres decir?

—Pues que me echaré novia cuando me gaste.

—No entiendo.

—Cuando esté hecho una mierda, cuando nadie me quiera me echo novia y a vivir, pero ahora no. ¿Tú sabes la cantidad de tías que te pierdes por echarte novia? Al ritmo que voy una media de dos al mes.

Varios gestos se asentaron en las caras de los asistentes, unos de envidia, otros de admiración, otros de incredulidad, y algunos mostraban en sus caras la esperanza de que eso también les ocurriera a ellos.

—Dos al mes son veinticuatro al año —apuntó Pablo.

—Más, porque en vacaciones estoy más receptivo.

—¿Qué tipo de chicas te gustan?

—Todas.

—Pero supongo que alguna te habrá gustado más que otras.

—Todas.

—Entiendo, pero quizá destaques a alguna por su forma de hablar...

—Sí, es verdad, pero es que a mí las tías que hablan mucho no te creas que..., yo eso lo tengo claro; o sea, yo con las tías charlar y eso no, para eso están los amigos, yo lo que quiero con las tías es "meter" y si están buenas mejor..., y si no también, porque yo lo que quiero es "meter"...

David hablaba sin prejuicios porque hablaba a hombres y no tenía que buscarles eufemismos a las realidades; ellos sabían de qué estaba hablando, cada frase que que pronunciaba era apoyada por gestos o movimientos que rezumaban a "macho" en estado puro. La sala le tenía cualquier cosa menos cariño. Había un exhibicionismo masculino en David que rechazaban. Además no representaba a nadie. Pablo le miraba entre escéptico y perplejo.

—Así que a ti lo de hablar con las mujeres...

—Es una pérdida de tiempo y no conduce más que a que te líen. ¿Y de qué vas a

hablar? Si no tienen ni puta idea de nada, no saben hablar de fútbol, no saben hablar de política, ¿de qué vas a hablar, de cosas de ella? ¡Anda y que se lo cuente a su madre! Ya te lo he dicho, yo lo quiero con las tías es "meter".

A Pablo se le fue la cara de perplejidad, miró sin respeto a David y, dirigiéndose al Público exclamó:

—Hoy es un día de suerte porque tenéis la oportunidad de conocer en directo a un tonto con suerte.

—¿Por qué me dices eso?...

—Mira, David, la naturaleza te ha hecho atractivo para las mujeres y eso es una suerte, no le pasa a todo el mundo. Pero como eres tonto, en vez de aprovecharte plenamente de ese don, que tanto apreciamos el resto de los hombres, nos dices que a ti "lo único que te gusta de las tías es meter". Es como beberse un reserva de Rioja como si fuera un vodka, sin olerlo ni paladearlo, sin sentirlo, buscando la borrachera inmediata, eliminando el proceso de degustación, de caricia a las papilas gustativas. No te interesa el mirar de una mujer, ni su risa, ni su voz, ni su pensamiento; para ti la mujer se reduce a tres partes: coño, culo y tetas. ¿A qué has venido, David? ¿A despertarnos la envidia? ¿A pregonar tus conquistas? ¿A que admiremos tu record? ¡Pues no! Muchas gracias, David, puedes sentarte.

David no se movió del sitio, pero su rostro si movió el gesto: se desdibujó la mirada seductora y se fijó en el suelo. El silencio era total, la pausa se alargaba pero nadie intervenía, todos miraban a David, intuían que quería expresar algo pero no se decidía. David levantó la mirada, la dirigió a Pablo y exclamó, sensible de voz y libre de expresión:

—Hay una chica...

Otra vez el silencio. Pablo seguía mirándole sin respeto, y David lo necesitaba para poder continuar. Pablo intuyó algo interesante y modificó su mirada, la transformó en comprensión. David lo captó y siguió el testimonio:

—... la conocí hace unos meses... Y creo que..., no sé, pero..., noté algo en mí que nunca había notado...

—Exactamente ¿qué fue?

—De entrada..., no me la quería "tirar".

—Es un buen paso.

—Jamás me había pasado con una mujer.

—¿Y qué hiciste?

—Lo de siempre, la miro, la sonrío y, si ella me sonrío, ya lo tengo claro.

—¿El qué tienes claro?

—Pues que he ligado.

—¿Y te funciona?

—Siempre. Total, que me voy hacia ella y la pregunto cómo se llama.

—¿Y después?

—La invito a una copa.

—¿Y después?

—La pregunto que si quiere que echemos un polvo.

—¿Así de rápido?

—Es que si te pones a hablar se te va la noche.

—Y si sentías algo más, ¿por qué la dices de entrada que si se quiere acostar contigo?

—¡Yo qué sé! Pensé que la gustaría, con el resto de las tías me funciona...

—¿Y con esta?

—Me hizo que le escribiera mi dirección en un papel y, cuando se lo doy, me dice: «Espérame en tu casa, pero si ves que no llego, empieza sin mi».

Los presentes acogimos con agrado aquella situación de fracaso y mejoró nuestra opinión sobre David, el cual miraba a Pablo sin entender lo que le había pasado.

—Vamos a ver, David —dijo Pablo—, yo no digo que no ligan con tus métodos, es más, muchas mujeres actúan como hombres, buscan en la relación sexo sin compromisos emocionales. Aun así, en el fondo ellas buscan respuestas físicas a través de los sentimientos, y esta chica de la que hablas, al parecer es una de ellas y tú sólo la dices «¿cómo te llamas?» y «¿quieres que echemos un polvo?». ¿Es eso un sentimiento?

—Para mí sí.

—¡Un aplauso para David... que no ha entendido nada! —Aplaudieron con sorna—. El sentimiento no es físico, sino emocional. Ella ya sabe que te la quieres tirar, ahora sólo quiere saber si eres capaz de sentir por ella algo más que deseo sexual. En una palabra, David, careces de sentimientos.

—Pero tengo veintitrés centímetros.

—Eso ayuda, pero no es suficiente. La mujer de hoy, después de aceptarte físicamente te tiene que aceptar sentimentalmente. Y si no pasa esa prueba, esos veintitrés centímetros se te quedan para tu uso personal e intransferible. La chica que te gusta te sonrío, es decir, te aprueba físicamente. Sin embargo, tú crees que ya has ligado, y eso no es así, has superado la prueba física, que ya es mucho, pero aún no has conseguido tu objetivo. —Pablo se dirigió a uno de la sala—. Fernando, por favor, ¿puedes venir un momento?

Era un joven pelirrojo de unos veintisiete años, con mirada limpia y aire ingenuo. Pablo continuó mientras le esperaba:

—Fernando me ha contado una anécdota que corrobora todo lo que intento transmitir: a la mujer se la atrae por lo físico y se la seduce por lo sentimental. Cuéntenos lo del bar.

—Estaba yo con un amigo mío, y una tía que estaba buenísima me sonrío... y mi

amigo y yo nos acercamos y empezamos a charlar con ella, y al cabo de un rato me coge la mano, me mira a los ojos y me dice: «¿Sabes lo que más me gusta de ti?». Y yo la digo: «¿el qué?». Y ella me dice: «¡Tu amigo!». Y desde entonces salen juntos.

—¿Y por qué, si Fernando había superado la prueba física la chica prefirió al amigo? Porque Fernando se pasó toda la tarde hablando del fichaje de Ronaldo y su amigo sólo hablaba de sentimientos. Gracias, Fernando. —El joven marchó y Pablo volvió a dirigirse a David—. A la mujer que hoy no se la conquista, se negocia con ella. Y tu quieres que se rinda sin condiciones ante el poderío de tus veintitrés centímetros. Vamos a ver, David, ¿qué es el sentimiento?

—Lo que uno siente, ¿no?

—Vas bien, David, no lo estropees que aún eres recuperable. Volvamos a la chica que te gusta. La miras, te mira, la sonríes, te sonrías...

David, como si se tratara de una reconstrucción de los hechos, se pone en situación y en su rostro vemos reflejadas las palabras de Pablo.

—... pero eso no es ninguna garantía, tienes que pasar la prueba definitiva, te acercas a ella... ¡Quita esa cara de conquistador que ya no se lleva! La mujer de hoy es independiente y no se la conquista. —Se dirige a los asistentes—: ¿Qué se hace, caballeros?

—¡Se negocia con ella! —contestaron los más aventajados.

—Exactamente —se dirige a David—. Tú quieres sexo y ella sentimientos, por lo tanto, aprovechando que te está sonriendo la dices: «Odiaré a todo aquel a quien sonrías como me has sonreído a mí».

—¿Tengo que decir eso a una tía?... —exclamó perplejo David.

—Por su puesto.

—Es que no me sale.

—Ya lo sé, por eso te lo estoy explicando; no es necesario que lo sientas, sólo tienes que decirlo.

—Pero es que si no lo siento no lo puedo decir.

—Pues finge que lo sientes.

—Pero ¿cómo voy a fingir una cosa que no siento?

—Voy a intentar explicártelo de otra manera. ¿No fingen ellas el orgasmo?

—Conmigo no.

—¡Otro aplauso para David, que esta vez se ha superado a sí mismo! —Aplauden todos entre risas. Pablo volvió a dirigirse a todo el conjunto—: Si ellas fingen el orgasmo, finjamos nosotros los sentimientos; si nosotros no nos damos cuenta, ellas tampoco. Si ellas nos imitan, vamos a imitarlas.

Pablo había vuelto a ganarse la comprensión incondicional de los asistentes, le volvían a ver como uno de ellos, volvía a usar atajos en la reeducación, era como un profesor de francés que tuvimos en el instituto y nos enseñaba trucos para declinar los

verbos, que eran imposibles. Era el profesor que más respetábamos porque nos ahorra mucho esfuerzo. La clave de fingir los sentimientos les habría muchas vías sin tener que modificar traumáticamente su comportamiento en pareja. Era un hallazgo. Yo también lo consideré así, que pena no haberme dado cuenta antes, lo hubiera usado con Natalia. ¿Era genial! No digo de usarlo constantemente, pero sí cuando estás desgano sentimentalmente, que no te sale nada, como dice David. Ese es el momento para fingir sentimientos. Pablo se mezcló con los presentes, a los que pidió que repitieran la frase que había sugerido a David para iniciar el proceso de seducción con la chica del bar.

—«Odiaré a todo aquel a quien sonrías como me has sonreído a mí» —dijo uno de forma mecánica.

—¡No se lo va a creer! Te falta sinceridad —exclamó Pablo. Después se dirigió a otro, que la repitió con una sonrisa de suficiencia—. ¡No se lo va a creer! Te sobra ironía.

Y así lo repitió con más de diez hombres, a los que iba eliminando por falsedad en su interpretación. El último lo bordó. Profundo, sincero, sensible, creíble, hasta yo me emocioné. Me llegaba muy cerca, cuando Natalia sonreía a los demás yo me moría de celos. Claro, que según Pablo, sólo se sienten celos cuando el amor es posesivo. ¡Pero es que para mí, el amor es posesivo! El caso es que Pablo estaba encantado con la última interpretación.

—¡Este es el modelo! Es convincente, se lo van a creer. —Volvió al lado de David—. Volvamos a la chica que te gusta, te acercas a ella y la dices la frase.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque no me sale, y si no me sale pues no lo puedo decir, y punto.

Pablo dejó entrever, mientras se tocaba con la mano izquierda la barbilla, una sonrisa perversa. David era como una presa que se le estaba resistiendo. Pablo cambió el tercio, se dirigió a la mesa de al lado, buscó entre los cuestionarios y sacó el de David. Se dirigió a todos nosotros.

—A la pregunta «¿Qué haces si tu quieres hacer el amor y ella no?, David ha elegido la opción «Te cabreas y la llamas frígida». A la pregunta «¿Cuántas horas habláis a la semana de vuestra relación?», David a dicho «Nunca». Y en «Has herido con un comentario a tu mujer», David se lo repite. Es decir, David sólo le da importancia a sus deseos, no habla con su pareja porque no le sale y si hiere a su chica en un comentario insiste porque cree que se lo merece. El modelo está claro, es el machista egoísta. —David empezó a mirarle con cara de ofendido, pero Pablo no se enterneció—. No es nada personal, David, conocerte es amarte... o rectificarte. Y si no quieres fingir un sentimiento no es porque seas sincero, es por egoísmo; sólo buscas tu propio placer. Tu piensas que como tienes veintitrés centímetros, ¡pues que

se entretengan con eso! Porque tú lo quieres es "meter", pero eres incapaz de decirles algo, aunque sea mentira, que las produzca un placer que venga de ti y no del que se buscan ellas jugando con tus veintitrés centímetros.

Pablo volvió a mezclarse con el público, haciéndoles preguntas cuerpo a cuerpo. Era un animador espectacular.

—A pesar de la ingenuidad de David, ha quedado claro que las mujeres fingen en ocasiones el orgasmo, pero la pregunta que yo os hago es la siguiente: ¿por qué lo fingen?

—Por quedar bien —dijo uno. Pablo negaba ligeramente con la cabeza.

—Porque las gusta actuar —exclamó otro, con idéntica respuesta por parte de Pablo.

Y así varios que respondían con lógica masculina. Luismi fue el más contundente.

—¡Por que creen que nos importa!

La sala volvió a reír a través del subconsciente colectivo, delatando el grado incurabilidad de algunos. La respuesta fue graciosa pero muy machista, y yo creo que por ahí no iba Pablo.

—No tenéis ni idea. Cuando la mujer finge un orgasmo que no siente lo hace como una demostración de amor y generosidad hacia el hombre. Primero porque no se niega a tener relaciones sexuales con él, aunque no la apetezcan en ese momento: acto de generosidad. Y después grita a los cuatro vientos lo bien que se lo está pasando para que el hombre no crea que se lo está haciendo con una muñeca hinchable: acto de amor. Y tu no eres capaz de fingir un sentimiento, aun a sabiendas de que vas a producir placer a tu pareja, porque crees que eso es una mariconada y tu eres muy hombre para decir esas cosas, pero sobre todo porque eres un egoísta que va a lo suyo, "porque a ti con las tías lo que te gusta es meter"... Pero no te preocupes, aún eres recuperable y de aquí no te vas sin que me digas la frase. ¡Venga, vamos! Imagínate que yo soy la chica del bar que tanto te gusta. Me sonríes, te sonrío, vienes y me dices...

David miró a Pablo comprendiendo por primera vez que era más obstinado que él y que si no hacía lo que le pedía no iba a salir en toda la tarde. Miró al público, que no conseguía reprimir las risitas de una situación que podía resultar muy ridícula si no se entraba en la conversación. David miró de nuevo a Pablo, que sonreía imitando a la chica del bar. A David se le escapó una risa que contagió a toda la sala. Pablo los calmó con las manos y desapareció aquel gesto. David volvió a mirar al público, después se pasó las dos manos por la cabeza, tragó saliva, miró a Pablo, hizo una gran pausa, entornó los ojos, suspiró ligeramente y, con un amago de sonrisa enamorada, le dijo muy lentamente: «Odiaré a todo aquel a quien sonríes como me has sonreído a mí». Silencio. Pablo movió la cabeza con satisfacción.

—Te puedo asegurar que por un momento me has hecho dudar de mi opción

sexual. Gracias, David, ha sido muy interesante tu aportación. —Le aplaudieron mientras volvía a su asiento. Pablo continuó—: Aunque fingido, David ha expresado un sentimiento creíble y demuestra que el fingir y la sensibilidad no son sólo patrimonio de la mujer, pero hay que expresarlo como él, con masculinidad, sin ceder a ese deseo de las mujeres de hoy, que quieren sacar la parte femenina del hombre: la ternura, la sensiblería, la lágrima, la debilidad... No caigáis en esa trampa, podemos ser débiles, o tiernos, o hipersensibles, pero en masculino, sin contener pero sin exagerar. Pero ellas, y mucha atención con esto porque es muy peligroso, quieren sacarnos la parte femenina para que dejemos de expresarnos con la razón y lo hagamos con los sentimientos, que es su lenguaje favorito. Por una parte está bien, así hablaremos el mismo lenguaje. Pero, por otra parte, la mujer lleva siglos intentando cambiar al hombre. Lo malo es que cuando lo consigue lo desprecia. ¡Hay que resistirse! Se han inventado el heterogay: opción sexual de macho y alma femenina, pero no caigáis en esa trampa. Escuchad antes el testimonio de Jesús, para el que pido un aplauso de apoyo.

Era un joven de la edad de David, alto y muy fuerte, moreno cetrino, duro de facciones, ancho de mandíbulas, cejas negras y pobladas que acentuaban un rostro indiscutiblemente de «hombre». Llegó al escenario y comenzó a hablar con mucha naturalidad.

—Pues estaba yo con mi novia y vemos pasar a un maricón con el pelo largo y eso..., y dice mi novia: «Qué guapo es». Y la digo yo: «Pero si es maricón». Y me dice ella que el hombre-hombre ya no se lleva, y que yo tenía que sacar mi parte femenina..., que no esté todo el día tan rígido y eso..., y que si algo me emociona y quiero llorar, pues que lo haga, que por eso no soy menos hombre, y que..., y que deje de hablar como si me estuviera peleando con alguien..., que sea más flexible y eso... Y estuve pensando: si me pide eso es porque la gusta, y como yo la quiero mucho una noche llegué andando como si estuviera desfilando en una pasarela..., estuve tierno..., delicado..., sensible..., suave..., apoyé mi cabeza en su regazo, la confesé que muchas noches paso miedo e incluso solté un par de lagrimitas...

—Y ella ¿cómo reaccionó?

—Muy mal, me miró como si me despreciara y me dijo: «¿Y esta mariconada a qué viene?».

—Gracias, puedes sentarte. Interpretemos esto. Las mujeres nos quieren duros por fuera y tiernos por dentro, muy bien, negociemos esa relación. Sensibles, sí, pero en masculino. Nos quieren más vulnerables, de acuerdo, pero en masculino... En una palabra, quieren que cambiemos en este aspecto y a mí me parece bien, pero cambiemos a nuestro modo, porque una cosa tengo clara: si no cambiamos nosotros mismos, nos cambiaran ellas y será mucho peor. Si a una mujer no se la da lo que necesita exigirá más de lo que la corresponde.

¡Impresionante! Nos había hecho un juego de chalaneo comercial para decirnos que si perdíamos un poco no estábamos ganando mucho. ¡Qué astuto! Si no nos entra por el convencimiento que nos entra por el interés. Pero ¿se pueden fingir los sentimientos sin sentirse un tramposo? ¿Es en realidad un acto de amor? El amor que aspira a ser sincero, ¿hay que mantenerlo a base de mentiras? Yo jamás habría fingido con Natalia ningún sentimiento y no creo que ella haya fingido nunca un orgasmo... que yo sepa... Bueno, una vez..., no, no creo..., o no sé..., ahora que lo pienso..., en una ocasión..., pero no, no puede ser..., se lo habría notado... ¡Joder, tenía que ser muy buena interpretando! Yo no sé lo que me pasa, pero cada vez que vengo a este sitio salgo peor. Pablo hizo un descanso.

Salimos a dar una vuelta. Le conté toda mi historia con Natalia. Me desahugué. Al terminar, Pablo me dijo:

—¿Te sientes culpable?

—No.

—Pues eso es lo que importa.

—No me vas a decir nada más.

—No hay más que decir, Jorge. La has cagado y ahora es irremediable, pero si tú no te sientes culpable no sufrirás.

—¡Joder, Pablo!, me estás juzgando y eso no es justo. A ti no te voy a engañar, lo de la chica esa no tenía ningún valor para mí; podía haberme ido al cine o ver la tele. Estaba muy ofuscado y no quería pensar. Jamás he engañado a Natalia, no se me puede juzgar por una coincidencia...

—Tranquilo, Jorge, soy tu amigo, te entiendo..., pero ella no lo ha visto así.

—¿Qué puedo hacer?

—¿La quieres?

—Sí.

—Pídelo ayuda, Jorge.

No esperaba esa respuesta y miré a Pablo desconcertado.

—No te entiendo.

—Que la llares y la digas que te ayude, que estás desorientado, confundido, hundido, destrozado. Que necesitas su ayuda para salir de esta confusión, que necesitas su opinión. Pídelo que te salve. Haz que se sienta necesaria para ti, imprescindible, pero sobre todo hazla sentir que estás convencido de tu equivocación.

—Vamos a ver, Pablo, en lo de la chica esa admito la equivocación y la pido perdón o lo que ella quiera, pero en lo demás la que está equivocada es Natalia.

—¿Por qué?

—A mí no me importa que ella trabaje, lo entiendo, es una mujer vitalista, pero que trabaje conmigo... o en una empresa donde yo pueda...

—¿Controlarla?

—¡Joder, Pablo, que no es eso!... Es..., mucho mejor para ella...

—Eres muy astuto pero a mí no me engañas. La quieres controlar directa o indirectamente, pero controlar. Y si se va con la amiga ya no controlas; eso es lo que te jode. Lo que siento es que has asistido a casi todo el cursillo y no has aprendido nada. Podrías escribir un libro que se titulara "Cómo fracasar en pareja en tres lecciones". Has hecho justo lo contrario de lo que hay que hacer. Conviertes a su amiga en tu enemiga, se la ocurre una idea y la dices que está equivocada y para colmo, la impones tu ayuda cuando ella quiere hacerlo sola. Resumiendo, ella quiere

ir a tu lado y quieres que siga siendo tu sombra. Y eso, aunque tú no lo reconozcas, es una pauta machista.

—Perdona, Pablo, es sentido común.

—Sí, pero sentido común machista. Te empeñas en no entender lo que te estoy enseñando: la mujer está evolucionando en su libertad individual y prefiere caer en un error suyo antes que «caer» en un acierto tuyo. ¿Vas comprendiendo? Libertad para tener sus propios errores. Y tú, no sólo la señalas los errores, algo que no te imaginas lo que jode, sino que encima quieres ayudarla a salir de ellos.

—Así es como yo entiendo el amor.

—Ya, pero creo que ella lo entiende de otra manera... Desde su punto de vista te has equivocado en todo y tienes que reconocerlo.

—Pero es que no es cierto.

—¡Finge que lo reconoces! ¿O no has asistido a esa clase? La dará mucho valor porque apreciará que te importa lo que ella siente.

—Pero si reconozco que me he equivocado en todo, mi relación con Natalia ya no será igual...

—Mejor que cambie a que no exista, ¿no? Tú me has dicho que la amas...

—Sí, la quiero..., pero no puedo reconocer como una equivocación algo en lo que tengo razón, va en contra de mis principios.

—Cambia de principios, a lo mejor lo ves de otra manera.

—No puedo, Pablo, en lo de la chica me he equivocado, pero en lo otro no.

—¿Te sientes culpable?

—No.

—Pues eso es lo importante.

Volvimos a la sala. Las risas se oían desde fuera. En el escenario estaba Rafa, un tipo gracioso de treinta y muchos años, vivo de gesto y ojos pequeños y rápidos. Contaba chistes de machistas y la sala se desternillaba. No todos, algunos hacían gestos de desaprobación.

—Y el último —exclamó Rafa al vernos llegar—. Una mujer le dice a un hombre: «¡Machista!». Y el hombre la dice: «¿Machista yo? Machista Dios, que os hizo inferiores».

Rafa fue el único que se rió, el resto contenían una sonrisa que no lograban camuflar. Habían visto a Pablo y querían demostrarle cierta mejoría en su comportamiento machista. El que de verdad sonreía era Pablo, que llegó hasta el escenario impidiendo que Rafa saliera del mismo.

—No te vayas, Rafa, que te quiero hacer una pregunta. ¿Tú crees de verdad que las mujeres son inferiores a los hombres?

—No, pero ¿sabes porqué las mujeres van vestidas de blanco el día de su boda? Para hacer juego con el microondas, la nevera, la lavadora...

Otra vez lo mismo: sonrisas reprimidas, risotada de Rafa y gesto de estupefacción sonriente por parte de Pablo.

—¿Te acuerdas de Cristina? La que estuvo el otro día... Me contó un chiste muy gracioso. Dice que una mujer, harta de ser acosada sexualmente por un hombre, sacó de su bolsillo un revólver, apuntó a su bragueta y exclamó: «¡O te estás quieto o te levanto la tapa de los sesos!».

A Rafa se le quitó la cara de cachondeo y parte de la sala, los más «curados», soltaron varias risas, que aumentaban en la medida que comprendían la ironía.

—¿No te ha hecho gracia?

—Es que..., no lo he entendido. —La risa fue general.

—¿Qué opinas del acoso sexual en el trabajo?

—Que habría que definirlo, porque lo que no puede ser es que te llamen acosador cuando uno es simpático...

—¿A ti te lo han llamado?

—Pue sí..., pero sin razón. Lo que pasa es que hoy día sonrías a una mujer y ya te acusan de acosador, y yo no lo veo así. Yo trabajo en una empresa con mucha gente y hay muchas chicas, y yo entiendo que acosar es que el jefe la diga que o se deja tocar o la echa; eso es acoso, pero lo que yo hago es ser simpático, y si veo que una compañera está muy guapa se lo digo...

—¿Y qué la dices?

—Pues no sé, lo que me venga en ese momento... «Estás de buena que te rompes» o «¡Cómo me pones con ese vestidito!». Yo es que soy muy ingenioso, pero lo digo sin intención, ¿entiendes?, es mi forma de alegrarlas la mañana..., pero ya me han puesto tres denuncias en la empresa... y no es justo... Además, a ellas las gusta, yo soy soltero y me paso en mi empresa más de ocho horas al día, y si veo a una chica que me gusta se lo digo; normal, ¿no? Pero últimamente no se lo puedo decir porque me denuncian por acoso sexual. ¡Pero no es acoso! Yo lo que quiero es ligar, ¿cómo ligo si no hablo antes con ellas? Y si lo hago con señas me denuncian por acoso gestual. O sea, no puedo decirlas nada ni hacerlas gestos... Total, que empecé con el móvil y una me denunció por enviarla mensajes...

—¿Cuántos mensajes la enviabas?

—No sé, unos diez o doce..., a veces más... Cuando se me ocurría algo se lo enviaba..., ¡como no podíamos hablar!

—¿Y qué la decías en los mensajes?

—Pues lo típico, desde «Hoy estás más guapa que nunca» hasta «Te lo comería todo». Pero me denunció por acoso a través del móvil. Joder, aquello ya parecía la Gestapo. Yo lo que digo es que antes a una mujer la decía «guapa» y te lo agradecía, y sin embargo hoy te denuncia.

—Sí, pero es que tú las dices cualquier cosa menos «guapa»...

—Porque soy ingenioso y se lo digo de otra manera y a una mujer la tendría que gustar que un hombre la diga que está muy buena. Yo soy el encargado de la sección de fotocopiado y el otro día me viene una secretaria que me gusta mucho para que la fotocopie un montón de cosas. Había otros delante y la dije que tardaría dos horas en atenderla, pero que si me daba un besito se lo hacía enseguida... ¡Y la gilipollas se puso a insultarme! Me llamó machista, cerdo, acosador ¡y yo qué sé! Y yo la dije: «Oye, oye, oye..., que es una broma!». Y me dijo que no la gustaban esas bromas. ¡Si es que no tiene sentido del humor! Se ha vuelto arisca. Yo estoy amable con ella, me pide que la cuele y yo la pido un besito. Me denunció al Jefe de Personal..., menos mal que es amigo mío y como tenía un contrato temporal no se lo renovaron... ¡Por borde! Otras sí me dan el besito y no tienen problemas. Bueno, yo para los besitos tengo un truco, pongo la mejilla y cuando me lo van a dar giro la cabeza y me lo dan en la boca. ¡Y no veas lo que nos reímos! Bueno, me río yo, porque ellas no le ven la gracia y se ponen muy bordes..., son tontas; si fueran más simpáticas conseguirían más cosas..., es verdad, a mi una mujer se me muestra abierta y eso y consigue de mi lo que quiera... Otra vino con un escote enorme y a mí se me va la vista, normal, ¿no? Y va la tía y me dice: «¿Qué miras?». Y yo la digo, «Nada». Y me dice: «¿Cómo que nada?, me estás mirando las tetas». ¡Será borde! ¿Por qué me pregunta si ya lo sabe? ¿Para ponerme en evidencia delante de todo el mundo? Y es una provocación porque se la salen las tetas del escote. ¿Por qué no se las tapa? Va así porque quiere enseñarlas y si las enseña no es que yo las mire, es que se me van los ojos. Normal, ¿no? Soy un hombre. Y si la digo: «A ti no hace falta que te las operen como otras», es un piropo. Y en vez de agradecérmelo me mira mal, como si estuviera ofendida. ¡Es que no lo entiendo! Yo no la he dicho que tiene las tetas caídas, que sería ofenderla..., y si no quiere que hable de sus tetas que no las vaya enseñando, que no somos de piedra. Como una que va todos los días con una minifalda impresionante y cuando viene a por fotocopias se espera en un sofá y al sentarse la minifalda se la sube y... ¡yo no puedo evitar mirarla las piernas! Y me denunció por acoso visual. Y yo la denuncié por inducción al acoso visual. ¡Si llevara las piernas tapadas no se las miraría, pero como va en minifalda se las miro! Es que no lo entiendo, se pone la minifalda para enseñar las piernas y después se cabrea porque se las miro. ¿A dónde miro si no? Si es que no lo puedo evitar, se me van los ojos. Hay otra que siempre viene con prisas y lleva un pantalón vaquero muy ajustado, de esos de talle bajo, que cuando se agacha se la ven las braguitas por la parte de arriba, y yo las miro, y ella se indigna. Joder, a mi no se me ven los calzoncillos... Pues si no quiere que se las vea que no las enseñe... Un día me viene y yo no podía atenderla, y me dice que si se puede hacer ella las fotocopias, y la digo que sí. Y cuando se inclina para hacerlas saca el culo hacia fuera y me quedo mirando por que se la marcaba todo, y la digo: «¡A ese culito que no le falte de nada!». Y me

dijo sin mirarme: «¡Vete a la mierda!». Yo no estuve grosero con ella, no la dije: «¡Vaya pedazo de culo», ni «Está para que te lo rompa». Yo sólo quería halagarla. Además, ella sabía que me gustaba su culo, siempre viene cuando estoy cerrando y tengo que estar un rato más por ella y lo único que hago es decirla: «¡Venga, por ser tú, pasa!». Y la doy una palmadita en el culo. Me miraba mal, pero a mí tampoco me hacía gracia el estar trabajando por ella fuera del horario. Pero un día, cuando terminó y fui a salir, la dije adiós y la di otra palmadita en culo. Se volvió y me metió un rodillazo en los huevos... ¡Ahora se jode, que llega mi hora de cerrar y cierro! Pero eso no es acosar, eso es: yo hago esto por ti y tú haces esto por mí, ¿o no? Además, es que van provocando. Por la calle pasa lo mismo, las mujeres van medio desnudas. A mí no me importa, pero, ¡coño!, que no me repriman cuando las miro..., y si las dices algo bonito, que te han provocado ellas mismas por como van vestidas y eso, se vuelven y te insultan... El otro día en un bar, que hay una tía que está buenísima sentada en una mesa, y lo mismo, con una minifalda de infarto, fijé la mirada en sus piernas y no la podía quitar, pero ella me dijo que la estaba poniendo nerviosa. ¡Joder, más nervioso me estaba poniendo ella a mí! Fue cuando la dije: «¡Si yo fuera tu novio no te sacaría de la cama!». Y la tía va y se marcha. Lo que puede ser es que vayan por ahí enseñándolo todo y que uno no pueda mirar. Oye, pues que no lo enseñen, y si lo enseñan que no te digan que las estás acosando porque las miras las piernas o las dices algo. Y lo del acoso en el trabajo es una gilipollez, porque yo tengo amigos que ligan mucho en los bares, pero yo no voy a los bares. Entonces ¿dónde ligo? Pues en el trabajo, y si viene una chica a que la fotocopie algo y me gusta pues se lo digo, y si me dice que no, pues se lo diré otro día, y eso no es acosar, eso es tener paciencia hasta que cambien de opinión...

Rafa pidió agua. Se la llevé yo que, como siempre, estaba en la barra, distanciándome de los demás. Pablo miraba a Rafa con comprensión.

—O sea, que lo que no entiendes es por qué las mujeres no son más simpáticas contigo con lo generoso que tú eres con ellas.

—Más o menos...

—¿Ligas mucho, Rafa?

—Más o menos...

—¿Cuándo fue tu última relación?

—Más o menos..., hace unos... cinco años..., más o menos...

—¿Te has preguntado porqué?

—Lo que te he dicho, que hoy las tías son muy bordes.

—¿Porque no agradecen tus piropos?

—Más o menos...

—Dime una cosa, Rafa, ¿tú crees que a las mujeres las interesan tus piropos? Mírate bien antes de contestar, tú no eres Brad Pitt ni George Clooney. ¿Tú crees que

la autoestima de una mujer hermosa se la sube porque tú la digas que está muy buena o que tiene unas tetas estupendas?

—Más o menos...

—No, Rafa, ellas ya saben que están muy buenas y las agrada que lo pensemos, pero no tanto que se lo digamos de esa manera tuya, porque todo depende de quién se lo dice, cómo se lo dice, qué la dice y donde se lo dice... ¿Quién se lo dice? Tú. ¿Cómo se lo dices? Sin preámbulos, de una manera directa y grosera. ¿Qué la dices? «A es culito que no le falte de nada».

—Eso tiene gracia.

—Es posible. Pero ¿dónde se lo dices? En el trabajo. En ese sitio no tiene ninguna gracia. Y lo primero que piensan es que no las respetas como profesionales. O sea, te estás cargando todo lo que están luchando. Ella es una secretaria y tú sólo ves "un culito". Y tú no puedes usar tu puesto en el trabajo para hacer favores a unas chicas a cambio de que aguanten tus groserías.

—Oye, Pablo, que la mayoría de las veces es de broma...

—¿Y por qué tienen que aguantar tus bromas en el trabajo?

—Algunas son graciosas.

—Eres recuperable, pero tienes un problema: has elevado la bajeza a categoría de normal. Si tú la dices en la intimidad a una chica a la que tú le gustas «A ese culito que no le falte de nada», es una expresión cariñosa y tiene gracia, pero si se lo dices a una secretaria cuando está realizando su trabajo, es una grosería machista. ¿Lo entiendes?

—Más o menos.

—Está bien, imagínate que se te acaba el papel para fotocopias y el encargado de esa sección es un hombre horroroso al cual sólo le gustan los hombres. ¿Entiendes?

—Sí, que es maricón.

—Más o menos... Tú tienes mucha prisa pero hay mucha gente antes que tú. El hombre te hace el favor de que pases el primero; después te dice repetidas veces que «A ese culito que no le falte de nada», y cuando te vas a marchar te echa mano donde tú ya sabes y te dice: «Este paquete está para abrirlo». ¿Cómo reaccionarías?

—Le daría un puñetazo.

—Ellas sólo te han mandado a la mierda.

—Pero no es lo mismo: tú me has puesto como ejemplo a un maricón.

—No, te he puesto de ejemplo a un acosador, que los hay con distintas opciones sexuales.

Rafa me recordaba a Juanjo, pero sin su ternura y sin vocación de cambio. Estaba convencido de que tenía ciertos derechos sobre las mujeres y que éstas tenían que sentirse halagadas con su comportamiento. ¡Era zafio, vulgar, cerril, grosero! ¡Y encima se creía gracioso! Lo que aún no he llegado a comprender es por qué Pablo

insistía en que yo era machista. Detestaba todos esos comportamientos. Los de todos ellos. Pablo estaba muy equivocado conmigo. Rafa iba a contestar, pero Pablo lo detuvo y se dirigió a todos nosotros.

—¿Quién de vosotros no dejaría a su mujer ni a sus hijas trabajando donde trabaja Rafa? —Todos levantamos la mano. Rafa se avergonzó, ya no era tan gracioso. Pablo volvió a preguntar—: ¿Por qué el acoso sexual es una pauta machista?

—Porque limita el derecho que tiene la mujer a ser acosada sólo por el que a ella la de la gana.

Respondió Luismi, ¿os acordáis?, el cínico comprensivo que casi estaba «curado». La respuesta creó regocijo y se entendió mejor.

—Exactamente —exclamó Pablo volviéndose hacia Rafa—. La mujer, primero, quiere ser respetada y a continuación deseada. Pero si tú no la respetas, no te concede el derecho a desearla.

—¿Y qué? Si a mí me gusta, la deseo igual.

—¡Eres recuperable! Porque lo bueno de ser tonto es que te superas a ti mismo con mucha facilidad.

—¿Qué me quieres decir?

—Que a mí también me gusta mirar por el escote de una mujer, y sus piernas, y su culo, pero tengo la inteligencia de hablar al mismo tiempo de cosas que no tengan nada que ver con eso.

—Pero si se visten así es para que un hombre las diga algo.

—Primero, se visten así porque las da la gana y quieren ser respetadas por eso, y segundo, si las dices «Hoy estás más guapa que nunca», se siente halagadas, pero si las dices «Te lo comería todo», fuera de lugar y en frío, eres un grosero.

—A veces las digo otras cosas.

—No tienes que decirlas nada.

—Entonces ¿cómo ligo?

—Como todos; esperando. Si la interesas, que en tu caso lo dudo mucho, ella te irá dando paso.

—¿Y si no me da paso?

—Pues, como todos, te jodes y te aguantas. Mira, Rafa, tú estás en un estado muy primario, pero me voy a hacer cargo de ti. A partir de mañana y durante tres meses no vas a ver mujeres, vas a ver profesionales: secretarias, dependientas, telefonistas, encargadas... ¿Vas entendiendo?... El primer mes sólo en el trabajo que realizan; al mes siguiente en la voz, y al otro mes en sus ojos. Anótalo todo, vienes aquí y lo comentamos entre todos. Si has mejorado, te quito el tratamiento, y si no, pues lo reforzamos un poco. ¿De acuerdo?

—Vale.

—¿Recuerdas todo lo que hemos dicho sobre la nueva mujer?

—Creo que sí. Que quiere ser respetada y después deseada. Y que si la acoso sin su permiso la estoy limitando el derecho a ser acosada por quien a ella la de la gana...

—Más o menos...

—Pues tranquilo, Pablo, que lo he entendido y te juro que voy a cambiar...

—Estupendo, Rafa. Entre todos te vamos a dedicar un aplauso...

Rafa lo detuvo.

—Espera, Pablo. Antes de irme, déjame contar el último: ¿en qué se parece las mujeres a unas gafas?... En que si no se las abren las «patillas» no sirven para nada...

El silencio fue sepulcral. Rafa insistió:

—¿No lo habéis entendido?... Si no se abren las patillas de las gafas no te las puedes poner, y si la mujer no abre de «patillas», o sea, de piernas, tampoco sirve para nada... ¿Seguís sin entenderlo?... Pues es muy gracioso y me lo ríen siempre...

Pablo le cogió del hombro y lo acompañó a su asiento. En ese momento entró una joven pareja, Miguel y Raquel. Pablo se dirigió a ellos muy cariñoso y se pusieron a hablar al margen de los demás, que cambiaban comentarios entre ellos. Yo me fui a la mesita del escenario en busca del cuestionario de Rafa. No tenía desperdicio. Pablo había anotado al final una definición: «Machista acosador». Había otra anterior que estaba tachada y decía: «Machista tonto».

Raquel tendría alrededor de treinta años, guapa, modelo ejecutiva, crispada y embarazada. El teléfono móvil la sonaba constantemente e interrumpía la conversación que seguía Pablo y Miguel, de la misma edad que su mujer, sonriente, relajado, receptivo y comprensivo. Pablo me los presentó y se quedaron conmigo en la barra mientras él se dirigía al escenario.

—Quiero dar la bienvenida a mis amigos Raquel y Miguel, que se han ofrecido a petición mía, a hablar de su relación, la cual nos puede aportar mucha luz, porque ellos representan el matrimonio moderno, sin diferencias consustanciales... Pero antes me gustaría despedir a un compañero que no puede quedarse hasta el final de este cursillo, que, como todos sabéis, termina hoy. Os anuncio que para el final vamos a tomar unas copas entre todos..., hay alcohol. Por favor, Javi, ¿puedes venir?

Tenía unos cuarenta y cinco años, seguro de sí mismo. Llegó con los aplausos y los agradeció con un movimiento gracioso que fue celebrado con risas. Era muy cordial y había hecho muchos amigos, y eso le permitía hablar con mucha naturalidad.

—Gracias compañeros, me lo he pasado muy bien con vosotros. Espero que os «curéis». Yo no quiero defraudar a nadie, pero este cursillo lo único que ha conseguido es hacerme comprender que vivo como un dios. Yo soy machista y no quiero dejar de serlo. A mí el machismo me viene bien, y a mi mujer también. Yo soy el hombre y ella la mujer. Yo no me meto en su cocina y ella no se mete en mi trabajo. Ella cría los hijos y yo los mantengo a todos. Lo tenemos claro. ¿Por qué vamos a cambiar? Llevamos así veinte años y nos va bien. Ella comprende cuando tengo ganas de hacer el amor y yo comprendo cuando ella quiere que la saque a cenar fuera. Así de simple. Si a mí no me gustan sus amigas, sencillamente no sale con ellas, y si alguna vez me ha pillado una infidelidad, yo se lo he confesado y ella ha comprendido que eso es cosa de hombres y que si una zorra te calienta la sangre, pues te la tiras y en paz, y no pasa nada, porque mi mujer sabe que la mayoría de las mujeres son unas zorras que provocan a los hombres. Y si yo llego tarde una noche o no voy a casa no tengo que dar explicaciones porque mi mujer sabe que yo siempre vuelvo. Yo reconozco que soy infiel, pero mi mujer lo sabe y entiende que esas cosas les pasan a los hombres. Y aunque no estoy de acuerdo con Rafa, sí le doy la razón en que las mujeres de hoy se visten para excitar a los hombres y que, si las dicen algo por la calle ellas se lo buscan, porque no se puede ir provocando. En fin, muchos tenéis mi teléfono, y si no os «curáis», me llamáis. Y a ti, Pablo, muchas gracias por todo. Siento no haberte servido de mucho.

—No te preocupes, Javi, yo soy como tu mujer: lo comprendo todo. Por cierto, la quieres mucho, ¿no es así?

—¡Pero cómo no la voy a querer si me ha dado tres hijos!

—Gracias, Javi, por lo menos eres sincero.

Se produjo un aplauso. Javi lo agradeció y salió del local. Pablo volvió a dirigirse a todos.

—Javi es el prototipo del «machista sin complejos». Asume su machismo como algo natural y no se plantea el cambiar porque le va bien con su mujer. Pero su ejemplo no es válido para vosotros porque a la mayoría de los que estáis aquí os va mal y tenéis que cambiar. Su modelo no es válido aunque su situación sea envidiable: hace lo que le da la gana sin prescindir de ninguna de sus pautas machista. Vosotros también lo podéis conseguir, pero tendríais que cambiar de pareja y elegir, o mejor encontrar a una mujer como la que tiene Javi: sumisa, gregaria, previsible y complaciente, lo cual, hoy día, además de no ser fácil, es aburridísimo. "Crisis" viene de "crecer". Una pareja sin crisis es una pareja estancada que, como el agua, cuando no se renueva huele mal. El tema es cómo vas superando esas crisis. Y para eso estamos aquí. Y como he anunciado, pido a mis amigos Raquel y Miguel que vengan hasta aquí y nos hablen.

Sonó el aplauso de rigor y Miguel se dirigió al escenario. Raquel estaba hablando por el teléfono móvil y hacía señas de que iba enseguida. Al medio minuto cortó la conversación telefónica al producirse un silencio total en la sala y ser sus palabras las únicas que se escuchaban. Se apresuró en llegar al tiempo que se disculpaba. Vestía un traje de chaqueta amplia que disimulaba bastante su estado de embarazo.

—Perdonad, es que tenía una llamada muy importante de mi despacho y he tenido que atenderla... Ya le dije a Pablo que no era seguro que viniera porque me coge en horario de trabajo y..., la verdad es que he tenido que hacer un gran esfuerzo para venir. Además, yo no sé de qué va esto porque nadie me ha contado nada...

—Cariño —intervino Miguel—, te lo he contado varias veces, pero es que tú no me escuchas.

—Sí te escucho, pero lo que no puedes hacer es llamarme al despacho para contarme estas cosas, porque tengo en ese momento muchos temas en la cabeza y te atiendo porque eres tú, pero no me puedo concentrar en lo que me dices. Tenías que haberme mandado un fax o un mail, pero da lo mismo, ya estoy aquí y hablamos de lo que queráis... —Sonó de nuevo su móvil—. Perdonad, es un segundo. —Se dio la vuelta y atendió la llamada con mucha energía, como si la estuviera esperando—. ¡Sí, dime! No, perdona, me dijiste que el informe lo tendría el día dos, estamos a cinco y aún no lo tengo... ¿Cómo que no pasa nada? Mira, Juan, o lo tengo esta misma tarde en mi mesa del despacho o mañana paso un informe a Dirección. ¡Adiós! —Colgó y volvió con nosotros—. Perdonad..., es que no tenía que haber venido porque estoy desesperada de trabajo. Por venir aquí me tendré que quedar esta noche hasta no sé cuando, porque un par de ineptos me han traído tarde unos informes y los tengo que

revisar antes de pasárselos a mi jefe, que el muy imbécil se va a pensar que soy yo la que detiene la cadena de producción, y yo nunca detengo nada. También le puedo pasar los informes sin leerlos, pero no me parece responsable...

—Cariño —apuntó Miguel—, Pablo lo único que quiere es que les contemos un poco nuestra relación. ¿Recuerdas que te hablé de Machistas Anónimos?

—Sí, es verdad, pero es que me pillaste en plena reunión de Jefes de Área y...

—No importa —intervino Pablo—, se trata de conocer un poco la relación de una pareja en la que trabajan los dos fuera de casa. ¿Cómo os organizáis? ¿Cómo os repartís las responsabilidades? ¿Si trabaja más en casa uno que otro?... Todos los que estamos aquí somos machistas y nos gustaría saber como vive una pareja en la que él no es machista, como le pasa a Miguel.

—Perdona, Pablo, Miguel es el más machista de todos, porque sabe que tengo mucho trabajo, sabe que estoy embarazada y es incapaz de hacerme la cena cuando vuelvo de trabajar.

—Un momento —dijo Miguel—, ¿no quedamos en que esta semana yo compraba en el súper y tú hacías la cena?

—Sí, pero tienes que comprender que llego agotada del trabajo.

—Y yo también llego agotado.

—¿De donde? ¿De la sauna? Porque tú sales de trabajar a tres y por la tarde te da tiempo hasta de ir al gimnasio: jacuzzi, piscina, sauna. ¿O no es así?

—Así es cariño, y no veas lo que agota la sauna.

—¿Lo veis? Mientras yo trabajo él está en la sauna.

—O viendo la tele, o leyendo o no haciendo nada; es mi tiempo libre y quedamos en que si tú cocinas, yo compro y limpio. Pero si lo tengo que hacer yo todo, me rebelo. Yo trabajo de ocho a tres y tú de ocho a ocho, o a nueve, o a doce... Haz como yo, trabaja menos... Si te van a pagar igual.

Miguel no la acorralaba, la planteaba otras opciones más convenientes para la pareja, pero me daba la impresión de que Raquel no quería otras opciones. Se dirigió a Pablo buscando un cómplice.

—¡Es para odiarle! Gana más que yo trabajando la mitad. Su jefe es como un amigo de la infancia, y como su oficina le cae cerca, come en casa todos los días. ¡Hasta echa la siesta!

—Eso es vivir —dijo Pablo.

—¡Y encima me lo cuenta! Dice que lo hace para enseñarme a ser más práctica, a saber apreciar mis prioridades, que yo también podría tener una vida más relajada si quisiera...

—¡Qué condescendiente!

—¡Eso es lo que más me irrita! Me gustaría saber si seguía siendo tan amiguete de su jefe si estuviera embarazado.

—Llegamos a un acuerdo, cariño. Si tú quieres trabajar más horas, hazlo, pero no a costa de mi tiempo libre.

—Pero, vamos a ver, soy una ejecutiva, esposa y embarazada a la vez, y quiero llevar las tres cosas, pero si tú no me ayudas es imposible.

—Trabaja menos.

—¡Que no puedo! Tengo res-pon-sa-bi-li-da-des, familias que dependen de mí, muchos puestos de trabajo. Si yo me voy a las seis seguro que algún inepto me colapsa la producción y al día siguiente me toca quedarme hasta las mil, y doy pie a los otros directores, que son todos unos carrozas ineptos y machistas, para que digan que no se puede dejar un cargo de responsabilidad en manos de una mujer joven. ¡JAMAS! De aquí directa al paritorio, ¡por mis huevos!

El final de la frase chocó bastante, aunque se veía venir por el tono de Raquel. Pero volvió a sonar su móvil y la atención se disgregó. Raquel miró de quien se trataba y lo atendió.

—Dime, Gema... No, dile que no, que de mañana nada, que como mucho dentro de una hora y lo quiero en mi despacho... ¡Pues claro que tienes que quedarte! ¡Ya sé que tu hora de salir es a las siete, pero tienes que quedarte! Pues llamas a tu novio y le dices que tienes que quedarte, y punto... Tú haz lo que quieres, Gema, pero te recuerdo que te renuevan el contrato el mes que viene... Eso está mejor. Ah, si me llama el jefe estoy en el ginecólogo... Hasta luego. —Se dirigió a Pablo después de desconectar—. Es un machista —dijo señalando a Miguel—, porque yo el matrimonio y el trabajo los llevo bien, pero es que ahora estoy preñada porque a Miguel le entraron las prisas de querer ser padre. Que fácil es decir que quiere uno ser padre cuando no tiene que cargar con esto. —Miró la hora—. Trabajando de ocho a tres yo también querría tener niños... ¡una docena si hacía falta!

—No seas injusta, Raquel —dijo Miguel—, quedamos en que cuando naciera el niño yo me encargaría de criarlo, que tengo más tiempo.

—De eso nada, para que salga tan machista como tú. Lo cuidaré yo.

—Pero si no tienes tiempo.

—Me lo quitaré del tiempo de fumar... o quizá pueda cogermelo alguno de los 116 días de vacaciones que me deben... No sé cómo, pero lo lograré, soy una mujer moderna, siempre saco tiempo para llevar adelante todos mis proyectos. Enseñaré a mi hijo a comprender mejor a las mujeres, seré su amiga, su confidente, le enseñaré a guisar...

—Cariño, tú no sabes guisar.

—¡Aprenderé! Buscaré la página web de Arguiñano —volvió a mirar la hora—. ¡Uff, tengo que marcharme!

—Espera un momento, Raquel, hablemos con calma, tenemos un problema y hay que resolverlo. Cuando nos casamos quedó bien claro que si tu trabajo alteraba

nuestro matrimonio, dejarías el trabajo. ¿O no fue así?

—Pero es que no es el trabajo lo que me altera, es tu comportamiento.

—Pero si yo estoy muy relajado. Eres tú, que cuando vuelves del trabajo te pones a chillar como una histérica.

—¡Qué poco comprensivo eres! Llego cansada, histérica, acelerada, ¿por qué no te puedo chillar? —Se dirigió al público—. Cualquiera embarazada puede chillar a su marido, pero yo no, porque en cuanto le chillo me dice que deje el trabajo. Pero yo no quiero dejarlo, a mí me relaja trabajar... Bueno, no me relaja, pero me da la independencia... Vale, mi jefe me agobia un poco, pero por lo menos no estoy todo el día metida en casa... —Descubría la realidad—. ¡Estoy todo el día metida en la oficina! Por eso quiero gritarle, pero no puedo porque él me dice que deje el trabajo. Lo hace para fastidiarme, para que no le pueda gritar, ¡el muy cobarde! Y si no le grito a él, ¿A QUIEN LE GRITO YO? Porque yo necesito gritarle a alguien, ¡por Dios! ¡Que estoy de seis meses! Y en la empresa no puedo gritar a nadie. Una directora no puede ser una embarazada furibunda. No puedo gritar a nadie de mi familia. Mi madre me huye y mi suegra es totalmente ajena a mi realidad; lo único que me dice es —puso voz de desprecio y como imitando a la suegra—: «Qué feliz debes de estar, qué feliz debes de estar, yo cuando estaba de seis meses era la mujer más feliz del mundo». Claro, porque no tenía otra cosa que hacer. Qué generación más rara; nos cargan a sus hijas de ambición y luego esperan que seamos unas geishas con sus nenes, a los que han enseñado a no ser como sus padres. ¡Qué alguien me lo explique!

Pablo intervino con el afán de contemporalizar:

—Tienes razón, Raquel, no es nada fácil lo que estás haciendo. Yo te comprendo, te falta tiempo para hacerlo todo y lo único que le pides a tu marido es que te ayude. Ahora nos gustaría conocer lo que opina Miguel.

—Yo también comprendo a mi mujer —dijo Miguel dirigiéndose primero a Pablo y a continuación a todos los contertulios—, tiene inquietudes, es dinámica, independiente, inteligente y estoy enamorado de ella. Los dos decidimos tener un hijo y también decidimos que si su trabajo la quitaba tiempo, dejaría por un tiempo el trabajo...

—No seas injusto, Miguel, tú sabes lo que me ha costado llegar a donde he llegado, tú sabes la cantidad de trabas que me han puesto por ser mujer, tú sabes que he tenido que demostrarles a todos esos machistas que soy más responsable que ellos, y si ahora soy directora de área, la única directora de área de la empresa, ha sido porque mientras los hombres se marchaban a las seis de la tarde, sin terminar su trabajo, yo me quedaba hasta las diez haciendo informes o preparando la estrategia del grupo que dirijo. Si dejo el trabajo ahora, cuando vuelva mi puesto lo habrá ocupado un hombre.

—¿Y qué? Podemos vivir de mi trabajo.

—No lo entiendes, Miguel, yo soy un ejemplo para otras mujeres a las cuales las discrimina el prejuicio de que no se puede contar con ellas; que si no viene porque tiene la regla, que si se van porque se casan, que si un año de excedencia para criar a un hijo... Me niego, tenemos que demostrarles a todos que podemos ser tan productivas como el hombre, y mucho más si queremos. Y si tú me quisieras me ayudarías y llevarías tú solo la casa, y cuando yo volviera por las noches derrengada me gustaría tener sobre la mesa algo más que una pizza, y que me prepararas un baño caliente, o mejor, como yo no tengo tiempo de ir al "gym", instala un jacuzzi en nuestro cuarto de baño, pero no me pidas que deje mi trabajo porque en este momento no puedo... —Sonó el móvil y lo atendió con urgencia—. Sí, Gema, diles que llego en cinco minutos... No, no les digas que estoy en el ginecólogo, diles que estoy con un cliente. —Desconectó y volvió a dirigirse a Pablo—. Lo siento pero me tengo que ir. —Se dirigió a Miguel—. Supongo que me llevas, porque no me he traído coche.

Salieron del local. Pablo sonreía satisfecho. Había conseguido lo que se proponía y sobraban las palabras. Yo también me sentía satisfecho, había presenciado la realidad cotidiana de una mujer nueva, como dice Pablo, independiente, y con una relación horizontal con su marido, y me resultaba, como yo suponía, un auténtico fracaso. Raquel era una mujer competitiva profesionalmente, imitaba al hombre y lo exageraba, usaba su poder de forma masculina y su única obsesión era demostrar, demostrar, demostrar... Yo la acusaría de bigamia: se había casado con Miguel y con la empresa, y los tenía que atender al mismo tiempo. ¡Era una locura! Pablo volvió a tomar la palabra.

—Raquel es una nueva víctima del machismo. La falta de igualdad de oportunidades en el trabajo hacen que las mujeres profesionales trabajen más por menos. El hombre no tiene que demostrar nada y la mujer lo tiene que demostrar todo. Y si consiguen un cargo de poder, mucho más. Y encima han adquirido una responsabilidad colectiva, la misión de cambiar la opinión que de ellas tienen ciertos sectores machistas. No es fácil para ellas. Su exagerado compromiso profesional choca contra los intereses de la pareja y aunque aparentemente el problema parezca de ella, en realidad es nuestro. Hay que eliminar los prejuicios machistas en el trabajo. Si Raquel fuera considerada «como un hombre», saldría a su hora y tendría tiempo para todo. También podría dejar su trabajo y dedicarse a su familia..., pero esa es una decisión que deben tomar ellos. Nosotros vamos a tomarnos unas copas y a despedir este cursillo.

El ambiente se distendió. Juanjo ayudaba a Pablo en la barra a servir copas. Entre los asistentes se pasaban números de teléfono y promesas de que se llamarían. Yo revisaba los cuestionarios y hacía anotaciones para recordar los comportamientos de la mayoría de ellos, o quizá para demostrarme a mí mismo que no tenía nada que ver con aquellas formas de conducta. Llegué a entender la misión de Pablo: despertar en algunos hombres una nueva conciencia en relación con la mujer a base de reconocerla en la actualidad. Había señalado los factores importantes que fueron puntos de partida para estos cambios: los anticonceptivos, el alejamiento de morales religiosas y la independencia económica de la mujer, basada en la entrada de ésta en el mercado laboral. En el caso de todos ellos, las terapias de Pablo eran necesarias. Se trataba de desincrustar creencias heredadas en las que el hombre era superior a la mujer y por lo tanto tenía la obligación de protegerla y dirigirla. Alguien propuso un brindis general: «Por Pablo». Todos formamos un círculo alrededor de mi amigo de la adolescencia, el líder de la pandilla. Pablo tomó la palabra.

—Brindo por todos vosotros, que formáis la primera generación de machistas reciclados. Brindo por vuestro esfuerzo en tratar de comprender «que el hombre ya no es el dueño y señor de la pareja, sino un miembro más de la misma». —Bebimos. Pablo continuó—: Podéis recoger vuestros cuestionarios, y cada uno de ellos tiene un comentario, algo así como «deberes» para hacer en casa. Básicamente quiero que recordéis que la mujer está en proceso de cambio, en busca de su propio espacio, y que hay que dejarlas que sigan solas su transcurso, y que cualquier injerencia por parte nuestra va a ser mal interpretada; tenemos que ser cautos, sensibles, oyentes, mirarlas como seres oyentes más que como una propiedad, compartir en vez de imponer, conocerlas como realmente son, no como a nosotros nos conviene que sean. Y tener bien presente que esto no es una pérdida de poder sino un reparto más justo del mismo. En la medida en que avancéis en este comportamiento descubriréis que sólo nos hemos quitado lastre; el hombre es otra víctima del machismo y la conservación de esas pautas provoca el enfrentamiento directo con la nueva mujer, que reivindica ser respetada incluso en sus errores. El machismo ha intoxicado también a la mujer, lo habéis visto en Raquel; imita el rol de poder del hombre con todos sus síntomas, es autoritaria, ambiciosa, competitiva, y no se da cuenta de que está a punto de sacrificar su éxito emocional por el éxito profesional. La mujer quiere demostrar que está de preparada que el hombre para la responsabilidad y el éxito. Hay que dejarlas que lo hagan, sin obstáculos y sin ayudas. Cuando terminen ese cambio..., ya veremos lo que hacemos; mientras tanto, seamos inteligentes y recordad que "si perdemos un poco ya estamos ganando mucho". Y si lo pensamos detenidamente, no perdemos nada más que lo que nos sobraba; un conjunto de pautas

que atentan no sólo contra la mujer sino contra el ser humano. En el próximo cursillo, que será dentro de dos meses, espero ver vuestros progresos. Muchas gracias a todos.

Todos aplaudimos. Pablo se separó del grupo y se acercó hasta donde yo estaba.

—¿Qué vas a hacer?

—Supongo que irme a casa.

—Me refiero a tu relación con Natalia.

—Olvidarla. No es la mujer que yo amaba.

—No reconoces su verdadero sabor.

—¿Qué?...

—¿No te acuerdas? Las mujeres, por amor, disfrazan su sabor y tratan de parecerse al que tu deseas, pero tarde o temprano imponen el suyo. Sólo tenías que atreverte a probarlo.

—Me sabe raro.

—Te sabe extraño, inesperado, pero puede ser bueno.

—Pablo, te agradezco tu esfuerzo, pero yo no soy como ellos. Mi fracaso no es porque mi conducta sea machista. Es porque amo a la mujer equivocada. Yo no soy machista; todas las mujeres de mis amigos me usan como ejemplo de un hombre que entiende a la mujer, que la aprecia, la respeta y la valora. Nadie me ha llamado jamás machista, sencillamente porque no lo soy.

Pablo me miró fijamente en silencio, me daba cuenta de que estaba penetrando dentro de mí, buscaba algo. Al cabo de un rato creo que lo encontró.

—Primero, tú tienes mucho estilo, eres educado, inteligente, culto, elegante de modales, mundano, y esas cualidades impiden ver las pautas machistas que subyacen en ti, las ocultan. Por esa razón nadie se da cuenta de que eres machista, pero lo eres; tienes unos residuos de fondo que no dejarán de existir hasta que reconozcas que existen. Dicho con todo cariño, perteneces al grupo de los «neomachistas» y tienes tu propio estilo, por eso la gente ignora que eres machista. ¿Y sabes por qué? Eres «el machista invisible».

Volvió a dejarme sin palabras. Tenía argumentos que no me salían las palabras adecuadas para expresarlos, o a lo peor mis argumentos sólo eran deseos personales sin objetividad y las palabras se negaban a formar parte de ellos. Nos dimos un abrazo de despedida y quedamos en llamarnos. Antes de marcharme me dijo:

—Deja la búsqueda y practica el encuentro.

Me fui con la frase..., ¡me fui con la puta frase!... ¿Era un acertijo? ¿Era una pauta? La munición dialéctica de Pablo nunca se acababa, y como despedida había colocado en mi cerebro una carga de profundidad con temporizador. Tendría que esperar a que explotara para entenderla.

Pasaron varios meses y no conseguí ni olvidar a Natalia ni entender la frase de Pablo. O puede que la entendiera subconscientemente. Cambié bastante de

costumbres: me inicié en el pádel, vi mucho cine, recuperé amigos, leí bastante y realicé varios viajes de placer. Tuve en muchas ocasiones la tentación de saber de Natalia..., pero no lo hice. Ella tampoco me llamó. Una noche, siete meses después de la última vez que nos vimos, me la encontré saliendo de un cine. Iba acompañado por Alfonso, que según ella era gay... ¡Lo era! En aquel momento apareció un joven de aspecto varonil y ademanes femeninos. Nos saludamos y Alfonso y su amigo se despidieron de nosotros. Nos quedamos solos.

—¿Tienes coche? —la dije.

—Sí.

—¿Te sacaste el carné?

—Sí.

—¿Sigues viviendo en casa de Patricia?

—No.

—Bueno, pues..., ya sabes mi teléfono..., cuando quieras que cenemos juntos me lo dices...

—Ahora.

—¿Como?

—Que son las nueve y tengo hambre, ¿por qué no cenamos ahora?

Sus monosílabos me hacían pensar que no la agradaban mis preguntas ni me presencia, pero al final me sorprendió tanto su decisión que no sabía como reaccionar. Natalia señaló un restaurante que había frente al cine y entramos. Tuvimos suerte, era íntimo. Natalia estaba más guapa que nunca, el pelo mucho más corto, vestía pantalón cazadora y calzaba deportivos. No dejaba de mirarme, me buscaba los ojos, y cuando los encontraba me sonreía. Sinceramente, me sentía intimidado; nunca me había mirado con tanto descaro ni con tanta seguridad.

—Estás más guapa que nunca.

—Gracias, tu también. ¿Haces deporte?

—Bueno, algo de pádel...

—¡Pues a ver cuándo jugamos! Te advierto que soy la número uno de mi empresa.

—¿Sigues con Joaquín?

Sonó su teléfono móvil y relegó la respuesta. Se disculpó y atendió la llamada diciendo que era muy importante.

—Hola, Antonio, ¿qué tal en Bruselas?... ¿Y a qué hora llegas mañana?... No te preocupes, el proyecto está en tu mesa, pero me gustaría antes comentarlo contigo... ¿Desayunamos juntos?... Es importante, Antonio, he tomado una decisión y no sé si la compartes conmigo... He apartado del grupo a José Luis... Es que lo desestabilizaba, a penas acude a las reuniones, no viene con planteamientos serios, se va cuando le da la gana y crea confusión... Perdona, Antonio, no da ni puto golpe, lo

único que hace es criticar lo que hacemos y, sobre todo, no me respeta. Anoche nos quedamos todos hasta las tantas para acabar el proyecto, le digo que se quede para terminarlo con nosotros porque es urgente y me dice: «Si es urgente puede esperar a mañana, si fuera importante me quedaría». Y se marchó... Antonio, tu eres el presidente y yo hago lo que tu quieras, pero me gustaría antes comentarlo contigo personalmente... Venga, vale, mañana lo comentamos... Ciao.

Estaba anonadado, hice verdaderos esfuerzos para que la perplejidad no se apoderase mi rostro delatando mi asombro. ¡Qué seguridad! ¡Qué determinación! ¿En qué trabajaba?

—Perdona, Jorge, ya estoy contigo —me dijo—. Te respondo a la pregunta: no trabajo con Joaquín, aunque sí en la misma empresa. Me recomendó para formar parte del grupo de expansión, hicimos un cursillo y ahora dirijo mi propia área.

—Enhorabuena —la dije conteniendo mi alucinación.

Habló durante toda la cena, a veces conmigo y a veces por el móvil sobre el trabajo. Yo estaba impresionado. ¡Se parecía tanto a mí! Quiero decir, en la manera de expresarse profesionalmente. Yo sólo la escuchaba. Apenas habló de mí, no me preguntó nada y entendí que mi vida carecía de interés para ella. Seguí escuchando. Me hablaba sobre todo de lo excitante de su trabajo, de las ideas que quería desarrollar y de las dificultades que tenía para imponerlas por echo de ser mujer. Terminamos de cenar y me invitó a tomar una copa en su casa, vivía al lado. Llegamos. No sabía qué decir, estaba demasiado abrumado, no me atrevía a realizar ninguna propuesta. Era como una desconocida. Natalia volvía a sonreír, el vino siempre la produjo un estado de ánimo especial. Su sonrisa volvió a estimular todos mis sentidos y estuve a punto de decirla: «Odiaré a todo aquel a quien sonrías como me has sonreído a mí». Pero no lo hice, me lo impidió el sonido del móvil de Natalia.

—Dime, Antonio... No es un problema de acercar posiciones, es que no me respeta, y si tu me has nombrado jefa de ese departamento, José Luis tiene que aceptar mis decisiones y cumplirlas, pero no lo hace porque no me respeta... Lo siento, Antonio, pero no quiero a José Luis en mi grupo. O se va él o me voy yo... ¡No me pongo de ninguna manera, pero no soporto esa falta de respeto! ¡Eso está mejor! ¡Hasta mañana!

Apagó su móvil y durante unos segundos mantuvo la crispación de frustración autoritaria que tenía. Yo no sabía qué hacer, había perdido mi capacidad de decisión. Era como un boxeador al que tiran a la lona en el primer asalto y no se recupera en todo el combate. Natalia volvió a sonreírme, me agarró de la chaqueta, me atrajo con determinación hacia ella u me besó. No me lo esperaba. Lo deseaba..., pero tan rápido, no de esa manera, yo necesitaba hablar para calmarme, no controlaba la situación y eso me creaba un estado de tensión. Me besó con pasión y posesión. Me recordaba a mí cuando yo la besaba. ¡Qué sensación más extraña! Era como bailar

con una chica que te lleva el paso. Me tumbó en el sofá, se subió encima de mi e hicimos el amor... Yo seguía siendo muy sensible a la piel de Natalia, pero mi cerebro rechazaba ese cambio de rol. No soporto la pasividad sexual, necesito controlar, dirigir, dominar, dar... Duró mucho, en otro momento me hubiera sentido orgulloso, Natalia estaba gratamente sorprendida de mi rendimiento sexual..., pero no era potencia, era indolencia y rigidez. Natalia imponía las posturas, el tiempo de cada una de ellas y el lugar: el salón, la cocina, el hall..., menos mal que acabamos en la cama, porque mis piernas ya no resistían más, mis movimientos eran cada vez más mecánicos, aquello no acababa nunca, me estaba angustiando, estuve a punto de conseguirlo varias veces pero no alcanzaba el grado de desbordamiento. ¡Fingí el orgasmo! Fue la primera vez en mi vida. Natalia se lo creyó y al terminar me dijo: «Te quiero». Yo también me lo creí.

—Podemos volver a intentarlo.

—¿El qué?

—Lo nuestro.

Se me calentó el corazón y al mismo tiempo se enfrió mi ánimo, se me había adelantado, iba a decírselo yo..., pero me lo propuso ella. Volvió a sonreírme y perdí mis pocas defensas.

—La última vez que nos vimos iba a decirte que si querías casarte conmigo.

Natalia sonreía y negaba ligeramente moviendo la cabeza. Rozó sus labios con los míos, a modo de cariñoso beso, y me dijo:

—Yo no hablo de casarnos, me refiero a vernos como esta noche, de vez en cuando..., pero con libertad, ¿entiendes?, sin preguntas comprometidas. Me gustas mucho, Jorge, y te quiero, pero mi vida ha cambiado mucho, tengo responsabilidades profesionales que me ocupan mucho tiempo y... —Hizo una pausa y me miró, creo que con mucho amor. Después apoyó su cabeza en mi hombro y yo la protegí con mis brazos..., sentí su fragilidad... y me excitó. Esta vez con mucho deseo. Su voz era una caricia para mis oídos—. He pensado mucho en ti, te he echado de menos..., y me gustaría que pudiéramos, no sé, entender nuestra relación de otra manera... Te quiero mucho, Jorge...

Se acurrucó buscando protección. Qué razón tenía Pablo, a una mujer no se la impone la protección, que eso es de mafiosos; sencillamente se espera a que ella lo desee. ¡Hacía tanto tiempo que deseaba sentir esas emociones! ¡Dios, que placer! Acababa de entender la frase de Pablo: «Deja la búsqueda y practica el encuentro». La búsqueda era activa, masculina, y el encuentro es pasivo, femenino. ¿Será verdad lo del lado femenino del hombre? Encuentro sin buscar todas las sensaciones que he buscado durante tiempo sin encontrarlas. Qué extraña armonía. Cerré los ojos. Mi corazón se asoció temporalmente con mi cerebro y se pusieron a darme órdenes: «Dila que la quieres, que respetas su libertad, que la apoyarás en su trabajo, que estás

de acuerdo en plantearos la relación de otra manera, como si os acabarais de conocer, sin prejuicios, sin reproches, sin memoria..., y ya verás como poco a poco todo volverá a la normalidad de antes, volveréis a vivir juntos, montaréis la floristería y os casaréis..., y tendréis hijos...». Me quedé dormido de placer. Me desperté al sentir los labios de Natalia recorrer en pequeños besos toda mi cara.

—Cariño —me dijo cuando se percató de que había recuperado la consciencia—, no te duermas que tienes que marcharte.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro y media.

—Es muy pronto. Además, mañana puedo llegar al despacho a las nueve.

—Tienes que marcharte, Jorge.

—Pero ¿por qué?

Me lanzó una media sonrisa invitándome a la comprensión.

—Sin preguntas comprometidas, ¿vale?

Natalia entró en el cuarto de baño. A los pocos segundos oí el ruido de la ducha. Intenté levantarme de la cama pero no pude, estaba K.O., sólo me faltaban los pajaritos alrededor como en las viñetas. Con lo calentito que yo estaba, aquel jarrón de agua fría me provocó de nuevo la rigidez. No quería hacer conjeturas. Miré alrededor de la habitación para ver si encontraba alguna respuesta: ¡el armario! Me levanté como si fuera un Mádelman y abrí uno de ellos. Estaba repleto de ropa de Natalia. Abrí el segundo y encontré cuatro trajes de hombre, varias camisas, corbatas y algunos zapatos. Entonces sí que iba a hacer conjeturas: era un hombre pero no vivía aquí, es decir, venía de vez en cuando. Pero ¿quién? Busqué entre las prendas y encontré varias tarjetas de visita con el mismo nombre: Antonio Pozuelo del Villar, presidente de AIT. Era el tipo con el que hablaba por teléfono. Recordé que le dijo: «¡Tú eres el presidente, tú decides!». Ya entendía. ¿A qué venía entonces lo de iniciar una relación nueva? ¿Qué quería decir «sin preguntas comprometidas»? No seas ingenuo, me dije a mi mismo, quiere dominar la relación, acomodarla a sus deseos, a sus circunstancias, a sus estados de ánimo, o sencillamente cuando a ella la apetezca... Qué ironía, aquel había sido siempre el deseo inconfesable del hombre. ¡Cómo cambian las cosas! Amaba a Natalia, me gustaba mucho, pero, sinceramente..., ¡¡no estaba para cambios!! Me marché sin despedirme.

Pasaron seis meses. Me olvidé de Natalia. Viajé mucho. Mi empresa inició negocios en Cuba e iba a menudo a la isla. Al regreso de un viaje a La Habana me volví a encontrar con Pablo en el aeropuerto. Venía de México, de dar un cursillo parecido a los que daba aquí. Me alegré, hacía un año que no nos veíamos. Me dijo que iniciaba un nuevo curso al día siguiente y me pidió que asistiera. Fui. Sólo conocí a Juanjo, los demás eran todos nuevos. Estaban encantados con Pablo, que había depurado su propio estilo impregnándolo constantemente de humor, evitando el riesgo de que no lo tomaran en serio. Se superaba constantemente a sí mismo. Yo volví a instalarme en la barra. De repente, Pablo me señala desde el escenario llamando la atención de los presentes.

—Quiero presentaros a mi amigo Jorge. Es el de la barra. Estuvo con nosotros en un cursillo hace un año, pero sólo participó de oyente, aunque yo creo que aprendió mucho. Me gustaría que viniera hasta aquí y nos contara qué conclusiones sacó del mismo y cuál es su opinión actual sobre la nueva mujer.

Aplaudieron, yo sonreía, me gustaba. En los últimos viajes a Cuba di varias conferencias y me sentía seguro siendo la atracción de todos. Usaba el estilo de Pablo, serio y divertido. Logré un gran dominio. Llegué, saludé a todo el mundo y le pedí a Pablo que me sustituyera en la narración de esta novela, porque yo iba a estar muy concentrado en lo que iba a decir, y aceptó encantado.

Hola, soy Pablo, vuestro nuevo narrador. Creo que Jorge me pidió esta labor para que no pudiera intervenir mientras él hablaba. Tendría sus razones. Vi a Jorge muy cambiado, vitalista, divertido, no se tomaba a sí mismo tan en serio y eso le daba una apariencia muy juvenil. Me estaba sorprendiendo la soltura con la que se movía, su seguridad frente al espectador; desconocía esa faceta suya, estaba usando la pausa con maestría, se movía con autoridad, se crecía. Me recordaba a mi..., sólo nos diferenciaba la perspectiva. A los pocos segundos logró el interés general.

—La primera reacción que uno tiene al llegar a este local es: «¡Yo no debería estar aquí!».

El chiste espejo siempre funciona. El espectador se ve reflejado con una cierta exageración y se ríe de sí mismo. Jorge había acertado en el subconsciente colectivo. Me seguía sorprendiendo.

—La segunda es: «Yo no soy machista». No os preocupéis, Pablo os demostrará todo lo contrario y descubriréis que muchos de los comportamientos que habéis normalizado con vuestra pareja son pautas machistas. Como: «¿Quieres que te ayude a poner la mesa?» o «No entiendo cómo has podido dar tanta importancia a esta

tontería». El os enseñará a modificarlas a través de la comprensión, la resignación o la estrategia. Os hablará de una nueva mujer que busca un nuevo hombre, y él os guiará por ese camino hasta conseguir que seáis ese nuevo hombre que desea la nueva mujer. Machistas Anónimos no es una asociación terapéutica, es un taller donde se reciclan hombres a medida para la nueva mujer. ¡Mucho más! Dentro de poco se podrán reciclar en este taller «hombres a la carta». Ya me imagino a una señora entrando por esa puerta y dirigiéndose a Pablo: «Le voy a traer a mi marido para que le quite toda la mala leche que le sobra y le ponga toda la comprensión que le falta». —Provocó la risa. Andaba a caballo entre la ironía y la parodia, dulcificaba el tono o cambiaba la voz cuando interpretaba un personaje y lograba que la mayoría de nosotros mantuviéramos una sonrisa a media boca. La parodia que esta haciendo de mis objetivos era ingeniosa, yo no la consideraba como una burla. Además, reír es comprender y ésa es la única finalidad..., lo que sucede es que Jorge ha copiado todo mi estilo y, si eso es así, la broma del «hombre a la carta» puede ser sólo el principio. Espero que no me los desoriente más de lo que están. Tras la pausa de risa, Jorge reanudó su charla—. Es más, hará un desfile en cada cursillo presentando las nuevas tendencias: «Modelo hombre cariñoso, nada posesivo, que sabe escuchar, ligero de llevar; al ser articulable, cabe en una maleta y lo admiten en cualquier hotel». Y la mujer diciéndole a su pareja: «Mira, Ricardo; a mí ese modelo me gusta mucho para ti». Y el pobre hombre negociando: «Vale, pero si sale otro con un poco más de carácter, yo lo prefiero». Porque lo que aquí enseña Pablo es a negociar. Y para negociar hay que eliminar, incluso del subconsciente, para que éste no te delate expresiones como «Se hace lo que yo digo y punto», «Tú cállate que no tienes ni puta idea», «Tengo toda la razón», y sustituirlas por «Se hace lo que digamos», «¿Y tú qué opinas?», «Es posible que yo esté equivocado». Después os enseñará con mucha astucia palabras clave para encantar a las mujeres: «Lo siento», «Por favor», «Tenía que haberte hecho caso». En definitiva, os adecuará, con una dignidad aceptable, a esa nueva mujer que tenéis en casa, a la que tanto amáis y tan poco entendéis. En realidad, yo soy un buen ejemplo para todos vosotros: no hice nada de lo que Pablo me dijo y terminé separándome de mi pareja... Menos mal, no puedo amar a una mujer con mentalidad femenina y energía de hombre... Pablo dice que eso es una pauta machista..., es posible..., o no lo sé, porque mi jefa es así y a mí no me importa... Pero jamás se me ocurriría compartir con ella mi vida y mis emociones. Quiero a una mujer que no se parezca en nada a mí. Me gusta llevar el paso cuando bailo, y sorprender a mi pareja, y tomar la iniciativa, y que me necesite... No soporto la batalla conyugal en una eterna y aburrida lucha de poder, en una demostración gratuita de lo importante que puede ser la otra persona al margen de ti. Pero ¿por qué quieren estar al margen de nosotros?... Ya os lo explicaré. Lo más importante de Pablo es que os ayudará a extirpar las pautas machistas agresivas, violentas,

prepotentes; os demostrará que despreciáis a vuestras mujeres aunque vosotros no sepáis que las estáis despreciando; os daréis cuenta de que a veces, incluso, las desprecias con un acto de amor como puede ser la sinceridad: «Cariño, creo que has estado muy agresiva durante la cena», a lo que ella es muy posible que os conteste: «¡¡¡Pues eres el único que me lo has dicho!!!». Os enseñará elegancia para evitar la provocación; la educación culta muchas pautas machistas. Os puedo asegurar que, en un sólo cursillo, Pablo eliminará en vosotros todo el machismo casposo, primario, violento e ignorante que podáis tener. ¡Hasta ahí, creo en Pablo! Y sinceramente, os digo, me ha enseñado mucho. Lo que ya no entiendo muy bien es por qué tenemos que disfrazarnos de lo que no somos... Según Pablo, las mujeres están en proceso de cambio, es decir, en crisis, y en esas circunstancias cualquier razonamiento masculino lo pueden considerar una agresión y por lo tanto hay que fingir. Es decir, que durante todo el proceso de cambio, «pulpo» será considerado «animal de compañía». ¡Y si se razona, esa noche no se folla! Según él, la mujer no sabe a donde va, ¡pero va! Y el hombre, a pesar de no moverse, ha perdido su sitio. Y lo más inteligente es que las sigamos sin que noten nuestra presencia..., y es lo que estamos haciendo..., por eso hemos perdido el sitio... Tenemos que volver a él y no movernos; ellas se dirigen hacia el poder, el poder lo tenemos nosotros, o sea, por muchas vueltas que den, acabarán viniendo hacia nosotros. Pablo cree que buscan su propio poder, y eso sería estupendo, pero buscan el nuestro, y no para compartirlo, sino para arrebatárnoslo; quieren un cambio de poder. Y la pregunta que yo hago es la siguiente: ¿por qué no crean otra forma de poder? ¿Por qué desean el poder del hombre? Sencillamente, porque es el único poder que existe y el poder de mujer habría que crearlo. Es más fácil imitar el que hay. Han cogido nuestros síntomas. Lo peor de nuestros síntomas: ambición, reto, lucha, valores productivos. Estoy decepcionado. El machismo es un poder antiguo, lleno de errores; se basa en la imposición y no en el diálogo. Si la mujer sigue por ese camino, encontrará ese poder y lo ejercerá como se ha ejercido hasta ahora, sólo que cambiando las expresiones genitales, y en lugar de decir: "¡Por mi huevos!", se dirá: "¡Por mis ovarios!". Es una pena. Yo tenía la esperanza de una renovación. Un nuevo orden en la relación hombre-mujer, una aportación femenina pura, sin mezclas, democrática, sin memoria, genuina, fresca... Si fuera así, yo creería en Pablo, pero no nos engañemos, llevamos siglos haciéndolas creer que lo masculino es lo importante y quieren ese poder..., y cuando lo consigan empezará la revancha..., y pagaremos justos por pecadores. Y da lo mismo que tú no seas violento, brutal, maltratador, acosador..., por el simple hecho de ser hombre puedes llegar a serlo. La amplificación en los medios de mujeres maltratadas por sus parejas ha conseguido que ese mero hecho de ser hombre sea motivo de sospecha. Hoy día, ser hombre es casi de mal gusto. A las mujeres sólo la puedes mirar como si fueras gay: con admiración pero sin deseo, para no ser sospechoso de acosador sexual. El

hombre en general está desprestigiado... como se desprestigia a un partido político para vencerlo en las elecciones. Los del otro partido descubren a cuatro ladrones, los medios de comunicación lo sacan repetidas veces y la opinión pública cree que todos los de ese partido son unos ladrones. El futuro es de la mujer..., si no sigue los pasos del hombre; pero si cometen ese error, deseo sinceramente que nos arrebatan el poder y que lo ejerzan cuanto antes, para que de una puñetera vez puedan demostrarle al mundo entero que están perfectamente preparadas..., para equivocarse exactamente igual que el hombre.

Jorge no les hablaba a ellos, me lo contaba todo a mí, los demás no podían entender esas cosas. Me estaba ofreciendo una alternativa teórica a la mía..., pero sin datos, sólo eran especulaciones subjetivas basadas en su propia experiencia..., aunque tenían su lógica... El poder siempre lo ha ejercido el hombre, y parece que él es su propietario; pero no, el poder no tiene sexo. Y no creo que la mujer quiera arrebatarse el poder al hombre, sólo reivindica la parte que la corresponde, aunque es posible que durante las negociaciones se masculinicen un poco, pero es culpa nuestra. Sólo nos intimidan los comportamientos masculinos y a la hora de exigir se ponen a nuestra altura para que las respetemos, pero eso pasará. Jorge era sólo un esclavo de su ego. Sacó su teléfono móvil y siguió hablando:

—Amo a la mujer, la necesito; su voz, su olor, su armonía, su risa, su palabra, su tacto, su compañía..., pero no soporto su independencia hostil, su falta de solidaridad en la pareja, su viaje en solitario, su competitividad, sus síntomas masculinos... Es posible, como dice Pablo, que aún me quede un residuo machista..., que se basa en elegir para compartir mi vida a una mujer cariñosa, enamorada de mí, atente, solidaria, sin envidia del hombre, sin complejos por ser mujer, con proyectos comunes y sin demostraciones de poder. El machismo es una generalidad, no todos los hombres somos machistas..., ni todas las mujeres piensan lo mismo.

Marcó un número en el móvil, dijo algo que no se entendió bien por el íntimo volumen de su voz y, tras desconectar, se quedó fijamente mirando a la puerta de la entrada. A los pocos segundos apareció una joven mulata de menos de treinta años, hermosa, delgada, fibrosa y con formas. Su sonrisa iluminó todo el local. Andaba como una princesa, era alta, se dirigió hasta Jorge y se besaron. Después, ella se agarró a su brazo y no paró de sonreír. Jorge continuó:

—Se llama Mirta, la conocí en La Habana, nos enamoramos y nos casamos. Soy el hombre más feliz de la tierra. Ella me necesita y yo necesito que me necesiten... — se dirige a mí—: No es que tu medicina no me haya curado, es que yo no estaba enfermo. ¡Ah!, esta vez no me equivoco, Mirta tiene ese sabor que yo estaba buscando. —Se dirigió a todos—: Gracias por escucharme y recordad que no soy un ejemplo para nadie. Buenas tardes.

Le aplaudimos, como hacíamos siempre. Se despidió de mí y se marchó con la

joven cubana que se agarraba a él en una clara demostración de dependencia. La mirada de muchos hombres me hizo entender lo difícil que Jorge me había puesto el inicio de aquel cursillo. La escena con la mulata era una alternativa al aprendizaje que venían a hacer. Jorge había dejado clara la dificultad de relación con una mujer de país desarrollado en derechos humanos, había presentado una alternativa dulce, comprensiva, cariñosa, dócil... ¡Fue el cursillo más difícil que he realizado hasta ahora!

Pasaron dos años y pasaron muchas cosas, publiqué un libro con los testimonios más interesantes de los cursillos y en la actualidad tengo un programa de televisión por cable. Volví a ver a Jorge. Tenía un niño precioso..., me lo mostró en una foto cuando nos vimos. Se había divorciado de Mirta y ésta se había vuelto a Cuba..., y se había llevado al niño, una pensión alimenticia importante y la mitad de las propiedades de Jorge, que no hizo separación de bienes. Me dijo que Mirta «se había europeizado». Nunca me creyó cuando le dije que «si a la mujer no la das todo lo que necesita, te exigirá más de lo que la corresponda».

Una última cosa: no hay definiciones concretas para el cuestionario, entre otras cosas porque no tiene rigor científico; el juego consiste en que tu pareja marque las respuestas y que tú pongas tu propia definición... No seas demasiado dura.